COLECCIÓN CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO CRÍTICO

CAMILLO BERNERI

HUMANISMO Y ANARQUISMO

Edición de ERNEST CAÑADA



los libros de la catarata

HUMANISMO Y ANARQUISMO

Camillo Berneri

Edición de Ernest Cañada

Colección dirigida por Francisco Fernández Buey y Jorge Riechmann

Diseño gráfico de Arturo Iturbe

Fuencarral, 70. 28004 Madrid
Teléfono: 532 05 04
Fax: 532 43 34

ISBN: 84-8319-022-2
Depósito Legal: 13.145-1998

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

Ernest Cañada

Hoy en día Camillo Berneri es, prácticamente, un desconocido en España. Como mucho se sabe de su vinculación al anarquismo, su participación en la guerra civil española o su trágica muerte durante los «hechos de mayo» de 1937 en Barcelona. Y sin embargo, Berneri supone un punto de referencia ineludible en un proyecto emancipador que, a las puertas del siglo XXI, pretenda enlazar las distintas tradiciones emancipatorias —comunista, cristiana, feminista, anarquista, ecologista, pacifista— en una nueva perspectiva liberadora[1]. La extensa obra que dejó escrita Berneri, fundamentalmente en periódicos

1. Francisco Madrid Santos es el principal estudioso de la obra y figura de Camillo Berneri en España. Entre sus trabajos destaca: *Camillo Berneri, un anarquista italiano (1897-1937). Revolución y contrarevolución en Europa (1917-1937)*, tesina de licenciatura, dir. Josep Termes, Universidad de Barcelona, 1979, 2 vols. Esta investigación fue publicada en italiano como: *Rivoluzione e contrarivoluzione in Europa (1917-1937). Camillo Berneri: un anarchico italiano (1897-1937)*, Edizioni dell'Archivio Famiglia Berneri, Pistoia, 1985. Por su parte Carlos M. Rama editó hace algunos años una selección de textos de Berneri que ya habían sido publicados en castellano anteriormente: *Guerra de clases en España, 1936-1937*,

de medio mundo, es un testimonio ejemplar de compromiso moral y político, voluntad de rigor en el análisis político-social y rechazo del dogmatismo y el esquematismo, así como de una innegable búsqueda del diálogo con otras corrientes de pensamiento.

Este afán de renovación del anarquismo fue puesto de relieve, justo después de su muerte, por Max Sartin, director del periódico ácrata de Nueva York, *L'Adunata dei refrattari*, en el cual había colaborado asiduamente y con el que había sostenido también serias confrontaciones. En su escrito Sartin señalaba: «Veía el anarquismo como un ideal y un movimiento todavía en formación; sentía que necesitaba salir de las fórmulas generales y abstractas de la fe para afrontar con audacia todos los problemas de la vida compleja y resolverlas en las enseñanzas concretas de la práctica. Sus impacientes furores de las "mesas sagradas", que le daban a veces la apariencia de iconoclasta peligroso, derivaban de esta ansia, de esta preocupación siempre vigilante de prescribir la independencia del pensamiento, no solamente de la autoridad de las instituciones consagradas, sino también de aquellas, no menos perniciosas, del dogma, incluso de toda apariencia dogmática»[2].

Nacido en Lodi en 1897, Berneri pasó su infancia en diversas localidades italianas a consecuencia de los constantes traslados a los que, por motivos laborales, era sometida su madre, Adalgisa Focchi, profesora de enseñanza primaria y escritora de

---

Tusquets, Barcelona, 1977. Francisco Fernández Buey ha señalado en diversas ocasiones la figura de Camillo Berneri como puente entre distintas culturas políticas emancipadoras, entre otras cabría citar: «Note per lo studio della diffusione dell'opera di Gramsci in Spagna», en Maria Luisa Righi, ed., *Gramsci nel mondo. Atti del convegno internazionale di studi gramsciani. Formia, 25-28 ottobre 1989*, Fondazione Istituto Gramsci, 1995, pp. 62-63, y, en colaboración con Jorge Reichmann, *Ni tribunos. Ideas y materiales para un programa ecosocialista*, Siglo XXI, Madrid, 1996, pp. 105-106. Para una visión general sobre Berneri puede consultarse también: Vittorio Emiliani, «Camillo Berneri: l'anarchico più espulso d'Europa», cap. 6, *Gli anarchici. Vite di Cafiero, Costa, Malatesta, Cipriani, Gori, Berneri, Borghi*, Bompiani, Milán, 1973, pp. 167-192; AA.VV., *Atti del Convegno di studi su Camillo Berneri. Milano 9 ottobre 1977*, Coop. Tipolitografica editrice, Milán, 1977; AA.VV., *Memoria antologica seggi critici e apunti biografici in ricordo di Camillo Berneri nel cinquantesimo della morte*, Archivio Famiglia Berneri, Pistoia, 1986.

2. Cita tomada de la tesis de Francisco Madrid Santos, op. cit., vol. II, p. 367.

literatura juvenil. De ideas progresistas, tuvo una notable influencia en la formación ideológica de su hijo, quien desde bien joven inició la militancia política. A los quince años ingresaba en la Federación Juvenil Socialista de Reggio Emilia, organización en la que llegó a formar parte de su Comité Central y desde donde llevaría a cabo una intensa actividad cultural y de agitación, colaborando también en *L'Avanguardia*, su órgano de prensa. Con el estallido de la guerra mundial, adoptó una posición claramente antimilitarista que le comportaría no pocos enfrentamientos en la Federación Socialista.

A finales de 1915, y tras tres años de militancia, las contradicciones cada vez más flagrantes entre la afirmación de su ideario revolucionario y la actitud del Partido Socialista, le llevarían a la dimisión y a la adscripción al anarquismo, movimiento con el cual se identificaría de por vida. Los motivos del abandono de la Federación Socialista quedaron plasmados en una célebre carta, publicada meses después en el periódico *L'Avvenire Anarchico* de Pisa. «Carta abierta a los jóvenes socialistas de un joven anarquista» es un texto lleno de fuerza y voluntarismo en el que se denunciaba la degradación del Partido Socialista Italiano, la existencia de una burocracia política absolutamente posibilista, la falta de conexión con las bases y de un verdadero espíritu de sacrificio. Pero esa carta es también un testimonio excepcional del clima de profunda crisis espiritual que se vivía en aquellos años: reflejo de la necesidad de ruptura y de búsqueda de nuevos caminos como resultado de la insatisfacción por la falta de tensión moral ante los acontecimientos dramáticos que había puesto de relieve la gran guerra.

Vinculado de este modo al anarquismo, Berneri centró sus principales esfuerzos en el movimiento antimilitarista, en una posición coincidente con el grueso del anarquismo italiano. En marzo de 1917 fue llamado a filas, pero a pesar de ello no cesó en sus actividades contrarias a la guerra. Descubierta su militancia acabó el servicio militar, tras el fin de la guerra, confinado en la isla de Pianosa hasta 1919.

Mientras tanto, el impacto causado por la revolución rusa había sacudido a la sociedad europea. Ante los ataques

generalizados, Berneri defendió, desde un primer momento, tanto a la revolución como a Lenin, su principal dirigente. En contraste con la ambigüedad del Partido Socialista Italiano resulta reveladora su actitud en el artículo «¿Con Kerenski o con Lenin?», publicado en Bolonia en *Guerra di classe*. En los años siguientes, sin embargo, fueron incrementándose sus críticas a la dirección que iba tomando el proceso revolucionario, distanciándose así de una visión excesivamente acrítica por parte del grueso de la izquierda revolucionaria italiana. Pero a pesar de todo, mantuvo una actitud de diálogo y de crítica constructiva, cada vez más minoritaria dentro del movimiento anarquista. En junio de 1919 inició la publicación de una serie de artículos en el periódico de Ancona *Volontà*, dirigido por Luigi Fabri, en los que se ocupó de los principales problemas con los que, a su entender, topaba la revolución. Entre los temas discutidos por Berneri cabría señalar el de las relaciones entre la ciudad y el campo y, en especial, sobre el tipo de política adecuada al campesinado; la organización económica; la política de vivienda; el papel de los intelectuales en la revolución. Un texto de esa serie, que iba a prolongarse hasta julio de 1920, fue «La autodemocracia». En él valoraba positivamente la experiencia democratizadora de los soviets y rastreaba sus antecedentes en los orígenes de la revolución francesa. A partir de 1921 acentuó sus diferencias con el proceso revolucionario ruso, publicando diversos artículos al respecto en el periódico dirigido por Enrico Malatesta *Umanità Nova*. En «A propósito de nuestras críticas al bolchevismo», de junio de 1922, a la vez que señalaba su oposición a algunas de las actuaciones políticas llevadas a cabo, subrayaba también la necesidad de un mayor rigor en las críticas, a veces demasiado simplistas, realizadas por parte de sus propios compañeros anarquistas.

Una vez finalizado el servicio militar, Berneri se había reincorporado a sus estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Florencia, donde se licenciaría en 1922 bajo la dirección del historiador Gaetano Salvemini. Entre 1923 y 1926 ejerció como profesor de filosofía en institutos de enseñanza media de diversas localidades italianas hasta que, a finales de aquel curso, el gobierno de Mussolini obligó a los enseñantes

a jurar su adhesión al régimen. Berneri se negó a ello, cerrando las puertas a una profesión que tanto amaba e iniciando, de aquel modo, un exilio del que ya no retornaría.

Durante esos años, desde su reincorporación a la Universidad, sostuvo una intensa vida intelectual y política. En el plano de la actividad militante centró sus esfuerzos en el proceso de organización del movimiento anarquista y en la lucha contra el fascismo, que desde 1922 se había hecho con el poder. Consecuentemente procuró mantener relaciones con un amplio espectro de sectores opuestos a éste. Muestra de ello fueron sus colaboraciones entre 1923 y 1925 en la revista *Rivoluzione Liberale,* iniciada con el artículo «Una carta a Piero Gobetti».

Por otra parte, escribió regularmente en las más importantes revistas anarquistas de aquel momento en Italia. Sus artículos abarcaban una amplia variedad temática, desde análisis sobre el sindicalismo, pasando por cuestiones filosóficas, pedagógicas, literarias o relativas a la emancipación de la mujer (de carácter muy conservador, por cierto). De toda aquella actividad merece la pena llamar la atención sobre una cuestión específica: la revisión del debate sobre el federalismo. «Contribución a un debate sobre el federalismo», «El federalismo de Piotr Kropotkin» y «Por un programa de acción comunalista», redactados entre 1922 y 1926 se inscriben, a pesar de sus diferencias, entre este tipo de preocupaciones. A partir de un problema clásico en el anarquismo como era la cuestión del Estado, expuso la necesidad de actualizar las viejas fórmulas, confrontándolas con los problemas concretos planteados en el presente, alejándose así de las ambigüedades con que eran formuladas las propuestas de organización social alternativas a la centralización estatal. En esta perspectiva encontró puntos de contacto con el republicanismo federal de izquierdas.

Entre 1926 y su llegada a Barcelona, diez años después, Berneri vivió en diversos países europeos, entre constantes huidas, arrestos y expulsiones, además de verse sometido a un cerco permanente por parte del espionaje fascista italiano. Esta inestabilidad le dificultó el trabajo de organización, pero no por

ello disminuyó su producción intelectual, que mantuvo a lo largo de todo el periodo colaborando en diversos periódicos.

A raíz de la polémica suscitada entre 1926 y 1927 por la presentación de la «Plataforma Archinoff», en la que el anarquismo internacional en el exilio debatió las formas de organización y dirección de su movimiento, Berneri volvió a discutir sobre las limitaciones de las propuestas anarquistas en los momentos de su concreción. En un artículo titulado escuetamente «La Plataforma», publicado en París en 1927, planteó, a partir de las concepciones de Kropotkin, el problema de atribuir demasiado fácilmente un «espíritu emancipador» a las diversas formas de organización comunitarias que se habían dado históricamente entre los de abajo. Este artículo fue publicado en *Lotta Umana*, periódico desde el cual Berneri, junto con Luigi Fabri y otros, participó activamente en el intento de elaborar un programa del anarquismo para una posible revolución en Italia.

Desde el exilio escribió también varios trabajos sobre el fascismo. En «Mussolini normalizador», publicado en 1927 por el «Comité de Defensa de las Víctimas del Fascismo y del Terror Blanco» de Zurich, denunciaba la campaña de destrucciones de redacciones, imprentas, sedes sociales, viviendas, etc., llevada a cabo en Italia. Desde la orden de asalto a los periódicos de la oposición *Avanti!* y *Giustizia e Libertà*, dada a finales de octubre de 1922, hasta 1926, realizaba un recorrido señalando las actuaciones represivas en las que Mussolini había tenido responsabilidades de primer orden. Tras ello le acusaba de querer acabar con la oposición mediante una represión sistemática. A pesar de todo lo expuesto, creía ver síntomas de crisis en el régimen fascista, argumentando que la represión a gran escala no conseguía «normalizar» la situación. Tal recurso había permitido que Mussolini llegase al poder y acabase con la oposición, pero al mismo tiempo entendía que era el único medio que tenía de conservarse en él, al no poder apelar a una adhesión por consenso de la población. De ahí que considerase que Mussolini se hallaba atrapado en su propia política y que, ante el fracaso de su proyecto «normalizador», su caída no podía tardar. En vista de

estas previsiones apelaba al esfuerzo revolucionario del pueblo italiano en favor de su liberación, sin hacerse ilusiones sobre cualquier tipo de ayuda exterior.

Pero las expectativas de un cambio en Italia no se cumplieron y la situación continuó siendo tremendamente dura, a lo que habría que añadir el estado de desconcierto y disgregación del propio movimiento antifascista. En «Sacudámonos el tedio de una espera cobarde, indigna de nosotros. Llamada a los anarquistas», publicado a mediados de 1929, Berneri reflejaba este cansancio a la vez que reclamaba, una vez más, mayores sacrificios y decisión en aquellos difíciles momentos: «De vez en cuando algún relámpago desgarra esta noche, larga noche de torpor resignado para la multitud antifascista, eterna noche de acosada impotencia para las minorías combativas que viven toda la tragedia de la derrota y todavía beben en las fuentes de la fe, esperando redimirse de los errores o de los defectos del pasado con un espíritu de sacrificio más íntegro y dispuesto y con mayor cautela. El desvarío y la vileza de la mayoría no justifican el cansancio»[3].

Los trabajos de análisis y denuncia del fascismo continuaron en los años siguientes. En 1932 escribió «Mussolini, gran actor», en el cual adoptaba una perspectiva psicológica para intentar comprender el fenómeno fascista y la misma figura del Duce. Con la llegada del nazismo al poder amplió el marco de estudio: en «Le juif antisemite», publicado en París en 1935, esbozaba el problema del antijudaísmo y del antisemitismo, y en «El delirio racista», de ese mismo año, abordaría el problema del racismo en el caso alemán.

La aparición en 1929 del movimiento *Giustizia e Libertà*, dinamizado principalmente por Carlo Rosselli, y conformado por jóvenes republicanos y liberales en el exilio, aunque también articulado en el interior, supuso un elemento nuevo en el antifascismo italiano. Defendiendo una política autónoma y al margen del resto de partidos esperaban que la acción revolucionaria

---

3. Publicado en *Il Martello*, Nueva York, año XIV, núm. 19, 8 de junio de 1929. Cita tomada de la tesis de Francisco Madrid Santos, íd., vol. II, p. 359.

de las masas derrotase al fascismo y que de ahí pudiese surgir una nueva Italia republicana. Con este fin impulsaron, tanto en el exilio como en Italia, acciones diversas de propaganda. En el terreno de las ideas los puntos de contacto, pero también de fricción, con el anarquismo fueron habituales. Berneri estuvo muy atento a sus planteamientos y evolución, desde su misma aparición, debatiendo extensamente con ellos y llegando a sostener una conocida polémica con Rosselli en 1935 a raíz de una carta del anarquista Umberto Consiglio, publicada en *Giustizi e Libertà*, en la que atacaba las mismas posiciones anarquistas, y en la que ambos delimitaron las posiciones de sus respectivos movimientos en torno a sus concepciones sobre el federalismo y el autonomismo, principalmente.

Uno de los aspectos más lúcidos e incisivos de los trabajos de Berneri en los años inmediatamente anteriores a su llegada a España tienen que ver con el esfuerzo por desmitificar el culto al obrero y la exaltación, sin más, de los de abajo. Con ello trataba de denunciar el romanticismo idealizador y el populismo en el que caía una gran parte de la izquierda. «El culto al obrero», publicado en 1934, y «Humanismo y anarquismo» de 1936, son dos exponentes clave de esta reflexión.

A finales de julio de 1936, pocos días después de estallar la guerra en España, Berneri llegó a Barcelona[4]. Inmediatamente se ocupó del reagrupamiento y la organización de los voluntarios que llegaban a combatir el fascismo, constituyendo una columna italiana integrada mayoritariamente por anarquistas, «gielistas» y republicanos. El 17 de agosto de 1936, un comité compuesto por Carlo Roselli, de *Giustizia e Libertà*, Mario Angeloni, republicano, y el mismo Camillo Berneri, firmaban el documento constitutivo de la formación de la columna

4. Para un análisis específico de la etapa que Berneri pasó en España pueden consultarse, además de la investigación de Francisco Madrid Santos, op. cit., y la introducción de Carlos M. Rama en la selección de textos de Berneri citada, el clásico escrito de Max Sartin, *Berneri in Spagna*, Edizioni RL, Iglesia (Cagliari) s./f. (publicado originalmente en la *Biblioteca de l'Adunata dei Refrattari*, Nueva York, 1938); la ponencia de Gino Cerrito, «L'anarchismo attualista di Camillo Berneri», AA.VV., *Atti del Convegno di studi su Camillo Berneri. Milano 9 ottobre 1977*, op. cit., pp. 89-144; el artículo de Michele Olivari, «L'azione politica di Camillo Berneri nella Guerra Civile spagnola», *Critica Storica*, 1982, vol. 19, núm. 2, pp. 214-242.

italiana, tras lo cual partirían hacia el frente de Aragón. El acta de constitución de la columna establecía:

> La columna italiana, integrada por elementos revolucionarios de varias procedencias políticas, se constituye para combatir al lado de los compañeros españoles contra el fascismo.
>
> La columna estará bajo la dependencia directa del Comité de Milicias Antifascistas y del Estado Mayor del Ejército. Dados su constitución y objetivo esencial, que se identifica con el aplastamiento de la sedición fascista, la columna se disolverá cuando aparezcan conflictos internos de cualquier tipo.
>
> Si no surgen tales conflictos, como lo deseamos, la columna se disolverá una vez dominada la insurrección y conseguidos los éxitos esenciales, y sus miembros serán libres de reintegrarse a sus lugares y grupos de origen.
>
> La adhesión a la columna no se hace por grupos políticos, sino por hombres; sus afiliados se comprometen a respetar este sistema de organización interna y de mando, una vez aceptado libremente por los mismos.
>
> Todos los antifascistas, sin exclusión de tendencia, están admitidos en la columna, con tal de que presenten las necesarias garantías morales y políticas y de que acepten la fraternidad que es esencial para el éxito y de que acaten la disciplina interna que la columna se dará.
>
> Según las disposiciones actuales del mando de las Milicias, la organización de la columna italiana se hará en relación con la milicia de la CNT y de la FAI. Queda, no obstante, entendido que la columna, como tal, mantendrá su carácter de formación unitaria antifascista por encima de las diferencias de partido.
>
> Queda constituida una oficina de reclutamiento de la columna que, en relación a los criterios ya expuestos, decidirá de la admisión de voluntarios. Para la seriedad de la lucha, la organización militar y la dirección deberán estar formadas según un criterio eminentemente técnico[5].

5. Cita tomada de la obra de Frant Mintz, *La autogestión en la España revolucionaria*, Madrid, La Piqueta, 1997, pp. 269-270. Para una visión general de la actuación de los anarquistas italianos en la guerra civil española puede consultarse el artículo de Claudio Venza, «Tra rivoluzione e guerra. Libertari italiani nella Spagna degli anni trenta», en G. Manfredonia, I. Rossi, G. Sacchetti, C. Scarinzi, F. Schirone, C. Venza, *La resistenza sconosciuta. Gli anarchici e la lotta contro il fascismo. I giornali anarchici clandestini (1943-1945)*, Edizioni Zero in Condotta, Milán, 1995, pp. 259-278.

Aquejado por distintos problemas físicos que le impidieron continuar en primera línea de combate volvió a Barcelona, aunque se mantuvo como delegado político de la columna italiana. Una vez allí centró sus principales esfuerzos en el trabajo cultural y de propaganda, colaborando en las emisiones radiofónicas dirigidas a los voluntarios italianos y en la edición de *Guerra di classe.*

Desde este periódico volvió de nuevo a escribir sobre la revolución rusa con un análisis tremendamente crítico a la luz del tiempo transcurrido y de los propios problemas de la revolución en España. En «El Estado y las clases», «La abolición y extinción del Estado» y «La dictadura del proletariado y el socialismo de Estado», examinaba aquella experiencia desde la constatación de la existencia de un Estado burocrático consolidado y con una perspectiva temporal que le hacía adoptar un punto de vista y un tono bastante distinto del de los artículos publicados en los primeros años de la revolución. El segundo gran bloque temático de los artículos de Berneri en *Guerra di classe* tenía que ver con el análisis y su toma de posición ante los acontecimientos que se producían día a día en España. Buen conocedor de la situación internacional, Berneri escribió varios artículos, como «La guerra y la revolución», poniendo de relieve la poca esperanza que cabía tener para un proyecto revolucionario en una intervención de los gobiernos de Francia o Italia y proponiendo centrar la atención, por ejemplo, en el fomento de la rebelión popular en el mundo islámico. Pero posiblemente sea la «Carta abierta a la compañera Federica Montseny» el artículo que mejor informe de su posición ante el curso de los acontecimientos. En ella, entre otras muchas más cosas, censuraba la participación de los anarquistas en el gobierno y reformulaba el famoso dilema sobre la guerra y la revolución en la siguiente disyuntiva: «o la victoria sobre Franco gracias a la guerra revolucionaria, o la derrota».

Otra de las actividades a las que dedicó su esfuerzo Berneri fue al análisis de la documentación del archivo del consulado italiano en Barcelona, con la que pudo hacerse tras la huida de

los fascistas. Con este material elaboró «Mussolini a la conquista de las Baleares», publicado con prólogo de Diego Abad de Santillán en Barcelona en 1937 por las ediciones Tierra y Libertad. En él dio cuenta detalladamente del proyecto imperialista de Mussolini en el área mediterránea. En las conclusiones explicitaba el espíritu que le había animado en su redacción en los siguientes términos: «... este libro no es más que un *dossier* que pongo a disposición de la opinión pública. No he sido imparcial, porque soy un proscrito desde hace quince años, y tomé parte en la lucha; pero considero que es aplicable a este libro aquel aforismo del profesor Gaetano Salvemini: "La imparcialidad es un sueño; la honradez un deber". He tenido, sin embargo, tales documentos en mis manos, que con un poco de habilidad periodística hubiera podido hacer de mi libro-*dossier* un panfleto de verdadero escándalo. Mas he preferido ser honrado hasta la escrupulosidad. No tengo la pretensión de haber hecho una obra de historiografía, pero sí la certeza de haber utilizado bien los documentos recogidos fatigosamente en los archivos del Real Consulado General de Italia en Barcelona, con la escrupulosidad científica de un historiador honrado».

Las últimas intervenciones públicas de Berneri antes de su trágica muerte a principios de mayo de 1937 dan cuenta de su singular posición política e intelectual, así como de su misma dimensión humana. El 1 de mayo aparecía publicado en *L'Adunata dei refrattari* un artículo en el que hacía una razonada defensa del POUM ante las acusaciones de colaboración con el fascismo vertidas por parte del PSUC y de la prensa de la III Internacional. Berneri señalaría al gobierno de la URSS entre sus directos instigadores. El 3 de mayo leía en Radio CNT-FAI de Barcelona un emotivo discurso en homenaje a Antonio Gramsci, muerto el 27 de abril. Pocos días después, la noche del 5 de mayo, fue sacado de su piso, junto a su compañero Francesco Barbieri, a manos de una patrulla de la UGT y de la policía. Su cuerpo aparecería al día siguiente acribillado a balazos.

En 1922 Berneri había dejado escrito: «Estamos desprovistos de conciencia política en el sentido que no tenemos conciencia de los problemas actuales y continuamos difundiendo soluciones adquiridas en nuestra literatura de propaganda. Somos utópicos y basta. Que haya editores nuestros que sigan reeditando los escritos de los maestros sin añadirles nunca una nota crítica demuestra que nuestra cultura y nuestra propaganda están en manos de gente que intenta mantener en pie el propio tinglado en vez de empujar al movimiento a salir de lo ya pensado para esforzarse en la crítica, en lo que está por pensar. Que haya polemistas que intenten embotellar al adversario en vez de buscar la verdad demuestra que entre nosotros hay masones, en sentido intelectual»[6]. Esta actitud contraria al dogmatismo y a las respuestas simples lo convertirían en un personaje controvertido, polémico e incómodo y, sin embargo, por esa misma actitud lo recordamos hoy como un punto de referencia. Aunque no sólo por eso. Firmeza en los principios morales, autocrítica en relación a la propia tradición y respeto en el diálogo entre las distintas culturas revolucionarias son también valores presentes en Camillo Berneri, uno de esos cabos sueltos en la historia del pensamiento crítico que es preciso recuperar.

6. «Contribución a un debate sobre el federalismo», *Pagine libertarie*, Milán, 20 de noviembre de 1922.

CARTA ABIERTA A LOS JÓVENES SOCIALISTAS DE UN JOVEN ANARQUISTA*

Jóvenes socialistas:

Quien sigue con interés y simpatía vuestra acción política en lo que respecta a la unión de las fuerzas proletarias y revolucionarias ve en vuestro movimiento numerosos y significativos síntomas de sano despertar; observa el desarrollo de una nueva y fecunda crisis de conciencia. Yo, que he estado en vuestro movimiento y he podido conocer el ambiente y penetrar su esencia, sé que me encuentro frente a una vasta crisis que no acaba en los estériles disgregamientos de la escisión, sino que representa una luminosa esperanza, una segura promesa y una nueva, viva y real fuerza revolucionaria.

Hoy casi todos vosotros, jóvenes socialistas, que habláis de fusión de fuerzas proletarias, de colaboración de partidos

---

* Camillo Berneri envió esta carta a sus compañeros de la Federazione Giovanile Socialista de Reggio Emilia en otoño de 1915. Fue publicada en *L'Avvenire Anarchico*, Pisa, núms. 18 y 19, correspondientes al 28 de julio y el 4 de agosto de 1916. Traducción de Francisco Madrid Santos.

subversivos, de bloques rojos, os encontráis, unos más y otros menos y casi todos inconscientemente, en aquella crisis espiritual que convulsiona, oprime y aflige en su estado de incertidumbre y de dudas a todos aquellos que intuyen falso el camino recorrido hasta ahora, a todos aquellos que tienen la sensación instintiva de la catástrofe de las teorías hasta ahora propugnadas y de los métodos seguidos.

Muchos de vosotros que abrazasteis vuestra fe política con el objetivo de vivir una vida plena de pensamiento y de lucha y no como un pasatiempo del espíritu o como una diversión cualquiera de la vida, os encontráis hoy en un estado de ánimo del que no todos saldrán templados, purificados y victoriosos.

Asimilasteis las doctrinas socialistas y las hicisteis vuestras y no contentos con ello considerasteis un deber el propagarlas con la pluma y la palabra y muchos de vosotros, al conocimiento de las teorías profesadas, unisteis la llamada «fe», es decir, la confianza en el advenimiento del Ideal propugnado y un cierto entusiasmo por la lucha entablada. Esto hasta ayer. Hoy muchos de vosotros os preguntáis: ¿He sondeado alguna vez la profundidad de mi fe? ¿He penetrado en su íntima esencia? Y sentís que no basta con responder que la fe es la confianza inquebrantable e indestructible en la santidad del propio ideal y en el advenimiento de la redención propugnada. Hay algo íntimo e indefinible que os dice que aquélla es algo más grande y completa. Os dice que la verdadera fe os es desconocida y que el joven de «fe» es un militante incompleto en vuestras filas, que la idea fijada sólidamente en el cerebro no basta si en el corazón no existe aquella intensidad de sentimiento que proporciona la acción, aquella acción que demasiado a menudo se ha olvidado que es el equivalente efectivo de la idea.

Estoy seguro que esta duda sobre vuestra fe anida en los mejores de vosotros, aunque sea de una forma latente e instintiva, antes que pensada. Y estoy seguro porque siento en mi ánimo el eco de todas las dolorosas sensaciones del malestar moral que da la metamorfosis espiritual y cerebral de la que brota una fe nueva.

Hoy, por lo demás, aquellos que de entre vosotros que son sinceramente revolucionarios no ocultan que están asustados

frente al abismo que separa el pensamiento de la acción y tampoco esconden que si las masas trabajadoras no son lo bastante audaces y confiadas, es por culpa de la táctica cobarde y egoísta del posibilismo subversivo. Todos vosotros quisierais ver concretado el espíritu de rebelión que aletea a vuestro alrededor, quisierais verlo convertirse en realidad viva, dinámica, destructora y liberadora. Por el contrario, sentís que los notables del partido hablan de revuelta sin propósitos firmes, sin correspondencia en la acción, más por costumbre que por otra cosa.

Observáis a vuestro alrededor a los «adultos» y los sentís extraños y muchas veces adversarios, veis a proletarios organizados que, en buena parte, sólo son aspirantes a burgueses, a socialistas por una mezquina concepción de competición de intereses, por un egoísta y ávido sentido de la lucha de clases veis a una pléyade de leguleyos de provincia aspirantes a escaños municipales en espera de los parlamentarios, a una multitud de profesionales fracasados y de exobreros perezosos y ambiciosos, dirigiendo las organizaciones y capitaneando las agitaciones que desembocan en inútiles órdenes del día o en ajustes patronales o gubernativos. Veis todo esto y sufrís. Habláis de revuelta y los «adultos» se mofan de vuestras ideologías revolucionarias considerándolas del 48; experimentáis el deseo de actuar, de afirmar vuestra fuerza, vuestra audacia y alrededor vuestro se hace el vacío y los «adultos» se encierran en su indiferencia que alimentan de juiciosa prudencia, en su cobardía que intenta ocultar con el «método de lucha» el egoísmo elevado a teoría.

Los mejores de vosotros, ¡oh jóvenes socialistas!, sienten hoy el deber de dar al pueblo la esperanza de una vigorosa renovación y consideran de suma utilidad el lanzar llamadas plenas de firmes propósitos, de confiadas y audaces esperanzas, al pueblo que tiene necesidad de ver algo nuevo y grande para salir de su estupor, hecho de escepticismo y de dolorosos recuerdos de infinitas desilusiones en empresas y hombres. Comprenden que el pueblo tiene necesidad de ver a aquellos que se declaran sus defensores combatir por él sin miedo y sin tergiversaciones y lo comprenden porque también ellos han

asistido espantados a los desastres morales de muchos de aquellos en los que depositan una confianza ciega, y a los que aman hasta la idolatría.

Comprenden que el pueblo ha escuchado demasiados discursos hinchados de frases virulentas, de violencias enfáticas, ha escuchado demasiados discursos de politicastros oblicuos, de veletas de la tribuna y del parlamento para creer todavía en la oratoria demagógica. Comprenden que el pueblo tiene necesidad de mártires después de tanto oír hablar del martirio y tiene necesidad de ver héroes después de que la oratoria de los conmemoradores de oficio hubiera anunciado tantos, desplegando sus panegíricos sobre el heroísmo.

Y comprenden, por último, que deben dar un tirón violento y definitivo a aquellos lazos que los unen todavía a la retaguardia de los movimientos subversivos, oprimiéndolos y sofocando sus mejores energías, uniendo a la propaganda verbal y escrita la acción y sustituyendo la valoración exclusiva y excesiva de la obra de proselitismo por la racional de la acción directa.

Ven la necesidad de hablar menos de revuelta y ser más hombres de acción, hablar menos de audacia y ser menos viles.

Los mejores de entre vosotros hoy se encuentran en este estado de ánimo, en este recodo del pensamiento.

Han hecho suya esta sabia concepción revolucionaria, pero todavía no la tienen muy clara en la mente ni bien firme en la conciencia. Si mañana todos vosotros llegarais con ellos a ser los renovadores del movimiento socialista revolucionario, la vanguardia agresiva y audaz del ejército proletario, sentiríais que os echan en cara, como un reproche, vuestro «sentimentalismo», seréis llamados «locos» y «soñadores» y los reumáticos de la política de las medias tintas barbotarán su airada excomunión, los viejos, cansados y demasiado prudentes, pondrán ante vosotros su barbuda autoridad, los imbéciles y los eunucos políticos se reirán de vuestros juveniles entusiasmos, de vuestros ímpetus generosos y de vuestras audacias y los sectarios gritarán al cisma y anunciarán, con palabras dramáticas, la nueva «desviación» el nuevo «error» y «gimotearán» sobre la «compacidad disgregada» y haciendo miserables profecías para los autores de esta nueva herejía.

Y si vierais romperse en pedazos vuestros bisturíes saneadores sobre los bubones del seudorrevolucionarismo vil y deshonesto vendríais a nosotros. Estoy seguro de ello. Encontraréis la fe en la búsqueda afanosa del espíritu hacia la grandeza del corazón y del cerebro y en la tempestad de vuestras almas en agitación por poco no fuisteis víctimas del momentáneo naufragio moral en el que la autocrítica y el examen de la vida os había arrojado, en la catástrofe de todos vuestros convencimientos primitivos, del religioso al patriótico. Os aferrasteis desesperadamente a la balsa de la fe revolucionaria, empujados por el instinto de conservación moral y cambiasteis la balsa por tierra firme y la incierta navegación os hizo olvidar el puerto seguro. Olvidasteis que el sacrificio y la fe son un todo armónico y grandioso y en vuestra vida de rebeldes incompletos el fondo del egoísmo, que era innato en vosotros, unido a la costumbre de la no resistencia continua y a la renuncia instintiva a la lucha, hizo que sacrificarais poco de aquello que la juventud os prodigaba en una abundante oferta de energías nuevas y poderosas.

Y es ahora cuando comprendéis que fue cuando el sacrificio comenzó a ser tomado, si no en vuestros discursos ni en vuestros escritos, sí en vuestras almas y en vuestros pensamientos, como algo desdeñable a lo largo del camino de la redención social, que el movimiento socialista inició su desastroso declive hacia la bajeza del egoísmo disgregador, repitiendo así la trayectoria de la potencia oral del cristianismo que se convierte en patente por sus mártires y decae al cesar el sacrificio de sus seguidores. Los mártires cristianos quedaron en la historia y en el alma del pueblo con la cabeza circundada por la aureola del martirio y los cristianos mostraron a las turbas paganas en la cruz agonizante en el espasmo de las carnes martirizadas y Cristo conmovió más con su sangre que con su palabra, convenció más con su sacrificio que con su apostolado. El cristianismo se extendió por el mundo más desde el Calvario que desde el templo y desde la cruz más que desde el cielo. Y desde Jesús a Ferrer la sangre de los mártires fue siempre fecunda.

Nosotros, anarquistas, hemos tenido mártires más que apóstoles, héroes más que profetas y habló siempre más al alma del pueblo la palabra que llegaba del estrado de un tribunal, de la enrejada ventana de una cárcel o de la tribuna ensangrentada de un patíbulo, que la palabra de los protagonistas, aunque fueran tan inteligentes como Reclús o elocuentes como Gori.

¿No escuchasteis nunca las tristes canciones populares que narran las leyendas de nuestros justicieros? Es el alma de los mártires por el pueblo que revive en las canciones del pueblo, comunicando en sus acentos apasionados y melancólicos toda una sangrienta y luminosa historia de fe y sacrificio.

Pasan los anarquistas maniatados «al par de los malhechores» y cantan y dicen con sus voces conmovidas de rebeldes por sentimiento todas sus esperanzas, todo su odio y su amor y la gente se siente conmovida, siente resonar en el alma las estrofas dulces y audaces y siente que la Idea de aquellos hombres perseguidos y desconocidos «no es más que idea de amor».

Mañana el himno que surge, como una nenia de forzados en una noche de exilio, de las débiles gargantas de prófugos errantes se convertirá en el himno prorrumpido por miles de pechos en un coro poderoso que anunciará la fuerza, la fe y aquello que conmueve y convence, que fascina y conquista: el sacrificio.

Si los himnos no son más que coros de voces y no himnos de esperanza y de audacias cantadas, es porque la llama del idealismo languidece. ¡Se necesita sangre joven, sangre pura y ardiente para que reemplace y se haga más viva, en este amanecer de almas adormecidas y de conciencias semientorpecidas!

¡Hace falta animar a la gente con un hálito de audacias nuevas, de esperanzas inmensas; es necesario hacerla soñar y llorar, amar y odiar; inmensamente!

Se requiere un despertar, un retorno a los tiempos en los que amar una idea significaba temer a la muerte y sacrificarle toda la vida en una dedicación completa. «La causa de los pueblos es como la de las religiones: no triunfa más que por la virtud de los mártires», escribe el sacerdote Tazzoli antes de subir al patíbulo, y dice con estas palabras una gran verdad,

que Mazzini y sus seguidores hicieron suya tomándola como divisa de toda una época de fecundos sacrificios. Hubo también en la historia del socialismo revolucionario el periodo que dejó la gloriosa herencia moral de los sacrificios y de los heroísmos y hubieron aquellos que ofrecieron la vida en las barricadas y en los patíbulos, la libertad en las cárceles y en los exilios; pero la época luminosa se ha cerrado, engullida en un sombrío ocaso, por la masa incolora de los politicastros oblicuos, por los teorizadores del girellismo y por los bribones del ocupacionismo arribista y el heroísmo fue llamado locura y los mártires fueron mostrados a la gente como fanáticos sedientos de sangre. Desde entonces los revolucionarios domesticados han tomado del brazo a Lombroso y han examinado los rasgos frontales de los justicieros, encontrándolos afectados de cesaritis, paranoia, megalomanía, etc., y a las voces acatarradas de los criminalistas apergaminados se unieron aquellas resquebrajadas y en falsete de los revolucionarios «legalistas» y los diversos Ferri del «revolucionarismo científico» han tomado las medidas antropométricas del heroísmo y le han encerrado en el manicomio criminal para poder ser más libres, una vez vencidos los «sans-coulettes» y los «fanáticos», de cambiar el fusil de la insurrección por la *medaglietta* del parlamentarismo, y el gorro frigio de la revolución por el bicornio ministerial, cubriendo el renegado «sans-coulettismo» jacobino con la librea de arlequín del servilismo arribista.

Ferri, Bissolati, Bonomi y compañía son ejemplos vivos de estas metamorfosis del politicantismo rojo. Con tales «padres espirituales», ¿no es natural que busquéis un nuevo campo de lucha, un campo más vasto y más puro, un horizonte más amplio y luminoso de visiones ideales? ¿No es natural que queráis alejaros de aquellos sistemas y métodos de lucha política que permiten a los jesuitas rojos imponerse a las masas y traicionarlas?

Queréis sanear el ambiente malsano de vuestro partido con el aliento benéfico de un idealismo nuevo y venís a nosotros, porque sentís la necesidad de injerto espiritual. Para vosotros, nosotros representamos la vanguardia que no ha aflojado el paso en los puestos avanzados de la lucha revolucionaria,

para vosotros representamos los celosos custodios de aquel idealismo activo que era, y continúa siendo, el secreto de las grandes victorias, el alma de audaces empresas grandiosas; para vosotros representamos los únicos herederos de aquel espíritu de sacrificio que ha escrito páginas doradas en la historia de las luchas proletarias, que ha sabido siempre reemplazar con un héroe, con un mártir o con un apóstol el vacío dejado por un vencido o por un renegado. Venís a nosotros porque os hablamos la palabra de la revuelta, porque os enseñamos cómo se ama la Idea, cómo se combate, cómo se sufre y cómo se sabe morir por ella. Habláis de regeneración de vuestro ambiente y espiritualmente, os alejáis; habláis de unión, de colaboración y es por el contrario fusión.

Traednos almas vírgenes, corazones ardientes y mentes jóvenes y fuertes. Se os ofrece un tesoro de energías nuevas.

¿Sabríais, querríais más allá y por encima de toda esclavitud de disciplina y de todo prejuicio sectario lanzaros fuera de vuestro mundo tan extraño e inferior a vosotros? ¿Querríais lanzaros con nosotros hacia nuevas conquistas, hacia audacias más audaces, hacia luchas más grandes y hacia más reales y amplias realizaciones sociales? Me lo auguro y os lo auguro: ¡Lo espero!

¿Bloques rojos? Sí; y que sean bloques de granito, bloques indestructibles de esperanzas, de ideales y de fe; bloques que sean la base segura de un mañana que resplandezca sobre horizontes más vastos, con luces más puras y bajo cielos más claros, en un mundo redimido, en aquel mundo que juntos soñamos, ¡oh, jóvenes socialistas!, en esta vigilia de guerra, en aquel mundo cuya conquista será nuestra, si nuestra es la lucha.

¡Si lo queréis, oh, jóvenes socialistas!, el alba roja de nuestro mañana nos encontrará unidos frente a la muerte y la victoria!

Fraternalmente vuestro.

¿CON KERENSKI O CON LENIN?*

Las peregrinaciones del Soviet por Italia han cesado.

El *Soviet*, que dedicó todas sus energías, ejercitó toda su influencia con el fin de intensificar la agitación pacifista en el ejército y en las masas populares, al imponer al Gobierno una «paz sin anexiones ni indemnizaciones» expresó lisa y llanamente su pensamiento. Sus declaraciones merecen un amplio comentario porque tienden a precisar claramente las actitudes del Partido Socialista Italiano. El Soviet, como se sabe, sostuvo al comienzo de su poder revolucionario la necesidad de la Conferencia Socialista por la Paz, fiel al concepto zimmerwaldiano de la guerra de clases como un «correctivo de la guerra del frente», criticó la obra de los aliados, afirmó que la sangre del pueblo ruso no debía ser derramada por los «objetivos imperialistas» de las potencias aliadas, deploró la actitud patriótica de los socialistas de la

---

* Publicado en *Guerra di classe*, Bolonia, 6 de octubre de 1917. Traducción de Josep Torrell.

Entente; declaró, en definitiva, que la ofensiva era necesaria «para la defensa de la revolución, no para la defensa de Rusia», y si lanzó llamamientos a los soldados fue siempre en nombre de las clases trabajadoras, de los partidos revolucionarios y no en nombre de los ideales nacionales y establecidos.

En Rusia, el ejército y las masas combaten abiertamente, entusiásticamente por Lenin o por Kerenski.

En Italia, la lucha sólo vive como un reflejo, sobre un fondo político claroscuro, de medias tintas. La sombra de la media política envuelve los pálidos reflejos de este incendio lejano. Si los delegados del Soviet no escondieron su adhesión a la política de Kerenski, los oradores socialistas italianos, en general, envolvieron con un espeso y reluciente nudo de frases que alababan la revolución y saludaban a los invitados, lo que debería haber sido una amplia y fecunda discusión orientada a precisar respectivamente las posiciones del Soviet y del Partido Socialista Italiano. Las masas fueron sinceras y lógicas, en su intuición, al afirmar su extremismo en muchos mítines con el grito de «¡Viva Lenin!». El grito se repitió, siguió a los delegados del Soviet, fue una consigna, una respuesta general, sencilla y entusiasta, y también una protesta ante los discursos de los socialistas rusos. Los dirigentes socialistas, salvo alguna rara y loable excepción, estuvieron por debajo de las masas socialistas, no supieron, no quisieron levantar abiertamente, ante la multitud y ante los adversarios, la discrepancia entre su neutralismo y el intervencionismo del Soviet. En Turín, el honorable Turati en su discurso de saludo a los miembros del Soviet tuvo la sinceridad, la honradez de decir lo que pensaba, haciendo así una excepción a la generalizada verbosidad de la acogida del socialismo oficial: «No es con una paz de cansancio y abdicación, con una paz precipitada, impuro beneficio del militarismo más poderoso y más desvergonzado, no es con una paz de este género con la que la democracia socialista podría garantizar la paz duradera a los proletarios de la tierra». Así habló Turati y salta a la vista de los más miopes la profunda, absoluta discrepancia existente entre él y cuantos

como él manifiestan un neutralismo —si es que se le puede llamar así— oscuro y contradictorio y la mayoría del Partido Socialista.

Si Turati alabó a los delegados del Soviet por «no haber renegado de la patria rusa ni haber renunciado a defenderla», Treves ha hablado varias veces en la misma línea que Turati, reprochando a la dirección del partido su tendencia al leninismo, y sin ahorrar fervientes elogios a Kerenski. ¿Y el partido? ¿Cómo se puede conciliar la manifiesta simpatía del *Avanti!* y de la mayoría socialista por Lenin y su actitud política con las afirmaciones de aquellos que fueron hasta ayer y siguen siendo, si no los verdaderos intérpretes del Partido Socialista, sí sus exponentes oficiales?

Esta actitud, que recoge aplausos de los socialistas italianos, sufrió una imprevista y radical transformación con la amenaza de una catástrofe nacional en la que el Soviet vio amenazado el estado socialista. Y he aquí, después de esta metamorfosis latente, la política colaboracionista del Soviet, que contrasta enormemente con el que debería ser su programa rígidamente socialista e internacionalista. El Partido Socialista italiano, en sus múltiples y amistosos contactos con los delegados rusos, ha permanecido en un estado crítico, en una posición mal definida, ambigua. El Partido Socialista no supo o no quiso declararse extremista, partidario de Lenin y en la entusiasta acogida a los delegados del Soviet, que están con Kerenski, ha demostrado que olvida todas las discrepancias, incluso las que como ésta son gravísimas, para aplaudir a los representantes de la Rusia revolucionaria. Por el contrario, era necesario aclarar su propia posición ante los seguidores de Kerenski y los de Lenin, seguidores numerosos y combativos que forman dos auténticos partidos en lucha, enemigos. Estas dos corrientes amplias e impetuosas, corren y se entrecruzan en mil sentidos, bajo mil aspectos y es difícil para nosotros, que vivimos fuera y lejos del mundo político de Rusia, poder juzgarlos con conocimiento de causa, penetrando en el alma de los partidos, siguiendo el desarrollo de los acontecimientos políticos desde su origen. No obstante, es evidente qué íntima

relación hay entre la situación interna de Rusia y la de Italia, frente a la guerra, y qué afinidad de discrepancias teóricas, de contrastes prácticos existe entre la neutralidad absoluta, rígidamente internacionalista y revolucionaria, y la neutralidad que flirtea con la política estatal, un colaboracionismo que sacrifica, con una renuncia desprovista de reservas, lo que debería ser un patrimonio inexpugnable de principios y de actitudes de izquierda. El valor político atribuido a la *tournée* de los delegados del Soviet pone de manifiesto que la posición del Partido Socialista ruso ante la guerra y los graves problemas prácticos que ella plantea, es paralela a la italiana. El hecho de que hoy, en Italia, haya partidarios de Lenin y de Kerenski viene a demostrar que las amplias y graves luchas internas de Rusia son la expresión, la manifestación de un antagonismo que supera el círculo de los contrastes ambientales hasta llegar a abrazar, a incluir las discrepancias más amplias, las luchas más graves y los problemas más críticos.

¿Se está con Kerenski, con el dictador establecido, *jusquaboutiste*, o se está con Lenin, internacionalista, revolucionario?

¡Responder a eso, decantarse por uno o por otro, no es cosa fácil ni oportuna para los Turati del socialismo oficial! Kerenski y Lenin son la expresión, diría incluso la encarnación, de dos programas diametralmente opuestos, que no tienen puntos de contacto, que se excluyen recíprocamente; y declarar la propia solidaridad con uno o con otro significaría definir con claridad la propia posición política ante la guerra, enfrentarse al juicio de los partidos, de las masas, del país. El neutralismo vacilante, la oposición contra la guerra llena de reservas, de contradicciones, de sutiles, refinadas distinciones teóricas de algunos *leaders* de nuestro socialismo sirven para mantener aquel equilibrio acrobático que permite conservar la propia posición, en el partido y fuera, sin tener problemas con las masas, sin enfrentarse cara a cara con los adversarios. ¡Ésta es la dolorosa, vergonzosa realidad!

Turati está lejos del alma de las masas socialistas, lejano y opuesto, y con él muchos otros.

Es necesario que el Partido Socialista se afiance fuera del grupo parlamentario y de la dirección, y escoja la vía del combate y establezca un objetivo claro para sus esfuerzos. ¡O con Kerenski, o con Lenin!

Ésta es la fórmula, éste es el dilema. Frente a los actuales acontecimientos, la adhesión a la política de Kerenski incluye la adhesión a la guerra de la Entente, encierra el programa de la democracia guerrera, el *jusquaboutisme* de los Hervé, el colaboracionismo ministerial de los Sembat, de los Guesde, de los Bissolati.

Si se está con Kerenski no se puede ni se debe desarrollar entre las masas la propaganda por la paz inmediata, sino que se debe colaborar más bien con las clases dominantes y con los gobiernos y unir el propio trabajo al de los que apoyan la victoria de la Entente y del aplastamiento de los Imperios Centrales. Si se está con Lenin es preciso tener la honradez de decirlo y el coraje de demostrarlo. No basta con defender a Lenin de las calumnias de la prensa amarilla; si se siente íntimamente, es preciso afirmar la propia solidaridad con él y realizarla en la propia actividad política, sin reservas oportunistas.

¿Querrá la mayoría del Partido Socialista escindir la propia posición, emanciparse de la tutela de sus representantes que no interpretan su pensamiento ni su voluntad? Si quiere, sabrá hacerlo.

La discrepancia no es teórica, no se presta a disquisiciones académicas, ha abandonado la asamblea, el congreso, para salir a la calle en dos corrientes opuestas que están a punto de enfrentarse, no de fundirse, más bien de desbordarse. No bastan ya los inseguros diques de la política que todo lo acomoda. ¿Con Lenin o con Kerenski? ¡Es la hora de elegir porque es la hora de luchar!

Lenin y Kerenski son nombres que encierran dos programas opuestos y bien definidos, son los estandartes de dos ejércitos de ideas y de voluntades que están a punto de enfrentarse. El Rubicón del neutralismo al estilo de Turati les separa. ¡Que tiren los dados! Las multitudes tienen necesidad de ser guiadas por capitanes que tengan un objetivo claro y una sola

palabra; los Hamlet deben ser abandonados para las eternas dudas doctrinales. Es la hora de la acción, a las masas no les gusta jugar a la gallinita ciega, caminando a tientas en la oscuridad de las posiciones equívocas, es preciso enfrentarse al adversario con las fuerzas compactas, con una fe, con una voluntad única para no tener remordimientos mañana y no tener que dar cuentas al pueblo —que llamará al estrado junto a los gobernantes, a los hombres de partido— de estas renuncias a la lucha, de estos confusionismos teóricos, de estas abstracciones cínicas de una realidad viva y terrible. ¡Con Lenin y por la paz inmediata, o con Kerenski y por la continuación de la guerra! Éste es el dilema de los dirigentes del partido socialista, ésta es la encrucijada de los avances proletarios y nosotros, que sostenemos la necesidad de una unión revolucionaria, esperamos una respuesta definitiva para ofrecer nuestra solidaridad.

¡Esperemos que los dirigentes del Partido Socialista no sigan siendo oráculos griegos!

LA AUTODEMOCRACIA*

En Rusia el bolchevismo ha renovado de manera radical y sistemática los sistemas representativos.

El valor de tales reformas sobrepasa los límites de la revolución rusa tanto por la influencia que tienen sobre el pensamiento político de otras naciones como por sus orígenes ideológicos.

El régimen bolchevique es el experimento más práctico y a mayor escala de la democracia integral que tenía como exponentes, entre otros muchos, a Rittinghausen en Alemania, y a Considerant y Leverdays en Francia.

El régimen de los Soviets es una derivación de la autonomía federalista y es la antítesis de la tendencia centralizadora del socialismo de Estado: no es más que un sistema político cuyas líneas generales y fundamentales se encuentran en los bocetos político-filosóficos de los principales pensadores de la Francia revolucionaria y democrática.

---

* Publicado en *Volontà*, Ancona, 1 de junio de 1919. Traducción de Josep Torrell.

Quien quiera estudiar los orígenes ideológicos de la autodemocracia debería remontarse a las corrientes de ideas preparatorias de la revolución francesa y hallaría que uno de los principios canónicos de la Gran Revolución fue que «la soberanía del pueblo es absoluta e inalienable».

Según los pensadores de la revolución francesa, el mismo régimen representativo es una forma de aristocracia, todo lo electiva que se quiera, pero en la que es la voluntad de los diputados y no la voluntad general la que hace la ley. En el Estado bien ordenado los ciudadanos deben gobernar sin intermediario; la *res publica* y la ley deben ser la expresión de la voluntad general, porque la voluntad general tiende al beneficio de todos, mientras que las voluntades particulares se extravían y corrompen fácilmente por los intereses privados.

La democracia de Locke y el absolutismo de Hobbes se unirán en Rousseau y producirán, durante la revolución activa, el jacobinismo.

Alguien podría observar que el Rousseau republicano considera la «democracia» como el gobierno en el que la masa del pueblo gestiona directamente los asuntos colectivos; el Rousseau liberal-moderado afirma que la democracia sólo se puede adoptar en pequeños Estados, cuya estructura es similar a la de los estados de la antigüedad. Pero esta observación no tiene valor crítico, puesto que el federalismo es descentralizador y autonomista por excelencia.

El gobierno, según Rousseau, debe ser el mandatario y el ejecutor de la voluntad general y sólo con esta condición es legítimo; «de donde se sigue que los depositarios del poder ejecutivo no son los amos del pueblo sino sus funcionarios, que el pueblo puede designarles y destituirles cuando crea conveniente, que su deber no es tratar con el pueblo sino obedecerle».

¿Cuáles fueron los aspectos originales de la autodemocracia?

La autodemocracia nació en oposición al parlamentarismo, como se desprende de lo que escribió Rittinghausen en el siglo XIX, invocando y proponiendo un nuevo sistema representativo: «Cómo queréis que el ciudadano que se convierte

en legislador, es decir privilegiado, no se vaya de cabeza al partido de los privilegiados, de los monopolios y, en consecuencia, de la reacción, si el monopolio y el privilegio sólo pueden vivir reduciendo a la impotencia y al silencio más completo a todos aquellos a los que expropia, sea este silencio el de la prisión o el de la tumba».

Las palabras de Rittinghausen coinciden con las que Proudhon escribió en su *Idea general de la revolución del siglo XIX*: «Abundan los ejemplos de personajes elegidos por aclamación y que en la tribuna en la que se ofrecen a las miradas del pueblo excitado preparan ya la trama de su traición. Es mucho si por cada diez bribones el pueblo encuentra en las elecciones un hombre honrado. Pero además, ¿qué me importan a mí estas elecciones? ¿Qué necesidad tengo de mandatarios y de representantes? Pues si se necesita que afirme mi voluntad, ¿no puedo expresarla sin ayuda de nadie? ¿Acaso me costará más y o no estaré más seguro de mí mismo que de mi abogado?».

Victor Considerant fue también uno de los primeros en responder al llamamiento que llegaba de Alemania y escribió en su *Livre des Quattres Crèdits*: «La idea de la legislación directa hará su camino. Se reconocerá, estoy convencido de ello, que las leyes hechas por todos y el poder autodemocrático del pueblo son aún mil veces preferibles a todo tipo de despotismo».

Este concepto fue desarrollado ampliamente por el mismo Considerant en su obra *El régimen dirigido por el pueblo*, en el que proclama: «Hasta ahora las masas humanas, los pueblos han tenido amos, siempre amos, bajo diferentes denominaciones y apariencias. Sólo serán libres cuando no tengan amos bajo ninguna forma... El Gobierno del pueblo por el pueblo, por tanto toda la democracia. La delegación nos la ha jugado, ¡no más delegaciones! Ejercicio directo de la soberanía del pueblo para el pueblo».

Y en otra obra, *Débâcle de la politique en France*, Considerant se alza contra «los saltimbanquis y equilibristas de la política».

El golpe de Estado bonapartista frenó este simpático movimiento.

Más tarde, Leverdays retomó la tesis con dos obras: *Las asambleas deliberativas* y *La organización de la república*; pero predicó en el desierto.

Han pasado muchos años desde el tiempo en el que la democracia tenía en su seno tendencias tan vastas e innovadoras; y el parlamento ha sido juzgado y condenado no sólo por una elite consciente, sino por las masas populares. La escandalosa incompetencia, la facilidad para dejarse corromper, el arribismo de los representantes del pueblo han desacreditado al parlamento y al parlamentarismo, y si no se encuentra remedio a tantos males producidos por el actual sistema representativo en las innovaciones propuestas por los actuales defensores de la democracia directa, hay que tener en cuenta su programa. Considerable, por ejemplo, es el programa compilado por un grupo de demócratas franceses, capitaneados por Hermitte, cuyas líneas principales están contenidas en estas palabras: «No se trata ciertamente, bajo el Régimen Directivo, de poner a todos al timón. Para la buena ejecución de la maniobra y el mantenimiento del orden en la nave, el timón se dejará siempre en manos del capitán responsable, pero los viajeros, que no son ni ganado ni mercancía, conservan el derecho de decir adónde y cómo quieren ir».

Todos en su puesto, todos responsables: esto es lo que quiere la autodemocracia de este grupo democrático.

Creo que la institución de clubs populares, en los que todas las cuestiones sociales fuesen libre y seriamente discutidas, permitiría al pueblo llegar a ser capaz de tomar parte activa, directa y fecunda en los asuntos de la comunidad, de poder ejercer un control riguroso y equitativo sobre el funcionamiento de los órganos sociales.

Todos los que afirman el derecho del pueblo de afirmar su propia voluntad en relación con los sistemas de vida política deben estudiar entre los problemas actuales el de la autodemocracia, que podría ser un buen objetivo para las ofensivas de los partidos de vanguardia, que podrán dirigir sus esfuerzos hacia un objetivo común: la emancipación de los trabajadores con respecto a la oligarquía demagógica.

El futuro podrá alabar el valor práctico de la autodemocracia. Hoy es bueno conocerla en sus líneas generales si no se quiere caer en el error de los actuales demócratas que excluyen *a priori* toda idea y experimento de autogobierno popular que llegue de la Rusia de los Soviets, este inmenso campo experimental del socialismo.

A PROPÓSITO DE NUESTRAS CRÍTICAS AL BOLCHEVISMO*

Los comunistas y los sindicalistas veroneses-moscovitas** nos acusan de realizar una obra antirrevolucionaria porque criticamos la política bolchevique, cuando la revolución rusa necesita toda la solidaridad de los partidos de vanguardia de Occidente porque está amenazada todavía por la política reaccionaria de la Entente y porque está inmersa en una enorme desgracia: la carestía.

¿Merecemos este reproche? Creo que no. Nuestra crítica al gobierno bolchevique no implica para nada una falta de solidaridad con la Rusia de la revolución y se diferencia profundamente de la campaña organizada por la prensa reaccionaria y social-reformista. Criticar los criterios y los métodos del partido comunista ruso, contar los errores y los horrores del gobierno

---

* Publicado en *Umanità Nova*, Roma, 4 de junio de 1922. Traducción de Josep Torrell.

** Se refiere a una corriente de la Unión Sindical Italiana (USI) favorable a la alianza con los comunistas y capitaneada por Nicola Vecchi, que luego se pasó al fascismo. Esta corriente publicaba en Verona el periódico *L'Internazionale* y polemizaba ásperamente con la mayoría de la USI, que la había desautorizado. [Nota del autor]

bolchevique es para nosotros un deber y un derecho, porque en el fracaso del bolchevismo estatólatra vemos la mejor confirmación de nuestras teorías libertarias. Es preciso, además, advertir que cuando Rusia era para el proletariado italiano la tierra santa de la libertad y la justicia, cuando el espejismo del mito ruso ejercía su fascinación revolucionaria sobre todo el mundo, nosotros callamos, a excepción de alguna voz aislada, porque la revolución rusa era un grandioso acontecimiento que había que aceptar tal como era, en bloque, so pena de disminuir su repercusión en aquellos países que, como el nuestro, parecían próximos a seguir el ejemplo que venía de Oriente. Pero dos acontecimientos rompieron nuestro voluntario silencio: las revelaciones hechas por Serrati, Colombino, Nofri, Pozzani y otros y, por encima de todo, la sistemática importación de toda la literatura bolchevique rusa y la copia de todos los criterios tácticos y la imitación servil de todos los puntos programáticos de Lenin y sus compañeros. Nos vimos en la necesidad de no callar más sobre lo que ya se había revelado en la prensa socialista, y en la necesidad de oponernos a aquella propaganda jacobina que se extendía entre las masas, perjudicando lo que nosotros consideramos la línea correcta revolucionaria. A todo ello se añade la reacción antianarquista del gobierno de Moscú y la convicción de que la política de los bolcheviques rusos lleva a un repliegue revolucionario en Rusia y en Occidente.

Los comunistas se equivocaron al fulminarnos como pequeño-burgueses y como antirrevolucionarios, y se han equivocado al persistir en esta actitud hostil. Pero se han equivocado en el sentido de que nuestro programa y toda la historia de nuestro movimiento desmienten del modo más absoluto sus acusaciones, aunque tienen razón porque es natural que se crean más revolucionarios, más en la extrema izquierda que nosotros. Esto es legítimo y más que natural.

Puesto que nuestras críticas a la política bolchevique han sido motivo de discordia entre nosotros y los comunistas y perjudican la alianza revolucionaria que, en realidad, existe entre nosotros y ellos, creo oportuno discutir nuestra actitud ante la política bolchevique para ver si también por nuestra

parte hay excesos y errores. Creo que más que de errores se puede hablar de excesos.

A propósito de la política agraria de los bolcheviques se ha caído, por ejemplo, en exageraciones. Que la política de requisiciones ha sido una locura es indiscutible; que la política de abastecimientos al campo ha sido insuficiente es indiscutible; que el intento de nacionalización de las tierras con decretos inútiles y con un programa uniforme al respecto ha sido un error colosal es indiscutible. Pero de aquí a afirmar que los campesinos rusos son comunistas por naturaleza, y que si la revolución se hubiese desarrollado libremente tendríamos en Rusia el comunismo rural, en el sentido kropotkiniano, hay mucha diferencia. Y lo mismo ocurre con la nacionalización de la industria, la ordenación del ejército, la burocracia, etcétera. La crítica anarquista a la política bolchevique ha caído en excesos debidos al mal conocimiento de las condiciones económicas, sociales y psicológicas de Rusia.

No siempre se ha sabido distinguir lo que era una tendencia programática de los jefes bolcheviques y lo que era una necesidad contingente, lo que era realizable con una línea autonomista y federalista y lo que era irrealizable incluso con el triunfo de esta línea.

En la crítica a la política bolchevique se ha confirmado esa excesiva valoración de la acción popular que es característica del anarquismo de Kropotkin. Es decir, se pensó que el proletariado ruso era más capaz de realizaciones comunistas de lo que realmente es. Otro error es no haber tenido en cuenta que entre el estallido de la revolución y el actual régimen hubo un período bastante largo de libre juego de las fuerzas políticas y sociales, en el que el movimiento anarquista se agotó y los partidos de izquierda demostraron no estar a la altura de las circunstancias.

Es inútil sofisticar sobre lo que la revolución rusa hubiera podido ser. Es la que es. Y al criticar su actual paralización es preciso tener en cuenta que a la política de repliegue del gobierno bolchevique contribuyen realidades más poderosas que los principios teóricos.

Los campesinos se han apropiado de las tierras que, por derecho, se han nacionalizado pero, en realidad, se han subdividido entre los pequeños propietarios que constituirán la futura burguesía rural.

El intercambio de productos, más o menos clandestino, es general y enriquece a toda una categoría de nuevos estraperlistas. La burocracia está constituyendo una nueva clase de privilegiados. Es en este conjunto de procesos económicos y sociales donde hay que buscar las causas de la nueva política bolchevique, que ha contribuido a crear la nueva situación, pero no ha sido la única en determinarla.

Toda revolución tiene el desarrollo que es capaz de darle el pueblo que la realiza. La economía rusa era primitiva. El régimen zarista demuestra hasta qué punto era primitiva y retrógrada también la vida política de Rusia. *No se puede, pues, juzgar con criterios occidentales una revolución que pertenece más a Asia que a Europa.*

No pretendo justificar con esto toda la política bolchevique. Creo incluso necesario criticar el régimen bolchevique porque los comunistas italianos lo miran como un arquetipo, pero también creo necesario fundamentar nuestra crítica en bases más sólidas. Y para hacerlo es necesario observar la revolución rusa con ojo histórico más que con ojo político.

Este intento de objetividad, que no excluye la crítica sino que la hace más aguda y más justa, ayudará también a liberarnos de muchos apriorismos teóricos que amenazan con dar rigidez a nuestro movimiento y alejarlo de la exacta comprensión de la vida actual, que presenta aspectos nuevos que no siempre permiten conciliar la realidad de las cosas y de los hombres con las ideologías del anarquismo clásico.

CONTRIBUCIÓN A UN DEBATE SOBRE EL FEDERALISMO*

Carlo Molaschi responde a Gigi Damiani —que propone un acercamiento por nuestra parte a los elementos subversivos federalistas— diciendo que estaría de acuerdo si tales elementos existieran. Dice que los republicanos han olvidado su federalismo por la influencia unitaria ejercida por Mazzini y que los sindicalistas no son de fiar porque no tienen una actitud bien definida. Lo que dice Molaschi es cierto, pero sólo en parte. Que la mayor parte de los republicanos haya seguido y siga todavía a Mazzini en vez de a Ferrari y Cattaneo, es cierto, pero también lo es que hay un gran grupo de republicanos que continúa la tradición federalista, elaborándola y enriqueciéndola. Basta con la lectura, por ejemplo, de la revista *La critica politica* para convencerse de ello. ¡Los republicanos federalistas, es preciso reconocerlo, han hecho mucho más que nosotros en el campo teórico! Nosotros estamos todavía

---

* Publicado con el título «Anarquismo y federalismo-El pensamiento de Camillo Berneri» en *Pagine libertarie*, Milán, 20 de noviembre de 1922. Traducción de Josep Torrell.

con el federalismo de Bakunin, que a Molaschi le parece, por lo que se ve, el *non plus ultra*.

Esto es un síntoma grave. Demuestra que sólo hemos avanzado algunos pasos en relación con los maestros.

Molaschi, oponiéndose al revisionismo, dice: «Permanezcamos fieles al buen anarquismo de hace cincuenta años, que todavía es joven, gallardo, lleno de promesas para el futuro inmediato». Entendámonos: el anarquismo de hace cincuenta años todavía es joven y lo será también dentro de cincuenta años más, en el sentido de que contiene verdades que están muy lejos de ser desmentidas, incluso resplandecen con nueva luz sobre el fondo de los acontecimientos. Pero las ideologías de hace cincuenta años están superadas. Lo demuestra uno de los más viejos y más jóvenes compañeros nuestros, Malatesta, que está examinando los varios problemas de la revolución con criterios que difieren de los que adoptó hace cincuenta años y que contrastan con la roñosa y negligente mentalidad de muchos compañeros a los que les parece más cómodo rumiar el verbo de los maestros que afrontar los problemas amplios y complejos de la cuestión social tal como se presenta hoy en día.

Somos inmaduros. Lo demuestra el que se haya discutido la *Unión Anarquista* haciendo sutilezas sobre las palabras *partido, movimiento*, sin entender que la cuestión no es de forma sino de sustancia, y que lo que nos falta no es la exterioridad del partido sino la conciencia del partido.

¿Qué entiendo por conciencia de partido?

Entiendo algo más que el fermento pasional de una idea, que la genérica exaltación de ideales. Entiendo el contenido específico de un programa partidario. Estamos desprovistos de conciencia política en el sentido que no tenemos conciencia de los problemas actuales y continuamos difundiendo soluciones adquiridas en nuestra literatura de propaganda. Somos utópicos y basta. Que haya editores nuestros que sigan reeditando los escritos de los maestros sin añadirles nunca una nota crítica demuestra que nuestra cultura y nuestra propaganda están en manos de gente que intenta mantener en pie el propio tinglado en vez de empujar al movimiento a salir de lo ya pensado para

esforzarse en la crítica, en lo que está por pensar. Que haya polemistas que intenten embotellar al adversario en vez de buscar la verdad, demuestra que entre nosotros hay masones, en sentido intelectual. Añadamos a los grafómanos para quienes el artículo es un desahogo o una vanidad y tendremos un conjunto de elementos que entorpecen el trabajo de renovación iniciado por un puñado de independientes que prometen.

El anarquismo debe ser amplio en sus concepciones, audaz, insaciable. Si quiere vivir y cumplir su misión de vanguardia debe diferenciarse y conservar en alto su bandera aunque esto pueda aislarle en el restringido círculo de los suyos. Pero esta especificidad de su carácter y de su misión no excluye una mayor incrustación de su acción en las fracturas de la sociedad que muere y no en las construcciones apriorísticas de los arquitectos del futuro. Al igual que en las investigaciones científicas la hipótesis puede iluminar el camino de la indagación pero se cierra esa luz cuando resulta falsa, el anarquismo debe conservar aquel conjunto de principios generales que constituyen la base de su pensamiento y el alimento pasional de su acción, pero debe saber afrontar el complicado mecanismo de la sociedad actual sin anteojos doctrinales y sin excesivos apegos a la integridad de su fe.

El enemigo está ahí: es el Estado. Pero el Estado no es sólo un organismo político, instrumento de conservación de las desigualdades sociales; es también un organismo administrativo. Como estructura administrativa, el Estado no se puede abolir. Es decir, se puede desmontar y remontar, pero no negarlo, porque esto paralizaría el ritmo de la vida de la nación, que late en las arterias ferroviarias, en las venas telefónicas, etcétera.

¡Federalismo! Es una palabra. Es una fórmula sin contenido positivo. ¿Qué nos ofrecen los maestros? La premisa del federalismo: la concepción antiestatal, concepción política y no fundamentación técnica, miedo a la centralización y no proyectos de descentralización.

He aquí, por el contrario, un tema de estudio: el Estado en su funcionamiento administrativo. He aquí un tema de propaganda:

la crítica sistemática del Estado como órgano administrativo centralizado y por lo tanto incompetente e irresponsable. Cada día la crónica de sucesos nos ofrece materia para esa crítica: millones desperdiciados en malas especulaciones, en lentitudes burocráticas; polvorines que saltan por los aires por incuria de los gabinetes «competentes»; latrocinios a pequeña y gran escala, etcétera. Una campaña sistemática de este tipo podría atraer sobre nosotros la atención de muchos que no se conmoverían en absoluto leyendo *Dios y el Estado.*

¿Dónde encontrar a los que pueden alimentar regularmente esta campaña? Los hombres están. Es necesario que den señales de vida. ¡Se necesita una movilización! Profesionales, empleados, profesores, estudiantes, obreros, todos viven en contacto con el Estado o al menos con las grandes empresas. Casi todos pueden observar los daños de la mala administración: los derroches de los incompetentes, los robos de los bribones, los impedimentos de los organismos mastodónticos.

Ha llegado la hora de acabar con los farmacéuticos de las formulitas complicadas que no ven más allá de sus tarros llenos de humo; ha llegado la hora de acabar con los charlatanes que embriagan al público con bellas frases altisonantes; ha llegado la hora de acabar con los simplones que tienen tres o cuatro ideas clavadas en la cabeza y ejercen como vestales del fuego sagrado del Ideal distribuyendo excomuniones. ¡Hay que regresar al federalismo! No para tumbarse en el diván de la palabra de los maestros, sino para crear el federalismo renovado y robustecido por el esfuerzo de todos los buenos, de todos los capacitados.

El que tenga un grano de inteligencia y de buena voluntad que se esfuerce con su propio pensamiento, que trate de leer en la realidad algo más que lo que lee en los libros y periódicos. Estudiar los problemas de hoy quiere decir erradicar las ideas no pensadas, quiere decir ampliar la esfera de la propia influencia como propagandista, quiere decir hacerle dar un paso adelante, incluso un buen salto de longitud, a nuestro movimiento.

Es preciso buscar las soluciones enfrentándose a los problemas. Es preciso que adoptemos nuevos hábitos mentales.

Al igual que el naturalismo superó la escolástica medieval leyendo el gran libro de la naturaleza en vez de los textos aristotélicos, el anarquismo superará al pedante socialismo científico, al comunismo doctrinario cerrado en sus casillas apriorísticas y a todas las demás ideologías cristalizadas.

Yo entiendo por anarquismo crítico un anarquismo que, sin ser escéptico, no se contente con las verdades adquiridas, con las fórmulas simplistas; un anarquismo idealista y al mismo tiempo realista; un anarquismo, en definitiva, que injerte verdades nuevas en el tronco de sus verdades fundamentales, que sepa podar las ramas viejas.

No un trabajo de fácil demolición, de nihilismo hipercrítico, sino de renovación que enriquezca el patrimonio original y le añada fuerzas y bellezas nuevas. Este trabajo hemos de hacerlo ahora, porque mañana deberemos reemprender la lucha, que no encaja bien con el pensamiento, especialmente para nosotros que nunca podemos retirarnos a los pabellones cuando recrudece la batalla.

UNA CARTA A PIERO GOBETTI*

Querido Gobetti:

Muchas veces, al discutir mis ideas con personas cultas, por las preguntas que me hacen y por las objeciones que me plantean, constato que el movimiento anarquista —pese a formar parte, y no precisamente pequeña, de la historia del socialismo— es semiignorado o mal conocido. No me sorprendí, por tanto, al leer el artículo del profesor Gaetano Mosca sobre el materialismo histórico, en el que citaba entre los socialistas utópicos a Proudhon, quien se habría sentido mortificado al verse del bracete con aquel Blanc al que él fustigó con la más áspera ironía por haber puesto «la Igualdad a la izquierda, la Libertad a la derecha y la Fraternidad en medio, como el Cristo entre el buen y el mal ladrón».

* Publicada en *Rivoluzione liberale*, Turín, 24 de abril de 1923, con el título «El librecambismo en la Internacional». Traducción de Josep Torrell.

Para excluir a Proudhon de los escudilladores de la sopa comunista bastaría la crítica a la fórmula, que luego se convertiría en el credo kropotkiniano, «de cada uno según sus fuerzas y a cada uno según sus necesidades», fórmula que califica como una casuística leguleya, porque no ve quién podrá hacer una valoración de las capacidades ni quién será juez de las necesidades (véase *Idée générale de la Révolution au dix-neuvième siècle*, Granier, París, 1851, pág. 108).

El error en que ha incurrido Mosca es interesante, porque demuestra hasta qué punto se les escapa a muchos estudiosos de la historia del socialismo esta verdad: que el colectivismo de la Internacional tuvo un valor esencialmente crítico. Circunstancia que ha sido negada incluso por algunos anarquistas, como L. Fabbri, que sostiene que el anarquismo es «tradicional e históricamente socialista» porque tiene como base de su doctrina económica «la sustitución de la propiedad individual por la propiedad socializada» (véase «Carta a un socialista» en *Il Pensiero*, núm. 14, 1910, pág. 213).

Basta una rápida ojeada a la historia de la Primera Internacional para desmentir esta afirmación. La Internacional nació en Francia, en la atmósfera ideológica del mutualismo proudhoniano, y como dice Marx en una carta relacionada con el Congreso de Ginebra (1866), no expresó en sus primeros tiempos ninguna idea colectivista ni comunista. El informe Longuet al Congreso de Lausanne (1867) demuestra que Proudhon dominaba todavía. Ese dominio se comprobó en el Congreso de Bruselas (1868) en el que, sin embargo, se planteó la idea colectivista, pero de un modo general y limitada a la propiedad de la tierra y a las vías de comunicación. La colectivización propuesta en el IV Congreso, el de Basilea (1869), se limitaba al suelo. La influencia proudhoniana, por lo tanto, es paralela al anticomunismo y al anticolectivismo.

Al colectivismo se sumaron Bakunin y sus secuaces, pero más que un proyecto de forma económica veían en él una forma de negación de la propiedad capitalista. Bakunin era un entusiasta de Proudhon. Él (véase *Oeuvres*, I, págs. 13, 26, 29)

exalta el liberalismo norteamericano, no había todavía los *trusts*, y dice «la libertad de la industria y del comercio es ciertamente una gran cosa, y es una de las bases esenciales de la futura alianza internacional entre todos los pueblos del mundo». Y también: «Los países de Europa en los que el comercio y la industria gozan comparativamente de mayor libertad han alcanzado el más alto grado de desarrollo.» El entusiasmo por el librecambismo no le impide reconocer que mientras existan los gobiernos centralizados y el trabajo sea siervo del capital «la libertad económica sólo será *directamente* ventajosa para la burguesía». En ese *directamente* hay una segunda reserva. En realidad, él veía en la libertad económica un muelle de acción para la clase burguesa, que él afirmaba que era injusto considerar ajena al trabajo (véase *Oeuvres*, I, págs. 30 y sigs.), y no podía dejar de reconocer la función histórica del capitalismo activo. También son interesantes los motivos de las simpatías de Bakunin por el liberalismo norteamericano, porque explican qué entendía él por *propiedad*.

Bakunin plantea que el sistema librecambista norteamericano «atrae cada año centenares de miles de colonos enérgicos, industriosos e inteligentes» y no le inmuta en absoluto que éstos se conviertan o intenten convertirse en propietarios.

Al contrario, le complace que haya colonos que emigren al *Far West* y roturen la tierra después de habérsela apropiado, y observa que «la presencia de tierras libres y la posibilidad para el obrero de convertirse en propietario mantiene los salarios a una notable altura y asegura la independencia del trabajador» (véase *Oeuvres*, I, pág. 29).

La concepción del valor energético de la propiedad, fruto del propio trabajo, es la nota fundamental de la ideología económica de Bakunin y de sus más directos seguidores. Entre ellos, Adhèmar Schwitguébel, que en sus escritos (véase *Quelques écrits*, a cargo de J. Guillaume, Stock, París, págs. 40 y sigs.) sostiene que la expropiación revolucionaria debe tender a conceder a cada productor el capital necesario para hacer valer su trabajo. La demostración histórica del anticomunismo bakuninista está en que las tendencias comunistas

de la Internacional italiana triunfaron en 1876* cuando la actividad de Bakunin estaba casi completamente suspendida (véase la introducción de Guillaume a las *Oeuvres*, I, pág. xx), y en que en España, donde la Alianza había arraigado profundamente, perdura una corriente anarquista colectivista en el sentido bakuninista.

Si el *colectivismo* de la Internacional hubiera sido comprendido por Mazzini no se habría producido el fenómeno de su crítica anticomunista. Así criticaba Mazzini: «La Internacional es la negación de *toda* propiedad individual, es decir, de *todo* estímulo a la producción [...] El que trabaja y produce tiene derecho a los frutos de su trabajo: en ello reside el derecho de propiedad [...] *Es preciso tender a la creación de un orden de cosas en el que la propiedad no pueda convertirse en un monopolio y que en el futuro proceda sólo del trabajo*». Saverio Friscia, en la «Respuesta de un internacionalista a Mazzini»**, publicada en el periódico bakuninista *L'Eguaglianza* de Girgenti y reproducida por Guillaume que la considera soberbia y la aprueba *todo corde* (véase *Oeuvres*, VI, págs. 137-140), respondía: «El socialismo no ha dicho todavía su última palabra; pero *no niega toda propiedad individual*. ¿Cómo podría hacerlo, si combate la propiedad individual (léase *capitalista*) del suelo por la necesidad de que todo individuo tenga un *derecho absoluto de propiedad* sobre lo que produce? ¿Cómo podría hacerlo si el axioma "el que trabaja tiene derecho a los frutos de su trabajo" constituye una de las bases fundamentales de las nuevas teorías sociales?». Y después de haber analizado las críticas de Mazzini, exclama: «¿Pero no es eso puro socialismo? ¿Qué querían Leroux y Proudhon, Marx y Bakunin sino que la propiedad fuera fruto del trabajo? ¿Acaso el principio según el cual todo hombre ha

* En el texto figura «1867». Se trata de un error evidente que hemos rectificado.

** Posteriores investigaciones han comprobado que el autor del artículo «La Internacional y Mazzini» (y no «respuesta de un internacionalista a Mazzini»), aparecido en *L'Eguaglianza* de Girgenti no fue Saverio Friscia, sino Antonino Riggio, director del periódico. [Nota del autor.]

de ser retribuido en proporción a sus obras no responde a la desigualdad de actitudes y de fuerzas en la que el socialismo ve la base de la igualdad y de la solidaridad humana?».

En esta respuesta de Friscia está clara la oposición de la propiedad para todos con la propiedad monopolista de algunos; el principio de la igualdad relativa (económica); y, en definitiva, el principio del estímulo del trabajo representado por la recompensa proporcionada automáticamente a las obras.

¿No piensas, querido Gobetti, que podría ser útil, en *Rivoluzione liberale*, una serie de estudios sobre el liberalismo económico en el socialismo? Creo que colmaría una gran laguna y quitaría de en medio muchos y viejos equívocos. Creo que de ahí saldría, entre otras muchas cosas interesantes, esta verdad histórica: que en el seno de la Internacional los anarquistas fueron los liberales del socialismo. Históricamente, es decir, en su función crítica y de oposición al comunismo autoritario y centralizador, lo son aún.

EL FEDERALISMO DE PIOTR KROPOTKIN*

Uno de los aspectos más interesantes del pensamiento político de Piotr Kropotkin es el federalismo, motivo que recorre con frecuencia sus escritos y constituye una de las bases de su ideología anarquista. El federalismo kropotkiniano, aunque no es en puridad una teoría sistemática ni se diferencia profundamente del federalismo de Proudhon y de Bakunin, presenta varias características que hacen interesante su examen.

Este examen requiere un *excursus* biográfico, que ilumine la génesis del pensamiento federalista del autor, en relación con el ambiente en el que este pensamiento se formó y afirmó. Con razón, un filósofo italiano al escribir sobre Kropotkin observaba: «No se entenderá nunca el espíritu íntimo del

---

* Publicado por entregas en *Fede!*, Roma, en los números de los días 1, 15 y 22 de febrero, 8 y 22 de marzo de 1925 y posteriormente en forma de opúsculo, «Un federalista ruso: Pietro Kropotkin», *Fede!*, Roma, 1925. En esta edición hemos estimado oportuno obviar algunas imprecisiones e integrar en el texto las notas a pie de página. Traducción de Josep Torrell.

pensamiento anarquista si no se considera históricamente como una reacción radical y violenta ante la profunda transformación sufrida por la institución estatal en el transcurso del siglo XIX» (A. Tilgher: «Un filosofo dell'anarchismo», en *Il Tempo*, Roma, 2 de julio de 1921).

Kropotkin, príncipe anarquista es, en realidad, la mejor demostración de esa afirmación.

1. EXPERIENCIAS

La clara y detallada autobiografía de Kropotkin (*Memorias de un revolucionario*) permite seguir paso a paso las fases concretas de formación de su pensamiento federalista.

A los diecinueve años, oficial de cosacos, se traslada a Transbaikalia, donde se interesa apasionadamente por las grandes reformas iniciadas en 1862 por el gobierno y confiadas a la Administración Superior de Siberia. Secretario de comités gubernamentales, en contacto con los mejores funcionarios, comienza a estudiar varios proyectos de administración municipal, pero muy pronto ve todos los esfuerzos de renovación obstaculizados por los *Jefes de distrito* protegidos por los *Gobernadores generales* que, a su vez, padecen las órdenes y las influencias del gobierno central. La vida administrativa le revela cada día sistemas y métodos absurdos y, por ello, vista la imposibilidad de cualquier reforma, en 1863 participa en una expedición a través del Amur.

Durante una tempestad, cuarenta gabarras se hunden y se pierden dos mil toneladas de harina. Esta catástrofe le ofrece la oportunidad de conocer aún mejor la burocracia central. Las autoridades no quieren creer en el desastre y los mismos empleados de los Asuntos de Siberia en Petrogrado revelan una completa ignorancia acerca de todo lo que forma parte de su particular... competencia. Un alto funcionario le dice «Mi querido amigo, ¡cómo es posible que cuarenta gabarras se destruyan en el Neva sin que nadie se lance a salvarlas!». Kropotkin le responde que el Amur es cuatro veces más ancho que el Neva; el funcionario

pregunta estupefacto: «¿Pero es verdaderamente tan grande?», y, enojado, pasa de inmediato a hablar de frivolidades.

Kropotkin parte para Manchuria con mayor desconfianza que nunca hacia la administración central. Debió de acordarse realmente de los burócratas de Petrogrado cuando en la frontera china un funcionario del Celeste Imperio rechazó su pasaporte porque era una modesta hoja de papel oficial, mientras mostró un gran respeto por un viejo número de la voluminosa *Gaceta de Moscú* que se le mostró también como pasaporte.

Convertido en agregado de la Gobernación General para los Asuntos Cosacos, hizo una cuidadosa encuesta sobre las condiciones económicas de los cosacos del Usurí. De regreso a Petrogrado fue felicitado, ascendido y premiado. Pero la realización práctica de los proyectos propuestos falló por culpa de los funcionarios, que robaron el dinero y continuaron hostigando a los campesinos, en vez de proporcionarles el ganado y aliviar con rápidos y seguros socorros los daños de la carestía. «Esto sucedía —dice Kropotkin— por todas partes, empezando en el Palacio de Invierno, en Petrogrado, y terminando en el Usurí y el Kamchatka. La alta administración de Siberia tenía muy buenas intenciones, y es mi deber repetir que, en su conjunto, era bastante mejor, mucho más ilustrada, se interesaba más por el bienestar del pueblo que la administración de cualquier otra provincia de Rusia. Pero era una administración —una rama del árbol que tenía sus raíces en Petrogrado—, y esto bastaba para paralizar todas sus excelentes intenciones; eso bastaba para interponerse y sofocar todo principio de vida y proyecto autónomo. Cualquiera que fuera la cosa emprendida por los habitantes por el bien del país desataba sospechas y era inmediatamente paralizada por mil dificultades que provenían no tanto de la mala fe de los administradores como de que los funcionarios pertenecían a una administración centralizada y jerárquica. El mero hecho de que perteneciesen a un gobierno que irradiaba de una lejana capital hacía que lo considerasen todo desde el punto de vista de empleados que primero se preguntaban ¿qué dirán los superiores y qué efecto tendrá esto o aquello en el mecanismo administrativo? Los intereses del país pasaban a un segundo lugar.»

Paralelamente al conocimiento del mal funcionamiento de los organismos administrativos centralizados, contribuyeron a la formación de su personalidad anarquista las observaciones acerca del *libre entendimiento entre los interesados*, que hizo continuamente durante los largos viajes en Siberia y en Manchuria. Le parece evidente la función que las masas anónimas ejercen en los grandes acontecimientos históricos y, en general, en el desarrollo de la civilización. Esta valoración inspiró luego, como veremos, toda su crítica sociológica y fue la base de su método de investigación histórica.

Instalado en Occidente, en Suiza, el contacto con la Federación del Jura, cuyos militantes estaban embebidos del federalismo libertario de Bakunin, ejerció una gran influencia en sus tendencias federalistas y libertarias. Aquella organización había asumido ya en 1872 una línea manifiestamente autonomista y antiautoritaria (Kropotkin vio en aquella experiencia «la primera chispa del anarquismo»). Es preciso señalar que a decidirse por esa línea había contribuido mucho el dominio altamente centralizado, se podría decir tiránico, del Consejo General de la Internacional.

De regreso a Rusia y en contacto con grupos de intelectuales de izquierda, constató de nuevo la inutilidad de los esfuerzos hechos por quienes intentaban la regeneración del país a través de los *zemstvos* o consejos de distrito y de provincia. La idea de la necesidad para Rusia de un régimen federativo, agitada desde principios del siglo XIX por los decembristas (hacia 1825) fue retomada por los miembros del grupo socialista de Petrachevski (1848), de Chernyshevski, entre 1855 y 1861, y, finalmente, por Bakunin y los *populistas* del período 1870-1880. El modelo de los Estados Unidos de América y de algunas instituciones y tradiciones locales condujeron también a algunos funcionarios a proyectar organizaciones administrativas basadas en el principio de la autonomía. Por ejemplo, el proyecto administrativo de Speranski para Siberia incluía los Consejos, compuestos por los representantes de todas las administraciones, cuya tarea habría sido la gestión de todos los asuntos locales.

Esta labor parecía sospechosa de ser separatista, de tender a crear un Estado dentro del Estado, y fue perseguida hasta el punto del que cualquier intento de mejora en el campo administrativo, sanitario y escolar era abortada miserablemente, llevando consigo la ruina de grupos enteros de los elegidos en los *zemstvos.*

A pesar de las desilusiones sufridas durante su actividad administrativa anterior al abandono de Rusia, Kropotkin se puso a trabajar de nuevo, y después de heredar la propiedad paterna de Tambov se estableció allí y dedicó todas sus energías al *zemstvo* local. Pero tuvo que constatar una vez más la imposibilidad de crear escuelas, cooperativas, fábricas modelo, sin crear nuevas víctimas del gobierno central.

2. LA CRÍTICA

En los artículos que Kropotkin publicó entre 1879 y 1882 en *Révolté* de Ginebra parece evidente que la vida administrativa de los Estados occidentales sólo le ofreció nueva materia para la crítica antiestatal y le confirmó aún más sus ideas federalistas y libertarias. Donde hay centralización encuentra una poderosa burocracia, «un ejército de empleados, verdaderas arañas con dedos retorcidos, que ven el universo sólo a través de las sucias vidrieras de sus despachos y sólo lo conocen por medio de sus cartapacios y formularios absurdos; una banda negra que sólo tiene una religión, la del escudo; que sólo tiene un pensamiento, el de apuntarse a un partido cualquiera, negro, violeta o blanco, siempre que les garantice un máximo de salario y un mínimo de trabajo» (*Memorias de un revolucionario*). La centralización, que conduce al funcionarismo a ultranza, le parece a Kropotkin una de las características del régimen representativo. Ve en el parlamentarismo el triunfo de la incompetencia, y así habla, con pintoresca ironía, de la actividad administrativa y legislativa del diputado, que no es llamado a enjuiciar y a proveer sobre lo que es de su particular competencia y se refiere a su propia circunscripción, sino a emitir una opinión, a votar sobre las varias e infinitas cuestiones que surgen en aquella mastodóntica máquina

que es el Estado centralizado: «Deberá votar la tasa de los perros y la reforma de la enseñanza universitaria, sin haber puesto nunca los pies en la Universidad y sin conocer un perro del campo. Deberá pronunciarse sobre las ventajas del fusil Gras y sobre el lugar a escoger para la escudería del Estado. Votará sobre la filoxera, el grano, el tabaco, la enseñanza primaria y el saneamiento de las ciudades; sobre la Cochinchina y la Guayana, sobre los canales de los caminos y el Observatorio de París. No ha visto nunca a los soldados, salvo en los desfiles, pero repartirá los cuerpos del ejército; no ha conocido nunca a un árabe, pero hará y deshará el código musulmán en Argelia. Votará en favor del *shako* o del *kepi* según los gustos de su señora. Protegerá el azúcar y sacrificará el trigo. Matará la vida creyendo protegerla: votará la reforestación contra los pastos y protegerá los pastos contra la selva. Será competente en materia bancaria. Sacrificará un canal a un tendido ferroviario sin saber en qué parte de Francia se encuentran uno y otro. Añadirá nuevos artículos al código penal sin haberlo consultado nunca. Proteico, omnisciente y omnipotente, hoy militar, mañana porquero, otras veces banquero, académico, barrende-ro, médico, astrónomo, especiero, curtidor, negociante, según el orden del día de la Cámara, no dudará nunca. Acostumbrado por su función de abogado, de periodista o de tribuno de asambleas públicas, a hablar de aquello que no conoce, votará sobre todas éstas y otras cuestiones, con una sola diferencia: mientras con el periódico sólo divertía al portero chismoso y en los tribunales sólo despertaba con su voz a los jueces y jurados somnolientos, en la Cámara su opinión establecerá la ley para treinta o cuarenta millones de habitantes» (*Palabras de un rebelde*).

Pero el mundo occidental, junto con los absurdos administrativos de los regímenes representativos centralizados, le reveló a Kropotkin aquella inmensa fuerza, más amplia y compleja, observada en el *mir* ruso: la de las libres asociaciones que «se extienden y comienzan a cubrir todos las ramas de la actividad humana», y que le llevan a afirmar que «el porvenir pertenece a la libre asociación de los interesados y no a la centralización gubernativa» (*Palabras de un rebelde, La conquista del pan, El apoyo mutuo*: capítulos VII-VIII y conclusión). Desde aproximadamente

1840 el *mir* servía como punto de partida del pensamiento social ruso inspirado en visiones colectivistas, mientras el pensamiento liberal gravitaba hacia el *zemstvo*. Formado entre los siglos XVI y XVIII como reacción frente a la fiscalidad y al poder señorial, el *mir* tenía como caracteres esenciales la responsabilidad fiscal colectiva y el reparto periódico de las tierras. Durante la reforma de 1861 el *mir* adquirió también un carácter judicial. La comuna campesina (*mir*) pasó a incluir entonces, a principios del siglo XX, las ocho décimas partes de las tierras de los campesinos, pero la reforma de Stolipin (decreto del 22 de noviembre de 1907 y ley del 27 de junio de 1910), y las condiciones de desarrollo capitalista de Rusia iniciaron su disolución. En 1881, Marx se ocupó, a petición de Vera Zassulich, del problema de la posibilidad de un paso directo del *mir* a una «forma comunista superior de propiedad de la tierra», y llegó a la conclusión de que «la comunidad campesina es el punto de apoyo de la regeneración social en Rusia, pero para que pueda funcionar como tal antes sería necesario eliminar las influencias dañinas que la asaltan por todos lados y luego poder garantizar las condiciones normales de su desarrollo espontáneo».

Especialmente los años pasados en Inglaterra, país en el que la autarquía de los ciudadanos y el enorme desarrollo de la libre iniciativa no podían dejar de impresionar profundamente al extranjero llegado de los países eslavos y latinos, empujaron a Kropotkin a valorar, en algunos casos excesivamente, las asociaciones.

Al conocimiento directo del mundo occidental, Kropotkin añadió una nueva dirección a sus estudios. Geógrafo en Rusia, en Inglaterra se convierte en un historiador apasionado. Quiere comprender el Estado y sabe que para comprenderlo «sólo hay un medio: estudiarlo en su desarrollo histórico». Constata con entusiasmo que la tendencia general de las ciencias es la de «estudiar la naturaleza no a través de grandes resultados, las grandes sumas, sino a través de los fenómenos particulares, los elementos singulares». También la historia ha dejado de ser historia de dinastías y se ha convertido en historia de pueblos. Una ganancia para el método histórico, pero

también una ganancia para la concepción federalista, porque parecerá evidente que las grandes renovaciones no se han desarrollado en los reinados ni en los parlamentos, sino en las ciudades y en los campos. Entregado a los estudios históricos, Kropotkin ve en la excesiva centralización del imperio romano la causa de su caída y en la época de las ciudades el renacimiento del mundo occidental. «Es en la liberación de las Ciudades y en la sublevación de los pueblos y de las ciudades contra los Estados donde encontramos la página más bella de la historia. Ciertamente, trasladándonos al pasado no será hacia un Luis XI o hacia un Luis XV o hacia Catalina II a quienes dirigiremos nuestra mirada, sino más bien a las ciudades y las repúblicas de Amalfi y de Florencia, de Toulouse y de Laon, Lieja y Coutray, Hamburgo y Nüremberg, Pskov y Vovgorod.»

Kropotkin, al extraer ejemplos de las sociedades medievales, incurrió en varios errores de interpretación, especialmente en la conferencia sobre *El Estado,* debido sobre todo a que las fuentes que utilizó (como las obras de Sismondi) no habían llegado todavía a donde ha llegado la investigación histórica actual. Por ejemplo: en gran medida es justa la crítica que E. Zoccoli (*L'Anarchia,* Bocca, Turín, 1906, págs. 494-495) le hace a Kropotkin en relación con su interpretación de la ciudad medieval. Sin embargo, no es necesario creer como afirman algunos superficiales, que Kropotkin pensase en la época de las ciudades como en una especie de edad de oro. «Tal vez se dirá que olvido los conflictos, las luchas intestinas, de las que está llena la historia de estas ciudades, los tumultos en las calles, las batallas encarnizadas contra los señores, las insurrecciones de las "artes nuevas" contra las "artes antiguas", la sangre derramada y las represalias efectuadas en el transcurso de estas luchas [...] Pues bien, no, no olvido nada. Pero, como Leo y Botta —los dos historiadores de la Italia meridional—, como Sismondi, Ferrari, Gino Capponi y tantos otros, estimo que estas luchas fueron la garantía misma de la vida libre en las "ciudades libres"» (*La conquista del pan*). Y fueron estas luchas intestinas las que han permitido, según Kropotkin, la intervención del rey y la tendencia de la ciudad medieval a encerrarse entre sus murallas (*El Estado*).

Otro campo histórico excavado por Kropotkin es el de la revolución francesa. Está en contra de la burguesía de 1789 que soñaba «la abolición de todos los poderes locales y parciales que constituían otras tantas unidades autónomas del Estado, la centralización de todo el poder gubernamental en las manos de un poder ejecutivo central, estrechamente vigilado por el Parlamento, sometido estrechamente al Estado, que lo engloba todo: impuestos, tribunales, policía, fuerzas militares, escuelas, vigilancia policíaca, dirección general del comercio y de la industria, todo». A los girondinos les reprocha haber intentado disolver las municipalidades, y se detiene para demostrar que su federalismo era una fórmula de oposición y que en todo lo que hicieron se mostraron tan centralizadores como los montañeses.

Para Kropotkin, las ciudades fueron el alma de la revolución francesa e ilustra ampliamente el movimiento comunalista, tendiendo a demostrar que una de las causas principales de la decadencia de las ciudades fue la abolición de la asamblea plenaria de los ciudadanos, que poseía el control de la justicia y de la administración (*La Gran Revolución*, vol. I, caps. XV-XXI, y volumen II, caps. XXIV-XXV).

La época de las ciudades y la Revolución francesa fueron, al igual que para Salvemini, los dos campos históricos en los que Kropotkin encontró la confirmación de sus propias ideas federalistas y elementos de desarrollo de su concepción libertaria de la vida y de la política. Pero permanecía vivo en él el recuerdo de las observaciones sobre el *mir* ruso y sobre el libre acuerdo de las poblaciones primitivas, y fue precisamente este recuerdo el que le llevó a un federalismo integral, que peca algunas veces de esa simplicidad populista que predomina en *La conquista del pan*.

3. EL COMUNALISMO

Al exponer las teorías socialistas, Kropotkin asume una actitud negativa ante los sansimonianos y los denominados utópicos, en particular ante Cabet, porque fundaban sus sistemas en una jerarquía de administradores, y se mostró, por el contrario,

entusiasmado por la teoría comunalista de Fourier (*La ciencia moderna y la anarquía*). Rechaza el colectivismo de Estado porque aunque modifique notablemente el régimen capitalista «no destruye por ello el salariado», porque «el Estado, es decir, el Gobierno representativo nacional y municipal, ocupa el puesto del patrón», y sus representantes y sus funcionarios absorben, volviéndolo necesaria, la plusvalía de la producción. Esta consideración vale también para el Estado socialista: «¿Qué cantidad de trabajo da cada uno de nosotros al Estado? Ningún economista ha intentado nunca calcular el número de jornadas de trabajo que el trabajador de los campos y de las fábricas da cada año a este ídolo babilonio. Se deshojarían en vano los tratados de economía política para llegar a una valoración aproximativa de lo que el hombre, productor de la riqueza, da de su trabajo al Estado. Una simple valoración basada en el balance del Estado, de la nación, de las provincias y de los municipios (que contribuyen a los gastos del Estado) no diría nada, porque se debería estimar no lo que entra en la caja del Tesoro, sino lo que cada peseta entregada al Tesoro representa de gasto real hecho por el contribuyente. Todo lo que podemos decir es que la cantidad de trabajo que cada año el productor da al Estado es enorme. Debe alcanzar, y en ciertas clases superar, los tres días de trabajo a la semana, que el siervo daba otrora a su señor» (*La conquista del pan, La ciencia moderna y la anarquía*). También el Estado socialista intentaría extender sus atribuciones porque «todo partido en el poder tiene la obligación de crear nuevos empleos para sus clientes», y esto, además de grabar los gastos de administración sobre la vida económica de la nación, constituiría una oligarquía de incompetentes. «Lo que hace falta, por el contrario, es *el espíritu colectivo de las multitudes ejercido sobre las cosas concretas.*»

El *espíritu colectivo*, término genérico que en *La conquista del pan* se convierte en «el pueblo», «el municipio», la «sociedad», etcétera, que hace justicia, organiza todo, resuelve los problemas más complejos. Es una especie de divinidad, acerca de la cual Saverio Merlino escribió, con justa ironía, que forma parte del coro de las tragedias griegas y que los más

agudos representantes del anarquismo están muy lejos de adorar. Si el federalismo kropotkiniano peca de indeterminación y de excesiva confianza en la capacidad política del pueblo, se vuelve notable por su amplitud de miras. No puede haber un federalismo consecuente que no sea integral. Y éste sólo puede ser socialista y revolucionario.

Del integralismo del pensamiento federalista de Kropotkin dan fe muchos pasos de sus escritos. He aquí algunas de las afirmaciones más explícitas: «*Federalismo y autonomía* no bastan. No son más que palabras para cubrir la autoridad del Estado centralizado»; «Hoy en día, el Estado ha logrado inmiscuirse en todas las manifestaciones de nuestra vida. De la cuna a la tumba, nos estrecha con sus brazos. Bien como Estado central, bien como Estado-provincia o cantón, bien como Estado-municipio, sigue todos nuestros pasos, aparece en cada esquina, se impone, nos coge, nos atribula». La *ciudad libre* es «la forma política que deberá adoptar una revolución social». Exalta la Comuna de París precisamente porque en ella la independencia municipal era un medio, y la revolución social el objetivo. *La Comuna* del siglo XIX «no será únicamente *comunalista*, sino *comunista*, revolucionaria en política, lo será también en las cuestiones de producción e intercambio». O la Comuna será absolutamente «libre de darse todas las instituciones que quiera y de hacer todas las reformas y revoluciones que considere necesarias», o será «una simple sucursal del Estado, trabada en todos sus movimientos, siempre a punto de entrar en conflicto con el Estado y convencida de ser derrotada en la lucha que se produciría». Para Kropotkin, pues, las ciudades libres son el ambiente necesario para que la revolución alcance su máximo desarrollo.

Su federalismo aspira a esto: «la independencia completa de las ciudades, la federación de ciudades libres y la revolución social en la ciudad, o sea, que los grupos corporativos para la producción sustituyan a la organización estatal».

Kropotkin dice a los campesinos: «En otros tiempos, el suelo pertenecía al común, compuesto por aquellos que cultivaban la tierra ellos mismos, con sus brazos», pero a fuerza de fraudes, de

abusos y de violencias las tierras comunales se convirtieron en propiedad privada. «Es necesario, pues, que los campesinos, organizados en comunas, recuperen estas tierras, para ponerlas a disposición de aquellos que quieran cultivarlas.» Y también: «¿Hace falta una calle?; pues bien, los habitantes de las ciudades vecinas se ponen de acuerdo entre ellos y la harán mejor que el Ministerio de Obras Públicas. ¿Un tendido ferroviario? Las ciudades interesadas de una entera región lo harán mejor que los contratistas, que acumulan millones haciendo malas vías. ¿Se necesitan escuelas? Las haréis igual de bien vosotros mismos que los señores de París e incluso mejor que ellos. El Estado no tiene nada que ver con todo esto; escuelas, calles, canales los haréis mejor vosotros mismos, y con menos gastos». Estos pasos de las *Palabras de un rebelde* ponen de manifiesto que en *La conquista del pan*, donde dice que la ciudad distribuirá los géneros, racionará la leña, regulará los pastos, dividirá las tierras, etcétera, no se refiere a la ciudad «sucursal del Estado», sino a la asociación libre de los interesados, que puede ser la cooperativa, la corporación o la simple unión provisional de más personas unidas por una necesidad común.

Kropotkin no se preocupa demasiado, aunque reconozca su gravedad, de los peligros inherentes al particularismo. He aquí un paso característico en este sentido: «Aún en nuestros días, el espíritu de campanario podría excitar numerosos celos entre dos ciudades vecinas, impedir su alianza directa y encender incluso luchas fratricidas. Pero si estos celos pueden efectivamente impedir la federación directa de estas dos ciudades, es por medio de los grandes centros que esta federación se estableció. Hoy dos pequeñísimos municipios vecinos a menudo no tienen nada que les una directamente: las pocas relaciones que mantienen servirían más bien para crear conflictos que para estrechar los vínculos de solidaridad. Pero ambos tienen ya un centro común con el que mantienen frecuentes relaciones, sin el cual no podrían existir; y a pesar de todos los celos de campanario, estarán obligados a la unión por medio de la gran ciudad, en la que se aprovisionan y a la que llevan sus productos; todos ellos deberán formar parte de

la misma federación para mantener las propias relaciones con este centro de atracción y unirse en torno a él».

Aquí tenemos otra simplificación del problema federalista. Para poder juzgar a Kropotkin es necesario tener en cuenta no sólo lo que ha escrito, sino también lo que no ha podido escribir. Cierto apresuramiento, ciertas lagunas, ciertas simplificaciones excesivas de problemas complejos no se deben sólo a su *forma mentis*, sino también a la imposibilidad material de desarrollar los propios puntos de vista. Kropotkin escribió casi siempre para periódicos destinados a ser leídos por gente del pueblo.

Profundamente democrático, siempre renunció voluntariamente al manto púrpura del doctrinario, para ponerse en mangas de camisa, como Malatesta, que es también un teórico original y un hombre culto. Tampoco sus opúsculos representan la entera manifestación de sus ideas, la exposición completa de sus investigaciones; el porqué lo cuenta él mismo en las *Memorias*: «Era necesario elaborar un estilo completamente nuevo para estos opúsculos. Confieso que a menudo envidiaba a esos escritores que disponen de todas la páginas que quieren para desarrollar sus propias ideas y a los que les está permitida la excusa de Talleyrand: "No tuve tiempo para ser breve". Cuando me tocaba condensar los resultados del trabajo de varios meses —sobre, por ejemplo, los orígenes de la ley—, en un opúsculo de dos centavos, necesitaba bastante tiempo para abreviar».

Estas dificultades materiales el autor sólo las tuvo hasta alrededor de 1884. Luego, durante casi treinta años, encontró el modo de escribir libros poderosos. Pero en este segundo período fue más un doctrinario que un agitador, y su pensamiento estuvo ocupado en investigaciones históricas y estudios científicos, por lo que *Las palabras de un rebelde* siguen siendo su mejor obra anarquista, por frescura de expresión y coherencia ideológica.

Kropotkin vio que el problema federalista es un problema técnico, y en realidad afirma en su libro *La ciencia moderna y la anarquía* que el hombre se verá obligado a buscar nuevas formas de organización para las funciones sociales que el Estado desarrolla a través de la burocracia y que «hasta que no se haga, no se habrá hecho nada», pero no pudo, por su vida en

ocasiones aventurera, en ocasiones estrictamente científica, desarrollar sistemáticamente su concepción federalista. A ese desarrollo se oponía, por la parte proyectiva, su misma concepción anarquista en la que el *élan vital* popular constituye el alma de la evolución en sus parciales realizaciones, variantes hasta el infinito en el tiempo y en el espacio de la historia.

4. LA COHERENCIA EN LA INCOHERENCIA

También en la actitud adoptada ante el problema de la acción anarquista en el transcurso del conflicto europeo, se inspiró Kropotkin en el pensamiento federalista.

En sus *Memorias*, Kropotkin escribe: «El conflicto entre los marxistas y los bakuninistas no fue una cuestión personal. Fue el conflicto necesario entre los principios del federalismo y los principios del centralismo, entre la comuna libre y el gobierno del Estado, entre la acción libre de las masas populares que avanzan hacia su emancipación y el perfeccionamiento legal del capitalismo en vigor: un conflicto entre el espíritu latino y el espíritu alemán». Al estallar la guerra europea, Kropotkin vio en Francia la conservadora del espíritu latino, es decir, de la Revolución, y en Alemania el triunfo de la estatolatría, es decir, de la reacción. Su opción fue el intervencionismo democrático. En un primer momento, hizo causa común con los nacionalistas de la Entente y cayó —como cayó Guillaume, autor del desafortunado opúsculo *Karl Marx, pangermaniste*— en la exageración.

Alguien ha querido ver en la actitud asumida por Kropotkin en 1914 analogías con la de Bakunin en 1871. Bakunin estaba por la defensa revolucionaria de Francia después que en París la revolución hubiera barrido a la monarquía; y era contrario incluso al gobierno republicano de París, contra el que predicó la insurrección para oponer al ejército alemán tan sólo la revolución popular.

Con su intervencionismo, Kropotkin se apartó del anarquismo, y llegó a firmar el llamado «Manifiesto de los dieciseis» de 1916, que supuso la culminación de la incoherencia de los anarquistas intervencionistas.

Pero en la unilateralidad de su posición se observa la confirmación de su fe federalista. Estaba contra Alemania porque veía en ella un peligro para la autonomía de los pueblos y para la descentralización. En su carta al profesor sueco G. Steffen (en *Freedom*, Londres, octubre de 1914), planteaba: «Para los Estados orientales de Europa y especialmente para Rusia, Alemania era el punto de apoyo principal para toda la reacción. El militarismo prusiano, el desprecio hacia las instituciones populares representativas manifestado por el Reichstag alemán y la servidumbre de las nacionalidades sometidas de Alsacia y especialmente de la Prusia polaca donde se trata a los ciudadanos peor que en Rusia, sin la protesta de los partidos políticos progresistas; estos frutos del imperio alemán son las lecciones que la moderna Alemania, la Alemania de Bismarck, impartía a todos sus vecinos, y especialmente al absolutismo ruso. ¿Se habría mantenido tanto tiempo en Rusia el absolutismo y se habría consentido el aplastamiento de los polacos y los finlandeses de no haber tenido como maestra la "cultura alemana", y si las autoridades no hubiesen estado seguras de la protección de Alemania?».

Y, preveyendo la crítica (¿Olvida la autocracia rusa?), escribió:

> Nadie piensa que después de la presente guerra en la que todos los partidos rusos se han levantado unánimemente contra el enemigo común pueda haber la posibilidad de un regreso a la vieja autocracia; esto es materialmente imposible. Quienes siguieron seriamente el movimiento revolucionario ruso de 1905 saben cuáles fueron las ideas dominantes durante el período de la primera y segunda Dumas elegidas de modo relativamente libre. Saben seguramente que el *home-rule* de todas las partes que componen el imperio fue la base fundamental de todos los partidos liberales y radicales. No tenían nada más. Finlandia realizaba su revolución en forma de una autonomía democrática y la Duma lo aprobaba.
>
> Finalmente, quienes conocen Rusia y su último movimiento comprenden ciertamente que la *vieja autocracia no se restablecerá nunca más de la forma que era antes de 1905, y que una constitución rusa nunca podrá tomar las formas imperialistas y el espíritu que el parlamentarismo ha adoptado en Alemania.* Nosotros, que conocemos bien cómo es Rusia por dentro, estamos seguros de que los

> rusos ya nunca serán capaces de convertirse en una nación agresiva y belicosa, como Alemania. No sólo lo demuestra toda la historia de Rusia, sino que el modo en que está constituida la Federación Rusa impide en un futuro inmediato el desarrollo militarista.

Para Kropotkin, Rusia era el país del *mir*, el país que le había ofrecido largos meses de observación sobre los frutos y las posibilidades de la iniciativa popular.

La guerra europea le alejó de su familia política: el movimiento anarquista. La revolución rusa de octubre le hizo volver a ella.

5. BOLCHEVISMO Y SOVIETISMO

Kropotkin escribía, hace ya muchos años, para combatir la ilusión que las sociedades secretas revolucionarias tenían de poder sustituir, una vez abatida la tiranía zarista, el mecanismo burocrático derrocado con una nueva administración constituida por revolucionarios honrados e intransigentes: «Serán otros, los prudentes que trabajan para hacerse un nombre mientras los revolucionarios perforan sus túneles o perecen en Siberia; otros, los intrigantes, los habladores, los abogados, los literatos que a intervalos vierten una lágrima muy pronto enjuagada en la tumba de los héroes y se presentan como amigos del pueblo, los que ocuparán el puesto vacante en el gobierno y gritarán *¡Atrás!* a los "desconocidos" que habrán preparado la revolución». La profecía de Kropotkin se ha confirmado con creces, y Kropotkin ha estado en la oposición, oposición que hubiera tenido mucha repercusión si su intervencionismo a ultranza no le hubiese privado de todo prestigio político.

En una entrevista con Augusto Souchy, publicada en el *Er Keuntis Befreiung* de Viena, Kropotkin dice: «Deberíamos tener Consejos del Común. Los consejos comunales deberían trabajar por propia iniciativa. Proveer, por ejemplo, que en caso de mala cosecha a la población no le falten los géneros de primera necesidad. El gobierno centralizado es, en este caso, un aparato

excesivamente pesado. Mientras que al federar los consejos se crearía un centro vital». Kropotkin expresa la propia hostilidad por la economía coercitiva del gobierno bolchevique en una entrevista con W. Meakin, corresponsal del *Daily News*. Véase también la interesante entrevista con A. Nerkmann en el *Libertaire* del 24 de febrero de 1922. En su encuentro con Armando Borghi, Kropotkin insistió mucho en el papel de los sindicatos como células de la revolución social autonomista y antiautoritaria. En una de sus últimas cartas (23 de diciembre de 1920) al anarquista holandés De Reyger, publicada en el *Vrije Socialist*, Kropotkin escribía: «En Rusia, la revolución social ha adoptado desgraciadamente un carácter centralizador y autoritario».

El 7 de enero de 1918 Kropotkin había dado en Moscú —en la sede de la Liga de los federalistas, grupo surgido por iniciativa suya con el objetivo de estudiar una posible organización federal de Rusia—, una conferencia en la que, después de haber trazado una historia de las corrientes autonomistas y centralizadoras del pensamiento ruso y de la progresiva y desastrosa centralización estatal de la autocracia zarista, reafirmaba sus principios federalistas.

> Nos damos cuenta cada vez más claramente de la imposibilidad de gobernar desde un centro único a ciento ochenta millones de hombres, que pueblan territorios extremadamente diferentes y con una extensión que sobrepasa con mucho la de toda Europa. Se adquiere conciencia cada vez más claramente de esta verdad: que la fuerza creativa de tantos millones de hombres sólo podrá manifestarse plenamente cuando se sientan completamente libres de desarrollar lo que sus costumbres tienen de particular, y de organizar su propia existencia según sus aspiraciones, las características físicas de su territorio y su pasado histórico (en *Plus loin*, París, 15 de mayo de 1925, y en *Pensiero e volontà*, 1 de febrero de 1926).

El pensamiento de Kropotkin sobre la revolución rusa está expuesto en un mensaje a los trabajadores occidentales, remitido el 10 de junio de 1920 a miss Blonfield, que con otros delegados del Partido Laborista se acercó a saludarle en su

eremitorio de Dimitrov. Este mensaje es un documento notable para la historia de la revolución rusa.

Kropotkin —que da por sentado que el intento de establecer una sociedad nueva mediante la dictadura de un partido está destinado a fracasar, aunque no puede dejar de reconocer que la revolución ha introducido en la vida rusa nuevas concepciones acerca de la función social y acerca de los derechos del trabajo y los deberes de los ciudadanos individuales— expone sus ideas, y critica serena pero intransigentemente al bolchevismo como dictadura de partido y como gobierno centralizado.

El primer problema, general, es el de las nacionalidades que forman Rusia. Sobre esta cuestión, Kropotkin escribe:

> Una reanudación de las relaciones entre las naciones americanas, europeas y Rusia no debe significar ciertamente la aceptación de la supremacía de la nación rusa sobre las nacionalidades que formaban el imperio de los zares rusos.
>
> La Rusia imperial ha muerto y no resucitará nunca más. El porvenir de las varias provincias que componían el imperio está en una gran federación. Los territorios naturales de las diferentes partes de esta federación son en realidad diferentes de los que nos resultan familiares en la historia de Rusia, por su etnografía y por su vida económica. Todos los intentos para reconducir las partes constituyentes del imperio ruso, Finlandia, provincias bálticas, Lituania, Ucrania, Georgia, Armenia, Siberia y otras, bajo una autoridad central están seguramente condenadas al fracaso. El porvenir de lo que fue el imperio ruso está en una federación de unidades independientes.
>
> Por ello sería de interés para todas las naciones occidentales que éstas declarasen ante todo su reconocimiento del derecho de cada una de las fracciones del antiguo imperio ruso a gobernarse por sí misma.

Pero el federalismo de Kropotkin va más allá de este programa de autonomía etnográfica. Dice entrever, en el futuro inmediato, «un tiempo en el que cada una de las partes de la federación será ella misma una libre federación de comunidades rurales y de ciudades libres, y creo también que Europa occidental emprenderá esta dirección».

He aquí delineada la táctica revolucionaria de los autonomistas federalistas y expuesta la crítica a la centralización estatólatra de los bolcheviques:

> La revolución rusa —continuadora de las dos grandes revoluciones inglesa y francesa— se esfuerza por progresar desde el punto en el que se detuvo Francia cuando alcanzó la noción de *igualdad de hecho*, es decir la igualdad económica.
>
> Desgraciadamente este intento se ha realizado en Rusia bajo la dictadura fuertemente centralizada de un partido, el de los bolcheviques. Ese mismo intento fue hecho por Babeuf y sus secuaces, un intento centralista y jacobino. He de confesar abiertamente que, a mi modo de ver, este intento de edificar una república comunista sobre bases estatales fuertemente centralizadas, bajo la ley de hierro de la dictadura de un partido, se está convirtiendo en un fiasco formidable. Rusia enseña *cómo no se debe imponer el comunismo*, aunque sea a una población cansada del antiguo régimen e incapaz de oponer una resistencia activa al experimento de los nuevos gobernantes.
>
> La idea de los Soviets, de los consejos de obreros y campesinos, ya preconizada durante el intento revolucionario de 1905 y realizada sin duda en febrero de 1917, fue una idea maravillosa. Que estos consejos deban controlar la vida política y económica del país supone que deben estar compuestos por todos aquellos que participan personalmente en la producción de la riqueza nacional.
>
> Pero cuando un país está sometido a la dictadura de un partido, los consejos de obreros y campesinos pierden evidentemente todo significado. Su función se reduce a la parte pasiva representada en el pasado por los Estados generales o por los parlamentos, convocados por el monarca y obligados a tener al frente un omnipotente consejo real.
>
> Un consejo del trabajo no puede ser un cuerpo consultivo libre y eficaz cuando falta la libertad de prensa, situación en la que nos encontramos en Rusia desde hace casi dos años con el pretexto del estado de guerra. Cuando se hacen las elecciones bajo la presión dictatorial de un partido, los consejos de obreros y campesinos pierden su fuerza representativa. Se quiere justificar todo esto diciendo que para combatir al antiguo régimen es necesaria una ley dictatorial. Pero esto constituye un retroceso cuando se trata de proceder a la construcción de una nueva sociedad sobre bases económicas nuevas. Equivale a la condena a muerte de la reconstrucción.
>
> Los medios empleados para derribar a un gobierno débil y tomar su puesto son conocidos por la historia antigua y moderna. Pero

cuando hay que construir nuevas formas de vida, especialmente en relación con la producción y el intercambio, sin tener ningún ejemplo para imitar, cuando cada problema se debe resolver con prontitud, entonces un gobierno omnipotente fuertemente centralizado, que se ocupe de todas las pequeñas cosas, resulta absolutamente incapaz de hacer eso por medio de sus funcionarios. Por innumerables que éstos sean, se convierten en un obstáculo. Se desarrolla así una formidable burocracia ante la cual la del sistema francés —que requiere la intervención de cuarenta funcionarios para vender un árbol caído sobre el camino a causa de la tormenta— parece una bagatela.

Vosotros, trabajadores de Occidente, debéis y podéis evitar esto con todos los medios, porque todos deberíais preocuparos del éxito de una reconstrucción social.

El inmenso trabajo reconstructivo requerido por una revolución social no se puede realizar por un gobierno central, incluso si tuviese como guía en este trabajo algo más sustancial que algún opúsculo socialista o anarquista.

Hacen falta el conocimiento, el intelecto y la colaboración voluntaria de una masa de fuerzas locales y especializadas que puedan vencer las dificultades que plantean los varios problemas económicos en sus aspectos locales.

Rechazar esta colaboración y confiar en el genio de los dictadores de partido es como destruir todos los núcleos independientes, como los sindicatos, llamados en Rusia uniones profesionales, y las cooperativas de consumo locales, transformándolas en órganos burocráticos del partido como se hace actualmente. Éste no es el medio de realizar la revolución sino de hacer imposible su realización. Por ello yo considero mi deber aconsejaros no adoptar nunca esa línea de acción.

Éste es el pensamiento de Kropotkin sobre la revolución rusa, que confirma toda su propaganda. Y éste es el pensamiento que ha animado y anima la oposición de los anarquistas rusos.

6. EL ANARCOSINDICALISMO SOVIETISTA

En vísperas de partir para Rusia, Kropotkin escribía desde Brighton con fecha del 21 de mayo de 1917 una carta encendida de entusiasmo revolucionario y luminosa de esperanza anarquista.

Algo grande ha ocurrido en Rusia, algo que será el principio de cosas aún más grandes un poco en todas partes, [...] lo que me ha impresionado inmensamente es la profunda sensatez de las masas obreras y campesinas al comprender la importancia del movimiento y las premisas que contenía. Veo aquí, en Francia, en Rusia, abrirse inmensas posibilidades para un trabajo constructivo en la dirección del comunismo comunalista. Lo que se nos había reprochado como una utopía fantasiosa se realiza a lo grande en Rusia, al menos en lo que concierne al espíritu de libre organización, fuera del Estado y de la municipalidad.

En esta carta, Kropotkin contaba la razón de su regreso a Rusia: la de participar en el desarrollo de la revolución.

En Moscú, en el invierno de 1917-1918, intentó elaborar los elementos de una república federalista-sovietista.

Requisado su pequeño apartamento, tuvo que retirarse a la pequeña aldea de Dimitrov, donde en el aislamiento reemprendió con ardor la obra *La ética*, empezada en Londres. Acerca de aquel período escribió A. Schapiro:

Se abstenía de criticar y de atacar abiertamente a los comunistas de Estado convertidos en patronos de Rusia. Era el período militar de la Revolución, cuando sus más encarnizados enemigos la atacaban por todas partes. Kropotkin, que estaba en contra de toda intervención extranjera, temía que una crítica intempestiva, que una oposición mal interpretada favoreciera en ese momento al enemigo común.

Era un gran reconstructor y se tratara de cuestiones de fábrica o de agricultura, de sindicatos o de escuelas, tenía siempre su propuesta práctica, su plan de reconstrucción. Yo hubiera querido atesorar de inmediato aquellas sugerencias suyas, tan útiles eran en aquel momento de revolución creativa. Él sufría al ver que a los anarquistas rusos les faltaba el espíritu reconstructor, y un día que se hablaba de este tema y de las divisiones entre nosotros (tema éste que aparecía a menudo en nuestras conversaciones), exclamó: «Veamos un poco, querido amigo, ¿no podríamos ponernos nosotros a elaborar un plan de organización de un partido anarquista? Ciertamente no podemos seguir cruzados de manos». Era tan bueno ver a este viejo siempre joven, que habría podido ser el abuelo del interlocutor, incapaz de permanecer inerte y llamar a los jóvenes para que se unieran y se organizaran.

Decidimos que para nuestro próximo encuentro Kropotkin prepararía un proyecto de organización del partido anarquista. Hablaba de partido no para imitar a los politicastros sino porque la palabra grupo se volvía demasiado pequeña y restringida delante de la revolución, magnífica pero obstaculizada por los politicastros y los partidos de los politicastros. En nuestro siguiente encuentro discutimos extensamente sobre el proyecto que por supuesto no había olvidado preparar. La organización era la base de su proyecto.

El partido anarquista soñado por Kropotkin habría sido también, aunque no hubiese llevado ese nombre, un partido anarcosindicalista. Relata Schapiro:

Cuando la discusión era sobre la cuestión sindical, repetía siempre que, en realidad, el sindicalismo revolucionario tal como se desarrollaba en Europa se encontraba ya enteramente en las ideas propagadas por Bakunin en la Primera Internacional, en esa Asociación Internacional de Trabajadores que le gustaba dar como ejemplo de organización obrera. Él se interesaba cada vez más por el desarrollo del sindicalismo revolucionario y por los intentos de los anarcosindicalistas rusos de participar en el movimiento sindical y en la reconstrucción industrial del país.

Cuando, hacia finales de 1920, casi la víspera de la enfermedad que le mató, unos jóvenes se dirigieron a él para pedirle que les guiara en el movimiento anarquista, Kropotkin me envió la petición de estos compañeros con una pequeña nota que terminaba con estas palabras: si son jóvenes serios, la mejor vía por la que guiarles es la del anarcosindicalismo.

Estábamos contentos de tener a Kropotkin con nosotros. Cuando fui a verlo algunos días antes de su muerte, fue la última conversación que tuve con él, quiso saber ante todo cómo iban los trabajos de la Conferencia de los anarcosindicalistas (que se realizó en aquellos días desde la Navidad de 1920 hasta el 7 de febrero de 1921, es decir, en vísperas de su muerte), y me expresó su esperanza de un buen trabajo para el porvenir.

También en su encuentro con Armando Borghi, Kropotkin insistió mucho en el papel de los sindicatos como células de la revolución autonomista y «antiautoritaria». Al igual que al

encontrarse con Augusto Souchy y con otros exponentes del anarcosindicalismo.

Pero, para evitar sospechas de interpretación tendenciosa de sus palabras, creo oportuno citar un fragmento de una carta suya del 2 de mayo de 1920: «Creo profundamente en el porvenir. Creo también que el movimiento sindicalista, es decir, de las uniones profesionales, que ha reunido recientemente en su congreso a los representantes de veinte millones de obreros, se convertirá en una gran potencia en el curso de los próximos cincuenta años, preparada para iniciar la creación de una sociedad comunista antiestatal. Y si estuviera en Francia, donde se encuentra actualmente el centro del movimiento profesional, y me sintiese físicamente con fuerzas, me habría lanzado en cuerpo y alma a este movimiento de la Primera Internacional (no de la segunda, ni de la tercera, que representan la usurpación de la idea de la Internacional obrera en provecho sólo del partido socialdemócrata que no reúne ni siquiera a la mitad de los trabajadores)».

DESPEDIDA

Kropotkin, viejo, enfermo, en la miseria, murió en la inacción después de haber intentado promover un movimiento federalista pero sin poder realizar nada por la falta de libertad y porque su intervencionismo a ultranza había menguado mucho su prestigio político. Kropotkin se había ilusionado incluso con el sovietismo bolchevique, hasta el punto de repetir que sentía su propio parentesco con el bolchevismo; pero por encima de las reservas, de las incertidumbres contingentes, su sovietismo sindicalista-comunalista brillaba de coherencia lógica y de audacia constructiva, por lo que es de lamentar que no hubiera podido seguir las posteriores fases degenerativas de la revolución de octubre.

El problema federalista, tanto en el campo de las nacionalidades como en el de la organización política y económica, es el problema vital de Rusia. Cuando la experiencia y la

oposición hayan conducido definitivamente a los comunistas rusos fuera de sus esquemas doctrinales y la unión de los partidos de izquierda dé los primeros pasos por la vía de la nueva revolución, la figura de Piotr Kropotkin aparecerá con toda su estatura y su pensamiento será el alimento de los nuevos reconstructores. En el federalismo kropotkiniano hay un excesivo optimismo, hay simplificaciones y contradicciones, pero hay una gran y fecunda verdad: que la libertad es condición de vida y de desarrollo para los pueblos, y que sólo cuando un pueblo se gobierna por sí y para sí puede estar seguro frente a la tiranía y convencido de su progreso.

POR UN PROGRAMA DE ACCIÓN COMUNALISTA*

El Sindicato, la Corporación, el Municipio, el Estado son *sociedad*. Y *sociedad* son los compañeros de trabajo que sólo ven en el sindicato un organismo para arrancar alguna lira al patrón y en la corporación un organismo que mantiene alejados a los competidores; son los ciudadanos de mi ciudad que votan y votarán por los socialistas porque bajan los impuestos; y son mis compatriotas que piensan en el Estado como en una especie de enorme vaca a la que hay que ordeñar al máximo a través de los diputados. Sociedad es el tendero de enfrente que está en contra de la revolución porque tiene miedo de que se le lleven los jamones y las botellas de aceite, como en tiempos del motín por la carestía; es mi vecino de casa, más pobre que yo, pero que dice que «los ricos nos dan trabajo»; es mi

---

* Publicado por primera vez en italiano en la selección de Pier Carlo Masini y Alberto Sorti, *Scritti scelti di Camillo Berneri. Pietrogrado 1917 - Barcellona 1937*, Sugar, Milán, 1964. Giovanna Berneri fechó este manuscrito «París, 1926». Traducción de Josep Torrell.

vecino de taller, que sueña con el día en el que el partido comunista será dueño del gobierno y mandará sobre todos; es mi amigo socialista que dará su voto al diputado porque ha hecho conceder un subsidio gubernamental a las cooperativas.

Frente a mí está la sociedad, con sus ideas fijas, con sus prejuicios, con sus mezquindades, con su brutalidad. Obrero, reconozco que el sindicato es un arma de lucha y de formación, y me organizo. Lucho por algún céntimo más de salario, por una hora menos de trabajo, para contribuir a movilizar la masa obrera. Sé que muy pocos obreros tienen una clara conciencia de clase. Si hablase de expropiación y de socialización, la mayoría se asustarían y, vacilantes, se retirarían de la lucha. Por lo tanto, hablo de mejoras salariales, de horarios, de disciplina. Veo que el voto por secciones sindicales asegura la mayoría a los socialistas, a los funcionarios apegados a la propia poltrona como el tendero al propio banco, pero si critico el sistema antidemocrático, contemporizo, porque la mayoría no se plantea la cuestión. Minero en una mina de carbón, sé que la minería constituye una pérdida para la economía nacional y que un alto porcentaje de mineros podría volver a los campos de los que proceden y donde poseen algo, pero no puedo ponerme a pedir despidos, porque me enemistaría con casi todos los mineros, con el diputado socialista que, de acuerdo con los patronos, arranca subsidios al Estado, y con sus satélites. Y sin embargo el problema se volverá a plantear mañana, al no estar necesariamente ligado al capitalismo. Mañana será el sindicato de los mineros del carbón el parásito de un nuevo orden económico.

En el terreno económico, los anarquistas son posibilistas. Son *proletarios* evolucionados y conscientes, pero *proletarios* al fin y al cabo. En el terreno político y social en general son intransigentes al cien por cien.

La enorme mayoría de la población de una ciudad dejaría a los socialistas o a los comunistas o a los republicanos formar la propia guardia municipal por medio de la idea «harán falta guardias». ¿Los anarquistas asaltan el municipio? ¿Matan a todos los guardias? ¿Matan a los consejeros comunales? No,

porque esta exuberante combatividad, cuando el pueblo no les sigue o no les arrastra, no la han mostrado cuando era necesario mostrarla. Los anarquistas refunfuñarían contra la guardia cívica y la municipalidad autoritaria. Digo yo: los anarquistas deben sostener la formación electiva de la guardia cívica y proponer otros sistemas de control para impedir que se convierta en un organismo de dominación política y de privilegio social. ¡Y muchos anarquistas me tratan de legalista! Pero no dan soluciones diferentes.

El problema de nuestra táctica revolucionaria y postrevolucionaria está mal planteado y peor desarrollado. Socialmente estamos aprisionados en el dualismo proletariado-burguesía, mientras que el proletariado típico es una minoría, es débil y está desorientado, y hay varios círculos intermedios, mucho más importantes y combativos. Nosotros, los revolucionarios, no los hemos tenido en cuenta, y hemos tenido el fascismo. Si no los tenemos en cuenta, tendremos otros fascismos.

El cálculo de toda estrategia es un cálculo de fuerzas. Es triste que muchos de los nuestros sigan viendo sólo al *pueblo* sublevarse al ataque de la caja fuerte, del taller, del campo; mientras que la expropiación sólo será una parte pequeña de la revolución italiana. A menos que queramos que los revolucionarios y los trabajadores se busquen otras aún más sólidas.

De paraísos comunistas se hablará dentro de algunos siglos. Ahora es algo que da risa y da pena al mismo tiempo. El anarquismo sólo tiene un terreno, además del sindical, en el que batirse ventajosamente en la revolución italiana: el comunalismo. Terreno: político. Función: liberal democrática. Objetivo: la libertad de los individuos y la solidez de los entes administrativos locales. Medio: la agitación sobre bases realistas, con la formulación de programas mínimos.

Nuestro comunalismo es autonomista y federalista. Retomando a Proudhon, a Bakunin, y a Pisacane como fuentes, pero actualizando su pensamiento a la luz de las enormes experiencias de estos años de desilusiones y derrotas, podremos adaptarlo a las situaciones sociales y políticas del mañana que podamos considerar posibles, si sabemos dar a la revolución

italiana una orientación autonomista, en el terreno sindical y en el comunal. También entre nosotros está el vulgo, al que le resulta difícil oír con orejas nuevas una música nueva, que a la formulación de problemas y soluciones opone vagos esbozos utópicos y groseras invectivas demagógicas. Al que aquellas cuatro ideúchas, espigadas en opusculillos didácticos o en gruesos libros mal comprendidos, se han acostado en su cerebrucho inactivo y siguen ahí, al calorcillo de una fácil retórica que pretende ser fuerza solar de una entera fe, cuando no es más que un fueguecillo humeante. No le tememos a la palabra *revisionista*, que arroja contra nosotros la escandalizada ortodoxia, que es el verbo de los maestros que hay que conocer y comprender. Pero respetamos demasiado a nuestros mayores para poner ante sus teorías a unos cancerberos huraños, como si fueran arcas de la alianza, como si fueran dogmas. El autoritarismo ideológico del *ipse dixit* sólo lo reconocemos como cañamazo de motivos ideales comunes, no como un esquema que sólo hay que desarrollar en puras y simples vulgarizaciones.

Rechazado por Bakunin el Rousseau arcádico y contractualista, la ideología kropotkiniana nos ha devuelto al optimismo y al evolucionismo solidario. En el terreno del optimismo antropológico, el individualismo ha perpetuado el proceso negativo de la ideología anarquista, conciliando arbitrariamente la libertad del individuo con las necesidades sociales, confundiendo la asociación con la sociedad, romantizando el dualismo *libertad y autoridad* en un antagonismo estático y absoluto. El solidarismo kropotkiniano, al desarrollarse en el terreno naturalista y etnográfico, confunde la armonía de necesidad biológica de las abejas con aquella *discordia discors* y aquella *concordia concors* propia de las agregaciones sociales, y tuvo demasiado presentes formas primitivas de sociedad-asociaciones para entender el *ubi societas, ubi jus* inscrito en las formas políticas que no sean prehistóricas.

La negación *a priori* de la autoridad se resuelve en una angelización de los hombres y en un desarrollo desbordante de un genio colectivo, casi inmanente a la revolución, que se

llama *iniciativa popular*. El pueblo, en este sistema, es homogéneo, por naturaleza y por impulsos. Tiende a unificar sus propios esfuerzos en una lineal tendencia comunista. El problema de las representaciones, el problema de las relaciones intercomunales, el problema de la subrogación del Estado: todo esto tiene soluciones o estrechamente parciales o completamente insuficientes por optimistas o anacrónicas. Kropotkin no nos basta. Y los mejores de los nuestros, de Malatesta a Fabbri, no logran resolver las cuestiones que les planteamos, y ofrecer soluciones que sean políticas. La política es cálculo y creación de fuerzas que realicen una aproximación de la realidad al sistema ideal, mediante fórmulas de agitación, de polarización y de sistematización, aptas para ser agitadoras, polarizadoras y sistematizadoras en un determinado momento social y político.

Un anarquismo *actualista*, consciente de las propias fuerzas de combatividad y de destrucción y de las fuerzas adversas, con el corazón romántico y con el cerebro realista, lleno de entusiasmo y capaz de contemporizar, generoso y hábil al condicionar el propio apoyo, capaz, en definitiva, de una economía de las propias fuerzas: éste es mi sueño. Y espero no estar solo.

Si el anarquismo no toma este camino, cerrará los ojos para soñar los jardines en flor del porvenir, se retrasará con la repetición de lugares comunes doctrinales que le aíslan de nuestro tiempo, la juventud se apartará de él como de un romántico estéril, como de un doctrinarismo petrificado. La crisis del anarquismo es evidente. O el viejo barril resistirá el vino nuevo, o el vino nuevo buscará un barril nuevo.

LA PLATAFORMA*

«El anarquismo es una ideología de masas.» La «Plataforma» dice: «La lucha de clases creada por la esclavitud de los trabajadores y por sus aspiraciones de libertad hizo nacer en el seno de los oprimidos la idea del anarquismo: la idea de la completa negación del sistema de comunidad basado sobre principios de clase y de Estado, la idea de la sustitución de este sistema por una sociedad libre y no estatista de trabajadores que se autoadministran».

Los pensadores eminentes del anarquismo han encontrado según la «Plataforma» esta idea de la acción popular y no han hecho sino elaborarla y propagarla.

No estoy en absoluto de acuerdo con la «Plataforma». Que el anarquismo esté, en gran parte, representado y realizado en la acción insurreccional de las masas que destruyen el Estado y derrocan el dominio burgués; que la acción popular sea para nosotros la, por ser susceptible de más amplios desarrollos y más

---

* Publicado en *Lotta Umana*, París, año I, núm. 5, 3 de diciembre de 1927. Traducción de Francisco Madrid Santos.

fecunda que cualquiera otra gran experiencia colectiva; que en ciertas formas políticas populares (mir, corporaciones la comuna) se deba ver un conjunto de elementos polarizadores y actos coordinados hacia un nuevo orden autodemocrático, estoy firmemente persuadido, pero en la acción popular insurreccional veo más «efectos» anarquistas que «instintos» anárquicos; no creo que la función de los anarquistas en la revolución deba limitarse a «suprimir los obstáculos» que se oponen a la manifestación de las voluntades de las masas; veo graves peligros y no pocas dificultades en los egoísmos municipales y corporativos.

Kropotkin, historiador, ha visto claro al valorizar la acción de las masas en relación y contra los partidos y el Estado centralizador. Está, con respecto al pasado, preparado para oponerse en el terreno relativista y a observar desde el punto de vista de las aproximaciones.

El mir con sus anacronismos, el municipio medieval autoritario en su íntima estructura, el anarquismo comunalista de las masas populares en la revolución francesa, le parecían, justamente, fuerzas innovadoras libertarias, modernas, en función histórica del anti-Estado. Pero cuando se dirigió al terreno político y miró el porvenir, Kropotkin sublimó las masas. Hundido el Estado, queremos una potencia reconstructiva que retome y perfeccione las funciones vitales, públicas. Kropotkin lo sustituye por la iniciativa popular. Este genio colectivo, esta voluntad proteiforme y armónica a la vez, no tiene treguas ni recursos. Está saturada de anarquismo. Los anarquistas pueden confundirse con ella, ya que no hacen más que multiplicar los esfuerzos y realizar sus ideas. En todo caso no hay más que levantar una bandera en alto, indicar algún obstáculo o lanzar una idea. Como máximo habrá de rechazar la tentativa de los jacobinos de dirigir la acción popular.

Kropotkin, historiador y etnólogo, vio el anarquismo integral, potencialmente, en el anarquismo relativo de las masas en rebelión o en las masas viviendo al margen de la órbita estatal. Con ingenuo optimismo proyectó el segundo en la revolución social del porvenir y creyó que todo debería desarrollarse, no por una serie de experiencias más o menos felices, sino en un «abrir y cerrar de

ojos». Y no se dio cuenta de que si el mir era un elemento demostrativo, en el campo sociológico, de una comunidad extraestatal, era al mismo tiempo un elemento de poca importancia de cara a un proceso que abarcase toda la vida social de una nación, que en el Estado tiene gran parte de sus funciones vitales. El problema de la sustitución del carbón por la electricidad debe ser planteado y considerado en relación a una economía en la que hay carbón, hornos y existen cursos de agua y posibilidades de implantar centrales. Kropotkin, muy a menudo, te reenvía a la navegación fluvial, a las luces de petróleo y a los molinos de viento.

¿El valor de las asociaciones? Grandísimo. Pero ciertas asociaciones turísticas, de cultura, etc., tan queridas por Kropotkin son poca cosa, no recelando los contrastes y con un campo de actividad muy particular, y son muy diferentes de las sociedades obreras, sociedad en la sociedad, más que asociaciones. Albañiles y arrendatarios, ferroviarios y viajantes, productores y consumidores no se encuentran en oposición en un club de alpinistas, pero difícilmente no se encontrarán en oposición mañana, cuando deban resolver problemas en los que el interés común puede contrastar con el de las corporaciones o categorías... Por ejemplo, los mineros no están en oposición, hoy, con los campesinos. Porque el Estado hace pagar a los contribuyentes el proteccionismo concedido a los patronos de estas minas.

Pero cuando fuese el municipio de S. Giovanni Valdamo el que debatiese resolver el problema de continuar o no con las excavaciones de lignito, las asociaciones de los campesinos y las de los mineros se encontrarían probablemente en oposición. Lo mismo para los municipios. El municipio rico en agua da una contribución al Estado, que utilizará una parte, aunque sea pequeña, para construir el acueducto que lleve el agua al municipio vecino de la que está desprovisto. La federación de municipios hará lo mismo. ¿Pero no habrá de luchar contra el egoísmo de los municipios ricos en agua?

Una infinidad de egoísmos particulares y colectivos estorbarán, interceptarán y comprometerán la iniciativa popular. Es por esto por lo que, especialmente en el medio agrícola, al interés común (coalición de proletarios contra el patrón para obtener

mejoras) sucederán intereses particulares y antagónicos, poniendo en peligro o aniquilando la vida misma de ciertas asociaciones.

A esto se agrega el que la iniciativa popular no conserva siempre su impulso más allá del período insurreccional, de forma que hay que temer en gran manera el «dejar hacer» en el terreno político-administrativo.

Si el movimiento anarquista no adquiere el coraje de considerarse aislado espiritualmente, no aprenderá a actuar como iniciador y propulsor. Si no alcanza la inteligencia política que nace un racional y sereno pesimismo (que de hecho es el sentido de la realidad) y de un atento y claro examen de los problemas, no sabrá multiplicar sus fuerzas encontrando consensos y cooperaciones en las masas.

Es necesario salir del romanticismo. Ver a las masas, diría, en perspectiva. No existe el pueblo homogéneo, sino gentes diversas, categorías. No existe la voluntad revolucionaria de las masas, sino momentos revolucionarios, en los cuales las masas son enormes palancas.

Estar con el pueblo es fácil si se trata de gritar: ¡Viva! ¡Abajo! ¡Adelante! ¡Viva la Revolución!, o si se trata simplemente de luchar. Pero llega el momento en el que todos preguntan: ¿Qué hacemos? Es necesario dar una respuesta. No para hacer de jefe, sino para que la gente no los cree.

«Táctica única» quiere decir uniforme y continua. La Plataforma ha llegado a la «táctica única» por la simplificación del problema de la acción anarquista en el seno de la revolución. Si queremos llegar a una revisión potenciadora de nuestra fuerza revolucionaria no desdeñable, es necesario que desembaracemos el terreno de los apriorismos ideológicos y del cómodo remitir al mañana el planteamiento de los problemas tácticos y reconstructivos. Digo reconstructivos, porque es en las tendencias conservadoras de las masas donde se esconde el mayor peligro de detención y desviación de la revolución.

EL CULTO AL OBRERO*

Mientras leía el libro de Carlo Rosselli *Socialisme libéral* (París, 1930), señalé al margen este paso (traduzco): «El juicio pesimista sobre la masa implica en realidad un juicio pesimista sobre el hombre porque la masa no es más que la suma de concretas individualidades. Desde el momento en que se declara a la masa incapaz de aferrar, aunque sólo fuera mediante intuiciones groseras y primitivas, el valor de una lucha por la libertad, se declara asimismo al hombre cerrado a todo instinto que no sea de naturaleza estrictamente utilitaria. Se corta por las raíces, al mismo tiempo, cualquier sueño de redención social y se sofoca la fe en los instintos democráticos, esta fe basada en la tesis de una identidad fundamental entre los hombres y en un razonable optimismo sobre la naturaleza humana».

Nunca he soportado sin reaccionar ciertas actitudes... nietzscheanas de algunos individualistas, destinados a terminar

---

* Publicado en forma de opúsculo, Gruppo d'Edizioni Libertarie, Brest, octubre de 1934, con el título «Operolatria». Traducción de Josep Torrell.

como secretarios de las cámaras del trabajo o peor; pero, por otra parte, nunca le he limpiado los zapatos al proletariado «evolucionado y consciente», ni siquiera en mítines. Y no comprendo el lenguaje áulico de los bonzos bolcheviques. En un artículo —cito un ejemplo entre mil—, de *Azione antifascista* (junio de 1933), leo que Gramsci es un alma proletaria. ¿Dónde oí esta expresión? Hurgo en la memoria. ¡Ah, aquí está! Fue en Le Pecq, cuando uno de los «responsables» comunistas me sorprendió con ropas y fatigas de peón de albañil. «¡Ahora puedes conocer el alma proletaria, Berneri!» Así me apostrofó. Mientras añadía arena al cemento, reflexioné acerca del «alma proletaria». Y como me ocurre siempre, de la memoria del corazón surgieron los recuerdos, para esclarecer el problema. Los primeros contactos con el proletario: allí era donde buscaba la materia de la definición. El «alma proletaria» no la encontré. Encontré de nuevo a mis primeros compañeros, los jóvenes socialistas de Reggio Emilia y alrededores. Había corazones generosos, mentes abiertas, voluntades tenaces. Luego conocí a los anarquistas. Torquato Gobbi fue mi maestro, en las noches brumosas, a lo largo de la vía Emilia, bajo los pórticos que resonaban con mis intentos de resistir a su pacata dialéctica. Él era encuadernador de libros, yo un estudiantillo de instituto, todavía, pues, «hijo de papá», e ignorante de aquella auténtica y gran universidad que es la vida. Y desde entonces, ¡cuántos obreros en mi vida cotidiana! ¡Pero si en uno encontraba la yesca que hacía centellear mi pensamiento, en el otro descubría afinidades electivas, y a un tercero me abría con fraterna intimidad, con cuántos más áridos me encontraba, cuántos me chocaban por su presuntuosa vaciedad, cuántos me daban náuseas por su cinismo! El proletariado era «la gente»: esa burguesía media en la que viví, la masa estudiantil en la que vivía; la *multitud*, en definitiva. Los amigos y los compañeros obreros más inteligentes y más espontáneos nunca me hablaban del «alma proletaria». Sabía precisamente a través de ellos cuán lentos eran los progresos de la propaganda y la organización socialista. Luego, ya dentro de la propaganda y la organización, *vi* el proletariado,

que me pareció, en su conjunto, lo mismo que me sigue pareciendo ahora: una enorme fuerza que se desconoce; que cuida, de forma poco inteligente, su propio instrumento; que difícilmente se bate por motivos ideales o por objetivos no inmediatos; sobre el que pesan infinidad de prejuicios, groseras ignorancias, ilusiones pueriles. La función de las elites me parece clara: dar ejemplo de audacia, de sacrificio, de tenacidad; llamar la atención de la masa sobre sí misma, sobre la opresión política, sobre la explotación económica, pero también sobre la inferioridad moral e intelectual de la mayoría. Por ello presentar a la burguesía y al proletariado con la demagógica simplicidad de las caricaturas reductivas de *Avanti!* y de los «oradores de mitin» me parece de mal gusto y dañino.

Hubo, y desgraciadamente sigue habiendo todavía, una retórica socialista que es terriblemente ineducativa. Los comunistas contribuyen más que ningún otro partido de vanguardia a perpetuarla. No satisfechos con el «alma proletaria», han sacado la «cultura proletaria». Cuando murió Lunacharski se dijo, en algunos periódicos comunistas, que «encarnaba la cultura proletaria». Cómo un escritor de origen burgués, erudito —la erudición es el capitalismo de la cultura— y tan puntilloso como Lunacharski pueda representar la «cultura proletaria» es un misterio análogo al de la «ginecología marxista», término que ha escandalizado incluso a Stalin. *Le Réveil* de Ginebra, sublevándose contra el abuso de la expresión «cultura proletaria», observaba: «El proletario es, por definición, y muy a menudo en realidad, un ignorante, cuya cultura es necesariamente limitadísima. En todos los campos, el pasado nos hizo herederos de bienes inestimables que no se pueden atribuir a esta o aquella clase. El proletario reivindica ante todo una mayor participación en la cultura, como una de las riquezas de las que no quiere verse privado. Algunos sabios, escritores, y artistas burgueses nos han dado obras de una importancia emancipadora; por el contrario, algunos intelectuales sedicentemente proletarios nos cuecen unos platos muchas veces indigestos».

La «cultura proletaria» existe, pero está restringida a los conocimientos profesionales y a una empanada enciclopédica

compuesta por lecturas desordenadas. Es una característica típica de la cultura proletaria el estar retrasada con respecto al progreso de la filosofía de las ciencias y las artes. Hallaréis seguidores fanáticos del monismo de Haeckel, del materialismo de Büchner e incluso del espiritualismo clásico, entre los «autodidactas», pero no hallaréis entre ellos personas realmente cultas. Si una *teoría* cualquiera comienza a ser popular, encontrará eco en la «cultura proletaria», ávida de golosinas. Al igual que la novela popular está llena de príncipes, de marqueses y de recepciones palaciegas, así también un libro es tanto más buscado y degustado por los «autodidactas» cuanto más indigesto y abstruso es.

Muchos de ellos nunca han leído *La conquista del pan*, o el diálogo *Entre campesinos*, pero han leído *El mundo como voluntad y representación* y *La crítica de la razón pura*. Una persona culta que se ocupe, por ejemplo, de ciencias naturales y que no tenga conocimientos de matemática superior, se guardará mucho de juzgar a Einstein. Un autodidacta, en general, tiene en materia de juicios una temeridad enorme. Dirá de Tizio que es un filosofastro, de Cayo que es un «gran científico», de Sempronio que no ha entendido «la transformación de la praxis», ni la «noumenicidad» ni la «hipóstasis». Porque al autodidacta le gusta siempre hablar difícil.

Fundar una revista, al medioculto no le asusta. No hablemos ya de un semanario. Escribirá sobre la esclavitud en Egipto, las manchas solares, el «ateísmo» de Giordano Bruno, las «pruebas» de la inexistencia de Dios, la dialéctica hegeliana; pero de su taller, de su vida de obrero, de sus experiencias profesionales no dirá ni una palabra.

«El autodidacta» deja de ser típicamente así cuando logra hacerse una verdadera cultura. Es decir, cuando tiene ingenio y voluntad. Pero entonces su cultura ya no es obrera. Un obrero culto, como Rudolf Rocker, es como un negro al que de niño le hubieran llevado a Europa y hubiera crecido en una familia culta o en un colegio. El origen, como el color de la piel, no cuenta en estos casos. En Rocker nadie podría imaginar el antiguo guarnicionero, mientras que cuando Grave se

sale de la vulgarización kropotkiniana nos recuerda deplorablemente que ha sido zapatero.

La denominada «cultura obrera» es, en definitiva, una simbiosis parasitaria de la verdadera cultura, que todavía es burguesa o medioburguesa. Es más fácil que del proletariado salga un Titta Rulfo, o un Mussolini, que un científico o un filósofo. No porque el ingenio sea monopolio de una clase, sino porque al 99 por 100 de los proletarios, al abandonar la escuela primaria se les niega sistemáticamente la cultura con una vida de trabajo y embrutecimiento. La instrucción y la educación para todos es uno de los más justos cánones del socialismo, y la sociedad comunista dará las *elites naturales*; pero, por ahora, es grotesco hablar de «cultura proletaria» del filólogo Gramsci o del «alma proletaria» del burgués Terracini. La doctrina socialista es una creación de intelectuales burgueses. Como observa De Man en *Au de là du marxisme*, «es menos una doctrina del proletariado que una doctrina para el proletariado». Los principales agitadores y teóricos del anarquismo, de Godwin a Bakunin, de Kropotkin a Cafiero, de Mella a Faure, de Covelli a Malatesta, de Fabbri a Galleani, de Gori a Voltairine de Cleyre, salieron de un ambiente aristocrático o burgués, para ir hacia el pueblo. Proudhon, de origen proletario, es de todos los escritores anarquistas el más influido por la ideología y los sentimientos de la pequeña burguesía. Grave, zapatero, cayó en el chauvinismo democrático más burgués. Y es innegable que los organizadores sindicales de origen obrero, de Rossoni a Meledandri, han dado proporcionalmente el mayor número de integraciones.

El *populismo ruso* y el *sorelianismo* son dos formas de romanticismo obrerista, cuya continuación formal es la demagogia bolchevique. Gorki, que es uno de los escritores que ha vivido más tiempo y más profundamente en medio del proletariado, escribe:

> Cuando [los propagandistas] hablaban del pueblo, sentía de inmediato que lo juzgaban de forma diferente a como yo lo hacía. Esto me sorprendió y me hizo desconfiar de mí mismo. Para ellos,

> el pueblo era la encarnación de la sabiduría, de la belleza espiritual, de la bondad y del corazón, un ser único y casi divino, depositario de todo aquello que es bello, grande y justo. No era, en efecto, el pueblo que yo conocía.

Arturo Labriola, del que tomo la cita anterior (*Al di là del capitalismo e del socialismo*, París, 1931), la acompaña con estos recuerdos:

> Podría añadir mi experiencia personal, al haber nacido en una clase de artesanos-artistas que vivían en contacto inmediato con las clases del trabajo material y eran ellos mismos proletarios. Los trabajadores que yo conocí desde los primeros años de mi vida eran hombres dignos de piedad en todo y para todo, ingenuos e instintivos, crédulos, proclives a la superstición, volcados a la vida material, afectuosos y crédulos al mismo tiempo con los hijos, incapaces de extraer de la propia vida de trabajadores un solo elemento de pensamiento propio sobre su clase. Aquellos que despojándose de la superstición y de las prevenciones de su círculo llegaban al socialismo sólo lo veían bajo su aspecto material de un movimiento destinado a mejorar su suerte. Y naturalmente esta mejora la esperaban de los jefes, que pasaban indistintamente del estado de ídolos al de traidores según los momentos y las ocasiones sin mérito ni demérito por su parte. Es indiscutible que el socialismo les mejoró en todos los aspectos; y me atrevería a decir que mi primer impulso para favorecer este movimiento me vino de la gran piedad que me inspiraba la miseria de los pobres, así como de la experiencia del beneficio que el movimiento les reportaba.

Malatesta mismo no veía el proletariado a través de las gafas rosas de Kropotkin, y Luigi Fabbri escribía en un artículo suyo refiriéndose al período insurreccional de la postguerra: «Demasiada gente, entre la gente pobre, demasiados trabajadores creían en serio que estuviese a punto de llegar el momento de no trabajar o de hacer trabajar únicamente a los señores». Quien repase la historia del movimiento obrero verá prevalecer en él una inmadurez moral facilísima de explicar pero capaz de imponer el más evidente desmentido a los ditirámbicos exaltadores de las masas.

El jueguecito de llamar «proletariado» a los núcleos de vanguardia y a las elites obreras es un jueguecito que habría que dejar en el desván. Las alegorías demagógicas lisonjean a la multitud, pero le esconden verdades esenciales para la emancipación real. Una «civilización obrera», una «sociedad proletaria», una «dictadura del proletariado»: son fórmulas que deberían desaparecer. No existe una «conciencia obrera» como carácter psíquico típico de toda una clase; no hay una oposición real entre «conciencia obrera» y «conciencia burguesa». Los griegos no combatieron por la gloria, como pretendía Renan. Y el proletariado no combate por el *sentido de lo sublime* como se afanaba en sostener Sorel en sus *Réflexions sur la violence*.

El obrero ideal del marxismo y del socialismo es un personaje mítico. Pertenece a la metafísica del romanticismo socialista, no a la historia. En los Estados Unidos y en Australia las *Unions* obreras reclaman una política restrictiva para la inmigración. El proletariado americano (véase Mary R. Béard, *A short history of the american labour movement*, Nueva York, 1928), no ha hecho ni una mísera contribución a la emancipación de los negros de los Estados Unidos, y todavía hoy los trabajadores de color están excluidos de casi todas las organizaciones sindicales americanas. Los movimientos de boicot (contra las dictaduras fascistas, los horrores coloniales, etcétera) son escasos y no tienen éxito. Y son rarísimas las huelgas de solidaridad clasista o con objetivos estrictamente políticos.

Este carácter utilitarista, esta avaricia, esta inercia general caracterizan particularmente al proletariado industrial.

Cada vez que leo u oigo exaltar al proletariado industrial como la elite revolucionaria y comunista, se revuelven en mi interior los recuerdos de vida, es decir, las experiencias personales y las observaciones psicológicas. Esto me induce a sospechar en quienes afirman lo que me parece un mito, o bien una infatuación de «provinciano» recién llegado a una ciudad con algún gran centro industrial, o bien, en otros casos, una infatuación de índole profesional. Cuando leía *L'Ordine Nuovo*,

especialmente en su primer período, cuando era periódico, rechazaba en mí, por consideraciones de orden psicológico, la sugestión de sus continuas exaltaciones de la gran industria como formadora de homogeneidad clasista, de madurez comunista de los obreros del taller, etcétera.

Imaginaba, por ejemplo, a Gramsci, que se planta en Turín desde su Cerdeña natal, totalmente sobrecogido por los engranajes de la metrópoli industrial. Las grandes manifestaciones, las concentraciones de obreros especializados, la enormidad febril del ritmo de la vida sindical de la ciudad industrial le fascinaron, me decía a mí mismo. La literatura bolchevique rusa me parecía que reproducía ese mismo proceso psíquico. En un país como Rusia, donde las masas rurales estaban enormemente atrasadas, Moscú, Petrogrado y los otros centros industriales debían de parecer oasis de la revolución comunista. Los bolcheviques, impulsados por el industrialismo marxista, se vieron abocados, pues, a infatuarse con la fábrica, como los revolucionarios rusos de la época de Bakunin se vieron abocados a infatuarse con la cultura occidental.

En Italia, la mística industrialista de *L'Ordine Nuovo* me parecía, pues, un fenómeno de reacción análogo al del futurismo.

Otro aspecto que me parecía significativo era el de la tendencia natural que tienen los técnicos industriales, tendencia que tiene equivalentes en todos los campos de la especialización, de ver en el hecho «industria» el alfa y omega del progreso humano. Y me parecía significativo que los ingenieros fuesen numerosos entre los dirigentes del partido comunista.

Mantengo todavía este punto de vista, y encuentro una nueva confirmación en la actitud de algunos de los republicanos que han sido influidos por la ideología de los comunistas.

Es típico el caso de A. Chiodini, que en el número de febrero de 1933 de *Problemi della rivoluzione italiana*, al criticar la línea rural y meridionalista del programa de Justicia y Libertad, proclama:

> El proletariado industrial es la única fuerza objetivamente revolucionaria de la sociedad. Porque sólo el proletariado está en condiciones y tiene posibilidades de liberarse de toda mentalidad

cerrada y de alzarse a una dignidad de clase, es decir, de fuerza colectiva que tiene conciencia de un deber histórico que cumplir.

La revolución italiana, como todas las revoluciones, sólo puede ser obra de fuerzas homogéneas y capaces de moverse por grandes ideales.

Por ahora, la única fuerza homogénea que puede combatir por un ideal de libertad concreta y que, para esta batalla, puede estar dispuesta a una acción previsora, no a corto plazo, es la fuerza obrera. Ella es hoy la única que, después de tantas pruebas y tantas tragedias, puede presentar su candidatura como clase dirigente revolucionaria.

Que el proletariado industrial sea una de las principales fuerzas revolucionarias en sentido comunista es demasiado evidente para que haya algo que discutir al respecto. Pero, por otra parte, también es evidente que la homogeneidad de ese proletariado está más en las cosas que en los espíritus, y más, cabría decir, en la aglomeración de individuos, —que en su inmensa mayoría son asalariados, sin grandes diferencias actuales o posibles entre sí, y en contacto con una propiedad indivisible por naturaleza (por lo tanto, necesariamente apta para convertirse en el capital de un trabajo necesariamente asociado)—, que en su conciencia de clase, de fuerza colectiva destinada a realizar un grandísimo deber histórico.

El particularismo de los obreros de la industria es demasiado evidente para que nos suelten esas genéricas y generalizadoras exaltaciones como hacen algunos marxistas y marxistizantes.

El egoísmo corporativo en los Estados Unidos condujo a una verdadera política xenófoba, y las corporaciones típicamente industriales han aparecido siempre entre las más encarnizadas al exigir al gobierno la prohibición de la inmigración obrera. Ocurre lo mismo en Nueva Zelanda. Pero limitémonos a Italia. Los obreros de la industria han favorecido siempre la potenciación industrial. El libro de G. Salvemini *Tendenze vecchie e necessità nuove del movimento operaio italiano* (Bolonia, 1922), está lleno de ejemplos en este sentido. Escojo algunos de ellos, que me parecen los más típicos.

En 1914, los obreros de la industria azucarera, que eran 4.500, es decir, una pequeñísima categoría, estaban protegidos

por los socialistas reformistas, que pedían al gobierno la protección aduanera del azúcar, sin preocuparse por la industria damnificada por el elevado precio de la materia prima. Esta petición perjudicaba a todos los consumidores italianos, obligados a pagar a precio más alto no sólo el azúcar, sino también las confituras y las mermeladas. No sólo eso, también limitaba el entero consumo de las segundas, impedía su exportación y, por lo tanto, disminuía el trabajo de los obreros de estas industrias. Los obreros de las fábricas azucareras hubieran debido, pues, o pedir la protección de ambas industrias o pedir el libre comercio para el azúcar, con lo que habrían podido ser absorbidos por el desarrollo de la industria de las confituras y las mermeladas. Esto por el interés general. ¿Pero como pretender que los obreros de las azucareras que ganan «salarios elevados, desconocidos por otras categorías de trabajadores» (*Avanti!*, 10 de marzo de 1910) renunciasen a su posición privilegiada?

Otro ejemplo. Antes de la guerra, funcionaban en Italia 37 minerías de lignito, que en 1913 produjeron 700.000 toneladas de combustible. Durante la guerra, al subir el lignito extranjero a precios altísimos, fue conveniente explotar incluso los yacimientos más pobres; y las minerías pasaron a 137, aunque la producción sólo creció en 400.000 toneladas, parte de las cuales provenía de una intensificación de la producción en las viejas minas. Acabada la guerra, descendieron los precios del lignito extranjero, la demanda de lignito menguó hasta que las 37 minerías volvieron a ser suficientes.

Los mineros añadidos, casi todos campesinos de los pueblos de los alrededores, se vieron amenazados con el despido o la disminución del salario. Grandes agitaciones, cuya consigna era «¡Ni un solo despido!». Y un diputado socialista, presidente de un consorcio cooperativo minero, pidió al Gobierno que mantuviera la producción de lignito en las cifras del período de guerra, más aún, que las aumentase a cuatro millones de toneladas anuales, que la administración de los ferrocarriles transformase cierto número de locomotoras para adaptarlas al consumo de lignito, que los fogoneros de los ferrocarriles estuviesen mejor pagados para compensarles por

el aumento de la fatiga causado por el uso del lignito, que el uso del lignito se impusiera por ley en todos los servicios dependientes de las administraciones públicas en todos los casos en los que el lignito pudiera sustituir sin perjuicios al carbón, que el gobierno financiase a las sociedades que se plantearan la instalación de centrales eléctricas a base de lignito, y que tales instalaciones quedasen exentas de la declaración de los beneficios extraordinarios conseguidos durante la guerra.

Es decir, el diputado socialista pedía que se consumieran millones para favorecer a algunos centenares de mineros, muchos de los cuales podían volver a sus campos. ¡Mineros que hubieran trabajado con el pesado pico para consumir los millones conseguidos de don Pantaleón!

Hay que destacar que la agitación de los mineros de la cuenca carbonífera de Valdarno estaba capitaneada por organizadores de la Unión Sindical Italiana. El caso antes citado es, pues, doblemente interesante y requiere reflexión porque nos conduce a un lado descuidado por los anarquistas que operan en las uniones sindicales (el proteccionismo), y porque nos permite entrever qué problemas de este género se nos pueden presentar en un período revolucionario (la tendencia de algunas categorías concretas de trabajadores a hacer sobrevivir industrias no rentables para la economía nacional). ¿Cuál ha sido la actitud de los anarquistas afiliados a la Confederación General del Trabajo y a la Unión Sindical Italiana frente al colaboracionismo socialista-patronal? Cuando los dirigentes de la FIOM antepusieron el interés de 30.000 obreros, empleados en la siderurgia, que vivía a la sombra del proteccionismo aduanero y de la subvención estatal, al interés de 270.000 obreros empleados en industrias del hierro de segunda y tercera elaboración (metalúrgicas y mecánicas), que habrían salido ganando de haber tenido a su disposición la materia prima a buen precio, ¿cuál fue la actitud de los anarquistas organizados en la FIOM? Me parece que no hubo por parte de los anarquistas que forman parte de las organizaciones obreras una clara idea de su función de educadores. Habría sido una obra de educación clasista recordar que

los millones destinados a la protección de las industrias parasitarias se usurparon en su mayor parte a una multitud de trabajadores de Italia. Los anarquistas se dejaron desplazar por los socialistas que, por razones demagógicas, renunciaron a aquella justa y bella intransigencia de los tiempos en los que el electoralismo, el mandarinismo y el colaboracionismo con la burguesía aún no habían triunfado. A los industriales ligures, que despedían 3.000 obreros y amenazaban con despedir otros 20.000 dentro de un mes si el gobierno no hubiera renunciado a disminuir las compensaciones a la marina mercante, el *Avanti!*, dirigido por aquel entonces por el reformista Leonida Bissolati, respondía:

> Los obreros saben que los millones destinados a la protección de la industria naval se usurparon en su mayor parte a una multitud de trabajadores de Italia; y por ello rechazan formular el deseo de que continúe una situación en la que el pan de los obreros de una región se pague con el hambre de los trabajadores del resto de Italia. (*Avanti!*, 24 de enero de 1901.)

La degeneración a la que ha llegado la colaboración obrero-patronal en los centros industriales se manifiesta en que los elementos denominados revolucionarios convocaron agitaciones para obtener del gobierno trabajo para la industria de guerra. Así lo describía Salvemini, en *L'Unità* del 11 de julio de 1913.

> La Cámara del Trabajo de La Spezia, administrada por sindicalistas, republicanos y socialistas revolucionarios, ha promovido una huelga general.
>
> ¿Para protestar contra la muerte de algún obrero?
>
> — No.
>
> ¿Para protestar contra una inicua sentencia de clase, dictada por la autoridad judicial?
>
> — No.
>
> ¿En solidaridad con algún grupo de obreros en huelga?
>
> — No.
>
> ¿Para resistir ante alguna ilegalidad de las autoridades políticas o administrativas?
>
> — No.

Pues ¿por qué?

— Para protestar contra el Gobierno que amenaza con quitarle a la dársena de La Spezia la construcción del acorazado *Andrea Doria*.

Se supone que, en cuanto puedan, los subversivos de La Spezia organizarán en su casa algún «solemne mitin» contra los gastos «improductivos».

Hay que señalar que a la cabeza de este movimiento de protesta... revolucionaria, se hallaba una cooperativa, la de los obreros metalúrgicos (*Giornale d'Italia*, 24 de abril). Y hay que señalar también que la agitación de La Spezia se produjo al mismo tiempo que el consejo de administración de la Casa Ansaldo lamentaba en su informe anual no tener suficiente trabajo. Al mismo tiempo, los obreros del astillero Orlando de Livorno hacían manifestaciones domesticadas para reclamar que el Estado diese trabajo al astillero Orlando (*Avanti!*, 14 de mayo de 1913). Y los diputados de Nápoles se dirigían al honorable Giolitti para pedir «nuevos pedidos de afustes, cañones, espoletas y proyectiles» a los establecimientos de Nápoles, para que no hubieran nuevos despidos de obreros metalúrgicos (*Il Corriere della Sera*, 24 de mayo). Y los periódicos clerical-moderado-nacionalistas impulsaron la campaña para que el Gobierno iniciara la construcción en los astilleros de cuatro nuevos acorazados.

Durante la semana roja los centros industriales permanecieron *quietos*. Durante la agitación intervencionista, los centros industriales participaron poco en la campaña de manifestaciones contra la guerra. Durante las agitaciones de postguerra los centros industriales fueron los más lentos en responder. Contra el fascismo ningún centro industrial se sublevó como Parma, como Florencia o como Ancona, y la masa obrera no ha dado ningún episodio colectivo de tenacidad y de espíritu de sacrificio que iguale el de Molinella.

Las huelgas agrarias de las regiones de Módena y de Parma siguen siendo la única página épica de la historia de la guerra de clases italiana. Y las figuras más generosas de organizadores obreros las ha dado la Puglia. Pero todo esto se desconoce. Se escribe y se habla de la ocupación de las fábricas, pero se ha olvidado casi la de las tierras, mucho más grandiosa por su importancia. Se exalta al proletariado industrial mientras que

ninguno de nosotros, aunque haya vivido y luchado en regiones eminentemente agrícolas, sabe que los campos han alimentado siempre las agitaciones políticas de vanguardia en las ciudades y siempre han dado pruebas, en especial en el campo sindical, de generosa combatividad.

Fácil previsión: habrá algún mandarín que escribirá que no tengo «alma proletaria», y habrá algunos lectores que entenderán que he pretendido despreciar al proletariado.

Un eco responde por mí: el de los calurosos aplausos que desde los astilleros y desde los talleres de la industria de guerra saludan el anuncio del submarino que hay que construir o los cañones que hay que fundir.

Responde por mí la táctica comunista que aconseja actuar en el seno de las corporaciones y por reivindicaciones económicas.

Responde por mí, sobre todo, la resignación del proletariado italiano, en particular el industrial. Esperar que el pueblo se despierte, hablar de acción de masas, reducir la lucha antifascista al desarrollo y al mantenimiento de cuadros del partido y del sindicato en vez de concentrar medios y voluntades en la acción revolucionaria que es la única que puede romper la atmósfera de envilecimiento moral en la que el proletariado italiano está corrompiéndose por completo, es vileza, es idiotez, es traición.

POLÉMICA CON CARLO ROSSELLI

UNA CARTA DE CAMILLO BERNERI*

Querido director de *Giustizia e Libertà*:

Leo en tu periódico una carta de U. Consiglio**, *que existe*. Digo esto porque alguien, *horresco referens*, se ha imaginado que se trataba de un... anarquista redaccional. Suposición injusta para vosotros, pero no para el Consiglio que, si fuéramos masones, tendríamos todo el derecho a definir como *un hermano durmiente*. Él es, por naturaleza, un misántropo, y por añadidura hipercrítico. Desde hace años considera la anarquía «¡el más radiante de los sueños!», como decía el senador Guido Mazzoni en el curso de una de sus clases

---

* Publicada, junto con la apostilla de Carlo Rosselli que sigue al texto, en *Giustizia e Libertà*, París, 6 de diciembre de 1935, con el título «Los anarquistas y *Giustizia e Libertà*». Traducción de Josep Torrell.

** El apellido Consiglio significa también «consejo». Hay que tener en cuenta esa duplicidad de sentido con la que Berneri juega irónicamente. [Nota del traductor.]

universitarias que trataba de la Arcadia, como es fácil imaginar. Cuántos puedan ser los «muchos anarquistas» absorbidos ideológicamente por *Giustizia e Libertà* que tienen la fortuna de frecuentar el Consiglio no me es dado saberlo. Al margen del movimiento hay un gran número de *retirados*, polarizados en los varios movimientos de pensamiento y de agitación política que tienen afinidades con el nuestro, y que están dispuestos a aceptar la cifra más alta. Lo que sí me siento autorizado a afirmar es que la simpatía bastante extendida entre los anarquistas militantes hacia vosotros no está desprovista de críticas y desconfianzas, que vuestra actitud hacia nosotros amenaza con agudizar. Si el Consiglio opina que «los anarquistas no pueden hacerse ilusiones de poder desarrollar un papel autónomo de notable influencia en los cambios italianos del mañana», todos nosotros, los militantes, estamos convencidos, por el contrario, del papel autónomo y de primer plano del anarquismo en la revolución italiana. Las líneas de este papel han sido trazadas y si no han alcanzado el carácter de un programa político presentable como síntesis de nuestras aspiraciones sociales y de nuestras concepciones revolucionarias es, sobre todo, porque la función histórica del anarquismo es irreconciliable por muchos lados con la necesidad de un éxito político *actual*. Insuficiencia contingente la nuestra, que no es específica por ser común a todos los movimientos esencialmente humanistas, basados en categorías morales y permeados por una mística.

Lo que compensa de las inadecuaciones de las fórmulas *doctrinales* y de las virtuales posibilidades de un gran papel político es la adherencia de la *voluntad* anarquista al proceso insurreccional de los conflictos de clase, políticos, nacionales, etcétera. Como la acción popular, la acción anarquista está destinada a ser en muchas circunstancias demiúrgica sin que el historiador capte su sentido ni pueda precisar sus proporciones, sin que la cristalización de la revolución revele, bien impresa, su huella. El papel de los anarquistas en la revolución rusa, en la alemana y en la húngara se resuelve, si se menciona, en un párrafo, mientras daría para más de un capítulo:

superficialidad y tendenciosidad que se revelan en toda la historiografía contemporánea más en boga, y de la cual sirven como muestra, refiriéndose a las experiencias españolas, también algunos de los más valiosos escritores de *Política Socialista* y de los *Quaderni di Giustizia e Libertà*. El que haya participado en la lucha política y social en Italia entre 1911 y 1921 sabrá que los anarquistas, especialmente en el seno de la Confederación General del Trabajo y a través de la Unión Sindical Italiana, tuvieron un papel preponderante en algunas circunstancias y constantemente notable. En Turín, el *leader* efectivo de la FIOM era el anarquista Garino; en el Carrarese, el hombre más popular entre el proletariado era Meschi; en Roma contaba más la influencia de Stagnetti y de Diotallevi que la de los diputados socialistas; en Ancona bastaba con que un humilde peón de albañil como Cecili se diese una vuelta por los malecones del puerto con los brazos cruzados para que todo el tráfico portuario se paralizase.

Uno de los aspectos más singulares del anarquismo es que posee hombres que ejercen una fascinación sobre las masas que compensa su escasez numérica y todas las demás insuficiencias del movimiento. Flores Magón en México, Malatesta en medio mundo, Makno en Ucrania, Landauer y Müsham en Alemania, Luisa Michel en Francia han merecido ser considerados por el enemigo igual que era considerado Blanqui por los versalleses: un hombre más poderoso que un regimiento.

Gandhi puede demostrar la potencia de la personalidad, si no bastara con Mazzini y Lenin. El anarquismo contemporáneo tiene en su breve historia propia un San Martín y un San Francisco en Cafiero y Fromentin, millonarios pródigos con toda su fortuna; príncipes que han pasado de la corte al tugurio y la cárcel, como Kropotkin y Bakunin; científicos insignes que no desprecian la más humilde actividad propagandista, como los hermanos Reclús y como Ettore Molinari; oradores de cartel, como Galleani, como Gori y como Faure, que renuncian al foro y al parlamento. ¡Y cada vez que la noche se espesa sobre la libertad de los pueblos, cuántos fulgores de heroísmo anarquista, tanto individuales como colectivos! De

los mártires de Chicago a los de Tokio, de las bandas armadas del Beneventano a las de Bulgaria, del terrorismo de Rusia al de Corea, hay toda una historia que en el transcurso de poco más de cincuenta años ha alcanzado la extensión y la gloria de las *Acta Martyrum* cristianas.

Todo esto, *Giustizia e Libertà* está dispuesta a aceptarlo. Pero está también... el siglo XIX y el... XX. Si, por poner un ejemplo, Carlo Rosselli hubiese tenido presentes las críticas al marxismo de Covelli, de Cafiero, de Malatesta, de Cherkesov, de Merlino, de Gille, de Fabbri y de otros escritores anarquistas, habría constatado que su revisionismo de *Socialisme libéral* era tan sólo una síntesis de la crítica anarquista. Al leer los escritos de los intelectuales de *Giustizia e Libertà* * hallo continuamente viejos conocidos: de Godwin a Malatesta. Pero al igual que Sorel tuvo en Italia tan poca fortuna como Proudhon, también los libertarios del siglo XX gozan del mal conocimiento que la mayoría, incluso entre las personas cultas, tienen del pensamiento anarquista. No quiero decir que haya dolo. Hay sutileza.

Entre el siglo XIX y el siglo XX, como fases destacadas e identificables de la evolución del pensamiento socialista, está el siglo XVIII. La crítica anarquista del siglo XIX enlaza con el siglo precedente por los elementos ideológicos y por las actitudes espirituales que han creado el clima filosófico del siglo XX de *Giustizia e Libertà*.

Lo que de muerto hay en la tradición actual del anarquismo son tan sólo los residuos del materialismo socialista y del racionalismo burgués, residuos que en el marxismo del siglo XX sirven de cemento para construcciones que nosotros abandonamos hace casi cincuenta años. Las analogías entre vosotros y nosotros son mucho más profundas, como génesis de nuestras respectivas formaciones culturales, de lo que creéis. En el campo cultural lo que nos diferencia es, sobre todo, que la elaboración del siglo XX es entre vosotros más extensa, mientras que entre nosotros está

---

* Berneri utiliza a menudo los adjetivos, en ocasiones sustantivados, derivados de la sigla GL (*giellista, giellisti*) así como el sustantivo *giellismo*, que se han vertido sistemáticamente como «de *Giustizia e Libertà*» para evitar neologismos. [Nota del traductor.]

circunscrita a los denominados intelectuales. El cientifismo libertario, residuo del determinismo materialista y del positivismo kropotkiniano, fue criticado durante décadas por Malatesta. El ateísmo y el anarquismo, más que estar disociados prácticamente de la existencia de movimientos anarquistas cristianos (Dokubors, federación anarcocristiana holandesa, etc.), lo están de los más jóvenes anarquistas cultos (Luce Fabbri, por ejemplo), que prefieren el agnosticismo positivista al ateísmo racionalista.

La convergencia del librecambismo y el colectivismo, ya formulada por Proudhon y por Tucker, ha sido elaborada en relación con la pequeña propiedad tanto por la prensa anarquista italiana (en 1919 y 1920) como por la española y la búlgara.

La idea comunista, integrada con la sindicalista y la asociacionista libertaria, está en pleno desarrollo en nuestro campo desde 1871.

¿Cuáles son las «viejas formulaciones» del anarquismo? Sería útil que *Giustizia e Libertà*, para alejar las sospechas de absorción y rechazar las insinuaciones tendentes a pintar a *Giustizia e Libertà* como un movimiento pequeño-burgués, entablase una discusión sobre el tema: anarquismo y *Giustizia e Libertà*. Esto, al margen del problema de la *colaboración*, y por encima de él. Los anarquistas no están dispuestos a ser, en el seno de *Giustizia e Libertà*, como el romero en el asado. Tienen un programa propio, un movimiento propio y entre los miembros de *Giustizia e Libertà* sólo pueden buscar y encontrar intercambios de ideas, esbozo de problemas, revisión de teorías. Pero también con vistas a este tipo de contactos, *Giustizia e Libertà* haría bien en renunciar al título de «libertarios del siglo XX», porque no ha pasado un siglo desde que preferían congraciarse más con los liberales y los socialdemócratas que con los anarquistas decimonónicos. ¿*In cauda venenum*? Pero veneno sólo en una dosis homeopática. Ese poco que hace falta para esperar los desarrollos ulteriores de *Giustizia e Libertà* antes de examinar en términos políticos el problema de la colaboración. Por el momento, contentémonos con discutir, no desde la cátedra a los pupitres, sino... en el café: como adversarios vagamente emparentados.

La mía es evidentemente una carta menos simpática que la del Consiglio. Pero es ciertamente la carta de un anarquista que cree en la anarquía y más aún en el anarquismo.

LA RESPUESTA DE CARLO ROSSELLI

Desengáñese, Berneri. Su carta nos resulta tan simpática como la de Consiglio. Incluso más simpática porque tiene el mérito de plantear la cuestión en el verdadero terreno, que no es el de una posible absorción, sino el de la discusión de ideas y la colaboración práctica.

Algo a lo que, por otra parte, nosotros habíamos procedido al escribir nuestro comentario a Consiglio:

> Estas visibles consonancias entre nosotros y los anarcosocialistas facilitan evidentemente una larga y leal colaboración en el trabajo práctico, colaboración que en algunos centros italianos existe desde hace tiempo y que en algún centro exterior, por ejemplo Lyon, ha empezado ya. *No por ello hablamos de «absorción», palabra desafortunada y que a los anarquistas se puede aplicar menos que a nadie.*

Era, por nuestra parte, el reconocimiento explícito y espontáneo de la autonomía del movimiento anarquista. ¡La alarma, pues, es infundada, amigo Berneri! *Giustizia e Libertà* no maquina tenebrosas maniobras.

Berneri sabe también que nosotros siempre reconoceremos —aunque sin llegar a su apología—, los méritos intelectuales de las corrientes anarcosocialistas, que dominaron el movimiento proletario italiano desde 1870 hasta los años noventa. Pero este reconocimiento no basta para convertirnos, como intenta Berneri, en émulos tan inconscientes como automáticos del pensamiento, por lo demás tan rico y diverso, de Proudhon, Bakunin, Kropotkin, Malatesta o Merlino. Procurad, vosotros, anarquistas, no crear, después de la Biblia marxista, un cuerpo bíblico anarquista, al que siempre se deberían remitir, y sólo a él, quienes ven en el socialismo la más elevada expresión de la idea de libertad.

Nosotros reafirmamos obstinadamente que «urge repensar los problemas de una sociedad libre, o mejor, de una sociedad que se desarrolla en el sentido de una siempre mayor libertad, en relación con las nuevas formas de producción y con las grandes experiencias de nuestro tiempo. Es decir, urge convertirnos en libertarios del siglo XX».

Y ello no porque haya que arrinconar a Proudhon, Bakunin, Kropotkin o Malatesta, sino porque ellos no pudieron prever ni vivir todo lo que nosotros vivimos en materia de técnica y de economía y, sobre todo, de experiencia social, moral y política.

Las formas y las fórmulas adecuadas para los artesanos del Jura, o para los *mujik* de Rusia o para los braceros del Beneventano no son adecuadas evidentemente para los obreros de la Fiat y de toda la gran industria moderna. Los mercados nacionales y mundiales requieren una coordinación y disciplina de los mercados locales muy distintas de las del siglo pasado. La radio, el aeroplano, la gran prensa, la velocísima circulación de las cosas y de las ideas hacen cada vez más débil y vacuo todo federalismo que sea sólo o eminentemente territorial; mientras tanto, el poder de los Estados totalitarios y de las armas modernas obligan a concebir de modo mucho más complejo los procesos revolucionarios y los hechos insurreccionales.

Al anarquismo tradicional, demasiado pegado a los esquemas y a las ejemplificaciones célebres de los maestros, le cuesta conectar con las nuevas realidades, y en vez de repensar *ex novo* los problemas de organización práctica, intenta actualizaciones e integraciones casi siempre inadecuadas o imposibles.

La fijación es, en la práctica y especialmente en tiempos de transformaciones técnicas tan rápidas, funesta. Lo único inmutable son los ideales y los motivos, ellos sí verdaderamente eternos y comunes porque no se refieren a la materia o a la organización social sino al hombre, a la libertad, a la dignidad, a la autonomía del hombre, que queremos salvar y exaltar bajo cualquier cielo y sistema productivo, como lo querían salvar y exaltar, en armonía con su tiempo, los profetas del anarquismo.

Pero es el momento de volver a los problemas de hoy, a los problemas de la lucha antifascista. Hoy las necesidades de la

acción imponen la *unidad* de los esfuerzos de todos los revolucionarios, de todos los socialistas que combaten contra el fascismo y el capitalismo por una solución decisiva para la crisis italiana: unidad que a nuestro parecer debe reunir a comunistas, socialistas, *Giustizia e Libertà*, anarquistas y a republicanos avanzados, en una plataforma que excluya por ahora todo problema de sucesión concreta y de poder. *Alianza Revolucionaria Italiana*, y no gobierno de Frente Popular.

Esto para hoy. Pero ¿y mañana? ¿Qué haréis vosotros mañana, anarcosocialistas? ¿Resignados a sufrir nuevas dictaduras y opresiones os limitaréis a hacer oír la eterna protesta anarquista? O por el contrario intentaréis intervenir resueltamente desde el principio para que las fuerzas activas de la revolución desemboquen en un movimiento que, asumiendo responsabilidades positivas, imposibilite las degeneraciones dictatoriales?

A nuestro parecer, el desarrollo probable de los partidos y movimientos en Italia se presenta más o menos así: si prevalece una solución de compromiso, sin que se haya manifestado ninguna iniciativa por parte de las fuerzas revolucionarias, veremos renacer del pantano todo el pasado y las formaciones del pasado, sin cambio alguno «en el pelo, en la cara, en el nombre». Nosotros, vosotros, y otros pocos como nosotros, reaccionaremos; pero será una lucha larga y dura, que nos reservará nuevas cárceles y persecuciones.

Por el contrario, si se produjera una crisis revolucionaria, por un masivo precipitarse de acontecimientos y una audaz iniciativa de minorías, las fuerzas revolucionarias se definirían y se organizarían sobre la base de afinidades sustanciales en relación con los grandes problemas de la reconstrucción.

No es difícil prever ya —a menos que se produzcan revisiones profundas y deseables por parte comunista— la posible futura línea de ruptura de las fuerzas revolucionarias. La ruptura se producirá presumiblemente en relación con las antítesis: *autoridad-libertad, dictadura-autonomías, socialismo o comunismo democrático federalista liberal.* ¡Ay si los autores de un socialismo liberal y libertario se dividen en diez grupos o subgrupos!, ¡ay, si no saben disciplinarse y organizarse

sólidamente! La experiencia rusa demuestra que en la fase inicial, inevitablemente caótica y crítica, de la revolución puede resultar fácil para una minoría armada adueñarse del Estado acallando a todas las demás corrientes, en particular si éstas son débiles o están divididas. Mientras nosotros estemos discutiendo dentro de qué límites se deba contener un poder central, otros harán de este poder central la máquina inexorable que nos aplastará a todos.

Éste es el problema, *vuestro* problema, anarcosocialistas: examinar si os conviene, para manteneros fieles al absoluto libertario, manteneros también mañana en secta aparte; o si, por el contrario, por el interés esencial de los ideales que defendéis, os conviene competir, dar vida en Italia al nuevo gran libre movimiento socialista italiano, compartiendo valerosamente desde el inicio la corresponsabilidad y los riesgos tanto en la base como en el centro.

Pero éste es un problema que podéis resolver vosotros solos.

Agradecemos a Berneri por la franqueza de su carta, y deseamos que ella sea un signo del inicio de su colaboración en *Giustizia e Libertà*.

LA RÉPLICA DE CAMILLO BERNERI*

Querido R.

Nuestro problema, esencial en relación con nuestro papel de comunistas libertarios en el seno de la revolución italiana, es el de escoger entre el integrismo tradicionalista y un posibilismo que, aunque manteniendo fija la vista en la estrella polar de la *Idea*, nos permita incidir fecundamente en la línea de ruptura de las fuerzas revolucionarias. La antítesis que me parece no presumible, como tú dices, sino inevitable será: *comunismo despótico centralizador o socialismo federalista liberal.*

---

* Publicada, con la apostilla de Carlo Rosselli, en *Giustizia e Libertà*, París, 27 de diciembre de 1935, con el título «Discusión sobre el federalismo y la autonomía». Traducción de Josep Torrell.

Desde 1919 en adelante, no me he cansado de agitar en el seno del movimiento anarquista el problema de conciliar el integrismo educativo y el posibilismo político, osando sostener polémicas y controversias con los más acreditados representantes del anarquismo italiano. Pero nunca me he encontrado ante un *cuerpo bíblico anarquista*, sino con la preponderancia de determinadas corrientes de ideas derivadas de este o aquel autor. En la ortodoxia anarquista nunca ha habido una verdadera escolástica, sino una oligarquía doctrinaria en la que los varios jefes de escuela se contradicen. La ortodoxia misma no es, en nuestro campo, más que la cristalización del revisionismo. Malatesta, por ejemplo, siempre se diferenció de Kropotkin en muchísimas cuestiones prácticas y en muchísimos planteamientos teóricos. Y Fabbri me decía un día: «Es necesario que nosotros, los viejos, muramos para que el anarquismo pueda renovarse». El anarquismo es más que nunca un hervidero de impulsos renovadores, y la propaganda general, tradicionalista, prevalentemente doctrinaria está siendo sustituida en todas partes por un problemismo... salveminiano, precursor y nuncio de programas adaptados a esta o aquella situación revolucionaria. A enlentecer este proceso evolutivo ha contribuido fuertemente el hecho que el movimiento anarquista haya sido gravemente golpeado por la caída del liberalismo allí donde contaba con mayores fuerzas numéricas y culturales, como en Argentina, en Brasil, en España, en Italia, etc. La represión reaccionaria ha fusilado a Landauer y ahorcado a Mühsam en Alemania, ha ahorcado a Josugi en Japón, ha fusilado o deportado a todos los exponentes del anarquismo ruso, ha destruido las editoriales y las revistas en casi todos los países del mundo, ha hecho la vida difícil a casi todos los propagandistas y a casi todos los estudiosos que están con nosotros. Los anarquistas no han podido disfrutar de los largos períodos de calma que han conocido los partidos socialistas legalistas. En todas partes del mundo han tenido que construir sobre las arenas movedizas de una situación permanentemente negativa para los desarrollos culturales metódicos. Añádase que casi todos los intelectuales del anarquismo

han sido y son militantes revolucionarios, calidad que conlleva, además de períodos de forzosa inactividad cultural, el desperdicio de tiempo y energías.

Puesto que tú y los demás dirigentes de *Giustizia e Libertà* sois personas cultas, me parece que la discusión puede plantearse no sobre los residuos tradicionalistas del anarquismo sino sobre lo que de vivo, es decir, de actual y racional, veis vosotros en el anarquismo contemporáneo.

Nosotros y vosotros tenemos enfrente el problema de cómo imprimir a la revolución italiana una dirección autonomista en política y socialista-librecambista en economía.

Por el momento, me limito a la primera cuestión, para pediros que formuléis de modo claro el sentido del artículo 13 del esquema programático de *Giustizia e Libertà*: «república democrática organizada sobre la base de la mayor autonomía local y de las instituciones autónomas de las clases trabajadoras». No te oculto que desde que el sovietismo leninista se transformó en el Estado soviético que negó completamente al primero, atribuyo a los programas un valor muy relativo. Los movimientos políticos navegan por la fuerza de los vientos y el apriorismo racionalista de los programas está casi siempre destinado a disolverse en contacto con lo irracional, es decir, la historia en acto. El izquierdismo del programa fascista de 1919 engañó a muchos, pero no era deliberadamente engañoso. *Giustizia e Libertà*, que actualmente está cerca del anarquismo en muchas de sus fórmulas y en muchas de sus actitudes, mañana puede alejarse de él en una situación comprometida, a pesar de sus dirigentes y de una parte de sus cuadros. No os atribuyo «tenebrosas maniobras», pero no considero vuestro movimiento lo bastante homogéneo en su formación ni su programa lo suficiente elaborado como para renunciar a reservas actuales y a preocupaciones sobre el porvenir. No estoy convencido, por ejemplo, de que seáis federalistas y tiendo a consideraros autonomistas unitarios con coloración federalista legalista.

El *autonomismo unitario* abarca todos los sistemas de descentralización aptos para aligerar al Estado en el campo de sus actividades administrativas, pero aptos también para garantizar

al gobierno central el predominio político. Este autonomismo fue esencialmente *liberal-democrático* (Minghelli, Ricasoli, Farini, Depretis, Crispi, Di Rudinì, Zanardelli, Sonnino, Bertolini, Lucchini, Jacini, F. S. Nitti, Amendola, etc.), *católico* (Sturzo, y el Partido Popular Italiano), *republicano* (Mazzini, Mario, Ghisleri, etcétera), *socialista* (el partido socialista en su conjunto).

El *federalismo,* sin tener en cuenta su versión neoguelfa, ya superada, es *autonomista-legalista* y *autonomista-libertario.* El federalismo legalista es esencialmente republicano (Ferrari, Cattaneo, Rosa, Bovio, Zuccarini y *La critica politica,* etc.) y no es, en sustancia, más que una integrista concepción democrática del Estado. En el campo socialista fue totalmente singular la propaganda federalista de Salvemini. El federalismo libertario (Pisacane, Bakunin, Cafiero, Malatesta, Fabbri, etc.) se fraccionó en tres corrientes principales: la relacionada con el comunalismo kropotkiniano, la sindicalista y la sovietista. Actualmente, las dos corrientes principales son: la comunista-sindicalista-sovietista y otra difícilmente clasificable, pero que *grosso modo* se podría definir como anarquista intransigente. *Giustizia e Libertà* me parece situado entre el autonomismo unitario del liberalismo democrático, el federalismo republicano y el federalismo libertario.

El autonomismo unitario tiene probabilidades de prevalecer en estos casos: triunfo de una restauración liberal-democrático-católica; triunfo del partido comunista; triunfo de la socialdemocracia; triunfo del partido republicano. El federalismo legalista tiene probabilidades de prevalecer en el caso de una revolución social en la que no haya posibilidad de hegemonía totalitaria para los partidos autoritarios y en la que el anarquismo pueda constituir un poderoso disolvente de las formaciones dictatoriales y centralizadoras.

Giustizia e Libertà, teóricamente equidistante del autonomismo unitario y del federalismo libertario, me parece destinado a ser *girondino* (federalista) frente al unitarismo jacobino cuando éste se haya apoderado o esté por adueñarse del Estado, o *jacobino* (autonomista unitario) si la revolución le lleva al gobierno. En el primer caso nos encontraremos; en el segundo caso, nos encontraremos igualmente, pero como

adversarios. *Giustizia e Libertà* no será girondino o jacobino por vulgar camaleonismo, sino porque las diferentes situaciones políticas condicionarán su actitud. Sólo una apriorística voluntad de abstención de las funciones gubernamentales y una arraigada concepción de la revolución permanente podrían excluir la previsión de un oportunismo de *Giustizia e Libertà* en el curso de la revolución italiana.

Giustizia e Libertà, en el caso que vea la utilidad de combatir en nombre del federalismo, encontrará un acérrimo enemigo en el partido comunista, cuyo federalismo es sólo una máscara del autonomismo unitario. Que en un congreso de 1933 este partido haya hablado de república del norte, de república del sur, de república sarda, no es en realidad una garantía para quienes saben a qué se reduce el federalismo en la URSS: federación coactiva de cincuenta repúblicas en las que rige el despotismo bolchevique, con el comité central ejecutivo de Stalin a la cabeza del zarismo moscovita.

Qué es el federalismo libertario no me resulta posible exponerlo aquí, después de haber ocupado ya tanto espacio, pero señalo el hecho que en estos últimos tiempos han aparecido algunos libros (en Argentina, en Francia y en otros lugares), en los que se exponen algunos sistemas libertarios en los cuales los municipios, los sindicatos, los consejos, los comités, en la base, y las asambleas (regionales y nacionales) y las direcciones generales en el vértice, sustituyen, al menos en la teoría, al Estado, delineando un sistema político en el que el gobierno de las personas se sustituye por la administración de las cosas. Este sistema es, para Proudhon, la Anarquía. Y lo es también para todos los socialistas libertarios.

Debo confesar que la opinión que me he formado del federalismo de *Giustizia e Libertà* está escasamente documentada y que me hallo bajo la impresión, muy desfavorable, de una entrevista de E. Lussu aparecida en 1929, de un artículo (de *Tirreno*) de los *Quaderni di Giustizia e Libertà* aparecido en 1933, así como del artículo 13 del esquema de programa de *Giustizia e Libertà*, tan vago que parece sibilino. Tal vez estudiando todo lo que habéis escrito sobre el tema, tendría una

predisposición diferente. Pero dudo que estuviese del todo satisfecho, porque también presumo de tener, acerca del federalismo, algunas ideas personales en lo que se refiere a Italia.

Pienso, querido C. R., que empezarás a arrepentirte de haberme solicitado continuar la discusión. Prever debería ser una virtud prominente en un dirigente. Es cierto que los ladrillos son parientes de las tejas y, como aquéllas, imprevisiblemente crueles para los paseantes, que hacen muy bien en caminar por medio de la calle, es decir, para salir de la metáfora, en *saltarse* las cartas demasiado largas.

Un saludo cordial.

LAS CONCLUSIONES DE CARLO ROSSELLI

Berneri confirma autorizadamente nuestra interpretación del anarquismo colectivista como *socialismo federalista liberal*, y reconoce la necesidad que los anarquistas tendrán de tomar posiciones mañana en una situación revolucionaria concreta para hacer triunfar las soluciones de libertad sobre las soluciones de dictadura.

Es un primer punto, pero es un punto decisivo. Los socialistas y los comunistas libertarios son numerosos en Italia; cuentan con grandes personalidades en sus grupos; y si mañana supieran aceptar las responsabilidades no sólo de la acción (lo harán con seguridad), sino también de la reconstrucción, podrían ejercer una notable influencia contribuyendo también a evitar las desviaciones de otros movimientos afines al suyo. Puesto que, ¿de dónde derivarían, o podrían derivar, aquellas desviaciones? De la circunstancia que, en la clase obrera y campesina, no hay por ahora fuerzas partidarias de una posición de intransigente defensa de los principios de autonomía y de libertad lo bastante sólidas para contener las tendencias dictatoriales centralizadoras. Mientras unos corren detrás del mito ruso, los otros contemplan la estrella polar de la Idea. Ahora bien, el mito ruso es terrestre; la estrella polar está en el cielo. Entre quienes trabajan con decisión en la tierra y quienes

protestan en nombre del cielo, ya se sabe a quien le corresponderá la victoria.

Por lo tanto, socialistas y comunistas libertarios, si queréis vencer mañana, o al menos no sucumbir, es preciso que os preparéis desde ahora mismo para oponer a las concretas soluciones dictatoriales una *concreta y practicable* solución socialista federalista liberal. Que, por supuesto, no atranque las puertas a progresos ulteriores.

Aceptado esto, Berneri tiene pleno derecho a exigir aclaraciones sobre nuestro federalismo y autonomismo. El artículo 13 del Esquema (provisional y en varios puntos importantes superado) no le satisface. Le hago observar que el artículo 13 sólo sirve para subrayar la línea que informa todo el Esquema y no puede, por lo tanto, ser considerado en sí mismo. Tampoco satisface a Berneri el importante artículo de *Tirreno* aparecido en este *Quaderno*. Pero aquí me parece que Berneri se equivoca. El artículo de *Tirreno* es de un decidido, intransigente federalista que enlaza con la izquierda federalista del Risorgimento. Contra aquel artículo se sublevó, en su momento, el *Stato Operaio*. En todo caso, la crítica que se le puede hacer a *Tirreno* es la de haber planteado el federalismo sobre una base demasiado exclusivamente político-territorial y con la mente demasiado vuelta exclusivamente al sur y a las islas. Pero eso es todo lo que se le puede reprochar. Remito a Berneri y aquellos que se interesen por el problema federalista a otros dos artículos aparecidos en el séptimo *Quaderno*, el primero de los cuales es decisivo para nuestro movimiento: «Aclaraciones a nuestro federalismo», de M. S., fruto de largos estudios y discusiones con los compañeros italianos, y «El Piamonte y el problema federal» de Magrini.

También son bastante importantes —en mi opinión, verdaderamente geniales—, por los nuevos horizontes que abren, los dos estudios de *Tec* (otro compañero italiano) sobre «Estados de ánimo de los trabajadores industriales» (*Quaderno* núm. 10) y «Civilización industrial» (*Quaderno* núm. 12). Cuando hablo de libertarismo del siglo XX también pienso en los artículos de *Tec*. Los cinco estudios antes citados —además

de la entera orientación de nuestro movimiento— parecen suficientes para situar, sin posibilidad de equívocos, nuestro movimiento. En cuanto a lo que sucederá mañana, querido Berneri, no es a nosotros, los recién llegados, sin responsabilidades por el pasado y, si no me equivoco, bastante coherentes y firmes hasta ahora, a quienes hay que hacer reproches por anticipado o intentar juicios de intenciones. Plejanov, teórico bolchevique, y Kropotkin, teórico anarquista, se pronunciaron en Rusia a favor de la guerra en 1914; lo mismo hizo el socialista Mussolini y los anarquistas y sindicalistas Rocca y Corridoni en Italia. ¿Federzoni no fue anarquista en su juventud? Es aconsejable, pues, que en las discusiones relativas al mañana nos pongamos en pie de igualdad, con el mismo coeficiente de mal y de bien, de desviaciones posibles y de fidelidades irreductibles. Los hombres pasan, las ideas y también los mo-vimientos permanecen.

No me queda ya mucho espacio para fijar algunas ideas en torno a nuestro socialismo federalista liberal.

Telegráficamente diría (uso el condicional, por ser personales algunas de estas ideas):

1) que para *Giustizia e Libertà* el federalismo político territorial es un aspecto y una aplicación del concepto más general de *autonomía* del que nuestro movimiento se reclama; es decir, de libertad positivamente afirmada para los individuos, grupos, en una concepción pluralista de la organización social;

2) que la región histórica, útil para fines políticos administrativos, puede ser mortífera para fines económicos y culturales, porque la región agrícola no coincide con la región histórica, la región industrial varía según las industrias y casi siempre supera las fronteras del propio Estado federal. Por ello también en materia de regiones: pluralismo y elasticidad;

3) que, en particular después del fascismo, en vez de revalorar la patria regional será preciso esforzarse en superar o ampliar la patria nacional en la que se asfixia, haciéndola coincidir con la noción de patria humana o humanidad, expresión de valores esenciales comunes a todos los hombres, con independencia de la sangre, la lengua, el territorio o la historia;

4) que los órganos vivos de la autonomía no son los órganos burocráticos, indirectos, en los que prevalece el elemento coactivo, sino los órganos de primer grado, directos, libres o con un alto grado de espontaneidad, en cuya vida el individuo participa directamente o está en condiciones de controlarlos. Por lo tanto, el *municipio*, órgano territorial que en Italia tiene sólidas raíces y funciones; *el consejo de fábrica y de hacienda agrícola*, órgano o uno de los órganos de los productores asociados; la *cooperativa*, órgano de los consumidores; *las cámaras del trabajo, los sindicatos*, órganos de protección y de cultura profesional; los *partidos*, los *grupos*, los *periódicos*, órganos de la vida política; la *escuela*, la *familia*, los *grupos deportivos*, los *centros culturales* y las innumerables otras formas de libre asociación, órganos de vida civil;

5) que sólo a partir de estas instituciones nuevas o renovadas, ligadas entre sí por una compleja serie de relaciones y cuya existencia deberá estar presidida por las más amplias libertades de asociación, de prensa, de reunión, de lengua, de cultura, se podrá construir un Estado federal orientado en el sentido de la libertad, es decir, una sociedad socialista federalista liberal;

6) que el concepto de autonomía debe valer no sólo para mañana, sino también para hoy; no sólo la reconstrucción sino la lucha debería realizarse según estos criterios; autonomía en la base, es decir, iniciativa de los grupos locales en Italia o en el exterior; y federación con el centro, es decir, Alianza Revolucionaria.

Sería oportuno que el diálogo a dos sobre estos problemas se transformara en discusión general.

El periódico está contento de abrir sus columnas a quienes tengan algo que decir sobre este tema, sin importar la corriente a la que pertenezcan.

Post Scriptum. Berneri se hace eco de la fórmula clásica, no sólo de Proudhon sino de Marx, según la cual en el régimen socialista «el gobierno de las personas se sustituye por la administración de las cosas».

La fórmula tiene un profundo significado contra el autoritarismo y la opresión del Estado de clase. Pero es dudoso que sea conveniente repetirla tal cual después de la experiencia rusa.

La tesis del gobierno como administración de las cosas implica la concepción de la administración como pura técnica. Es el proyectismo, el tecnicismo descabellado, es la vía abierta a todas las dictaduras en nombre de la máxima producción. El argumento principal de todos los dictadores, Mussolini en primera fila, siempre ha sido el de desplazar la política en las grandes cuestiones de organización y de producción social.

Contrariamente, la tesis es que en un régimen socialista también en la administración de las cosas habrá que tener en cuenta cada vez con mayor amplitud al hombre, hoy envilecido en el puesto de trabajo al rango de cosa. No se trata de echar a la política, categoría insuprimible, sino de sustituir una política injusta e inhumana por una política más justa y más humana.

HUMANISMO Y ANARQUISMO*

El movimiento *Giustiziza e Libertà* ha puesto en circulación una palabra que no es nueva ni insólita entre los cultos, pero que ha suscitado sonrisas de desprecio y sugerido ironías fáciles entre los jefecillos de la emigración antifascista. Esta palabra, *Humanismo,* se entiende en un sentido más amplio que el significado que se le atribuye generalmente de regreso filosófico y literario a la Antigüedad. Humanismo es una palabra que resume el espíritu del Renacimiento y significa, además y sobre todo, el culto al hombre entendido como base de toda concepción estética, ética y sociológica. El humanismo se define, sustancialmente, por la célebre fórmula de Terencio: *Homo sum, humani nihil a me alienum puto,* es decir, «soy hombre, y pienso que nada humano me es ajeno». Sólo será humanista quien vea en cada hombre *el hombre.* El industrial codicioso que en el obrero sólo ve un obrero, el economista

* Publicado en *L'Adunata dei refrattari,* Nueva York, 22 y 29 de agosto de 1936. Traducción de Josep Torrell.

que en el productor sólo ve al productor, el político que en el ciudadano sólo ve al elector, son tipos humanos que están lejos de una concepción humanista de la vida social. Igualmente lejos de esta concepción están los revolucionarios que en el plano de clase reproducen las generalizaciones arbitrarias que en el campo nacionalista se denominan xenofobia.

El revolucionario humanista es consciente de la función evolutiva del proletariado, está con el proletariado porque es una clase oprimida, explotada y envilecida, pero no cae en la ingenuidad *populista* de atribuir al proletariado todas las virtudes y a la burguesía todos los vicios, e incluye a la misma burguesía en su sueño de emancipación humana. Piotr Kropotkin decía: «Trabajando para abolir la división entre amos y esclavos, trabajamos en favor de la felicidad de unos y otros, de la felicidad de la humanidad». La emancipación social arranca al niño pobre de la calle y arranca al niño acomodado de su vida de florecilla silvestre, arranca al joven proletario del embrutecimiento de un trabajo excesivo y arranca al señorito de la molicie ociosa y del aburrimiento corruptor, arranca a la mujer del pueblo del envejecimiento precoz y de la fecundidad conejuna y arranca a la dama de las fantasías obsesivas que tienen su vivero en el ocio y desembocan en el adulterio o en el suicidio. Cada clase tiene su propia patología porque cada ambiente social tiene sus propios gérmenes corruptores. Víctima de la falta de atenciones maternas es el paria precozmente caído en la delincuencia, y víctima del hipócrita servilismo y de las comodidades excesivas es el hijo de papá que cree que todo le está permitido: desde la seducción de la modista hasta el cheque falso. El ladronzuelo y el empresario en bancarrota, la prostituta y la señora estrangulada por el *danseur mondain* son sólo aspectos de un único mal, son sólo varias disonancias de una única falta de armonía social. ¡Que la multitud proletaria grite «¡a muerte!» contra el burgués homicida, y que lo apruebe y la incite *L'Humanité!* Pero ¡nosotros no! Nosotros no, nunca. Deterministas y humanistas defenderemos a la multitud de los huelguistas que quieren linchar al patrón, al esquirol, al gendarme; la defenderemos en nombre de los dolores que ha sufrido, de las humillaciones que ha padecido, de la

legitimidad de sus derechos conculcados, del significado moral que encierra esa cólera, de la advertencia social que ese episodio aprisiona; pero si ese mismo burgués mata, dominado por la obsesión de los celos, trastornado por un impulso de desprecio, no seremos nosotros quienes nos ensañaremos con él sólo porque ha nacido y crecido en un palacio en vez de en una casucha. Explicaremos cuán corruptora es la vida burguesa, denunciaremos el peso deformante de los prejuicios propios de la burguesía, procesaremos, en definitiva, a la burguesía y no al burgués individual. La filosofía de la página de sucesos, en la que excelen los periodistas de los periódicos democráticos, está insuficientemente desarrollada en la prensa de vanguardia precisamente porque no se quiere salir de la estrechez de miras clasista que consiste en encarnizarse con el *burgués*, el *militar*, el *cura*, etcétera, olvidando al hombre. ¡Qué educativa sería una filosofía social de la página de sucesos!

He aquí a un cura arrestado por delitos sexuales. El anticlericalismo grosero se arroja sobre el cura. La casuística judicial y los libros sobre mitomanía impondrían la justicia de la cautela. ¿Es culpable? Pues claro que lo es, puesto que este escándalo es utilísimo para la laicidad de la escuela, para echar a las congregaciones religiosas, para el... libre pensamiento. Masones, socialistas, comunistas se arrojan contra el *infame*, contra el *clericucho sátiro*, contra el *cura cerdo*, como los antisemitas se arrojaron durante siglos contra los judíos acusados de rituales infanticidas: sin una prueba, sin un indicio serio, con el frenesí de querer golpear con fuerza al enemigo. Y los anarquistas generalmente corean. Por el contrario, nos correspondería, admitida la culpabilidad del cura, explicar sus causas: del celibato a la homosexualidad latente, cuando no manifiesta, del seminario. Y habría que ir más allá, logrando explicar el determinismo hormonal de la conducta sexual, determinismo hoy evidente para cualquiera que no sea un completo ignorante en biología.

La crónica de sucesos debería convertirse, iluminada por la *crítica social*, elaborada por el *determinismo* científico, en uno de los principales argumentos de la prensa de vanguardia.

He aquí un suceso: en una calle de Varsovia una muchacha se desmaya después de una hemorragia pulmonar. Un agente de policía la socorre, llama a un taxi y ordena al conductor que conduzca a la enferma al hospital. El conductor se niega, a causa de la sangre que mancharía su coche. La multitud que se congrega se solidariza con el conductor. El policía está desolado y exclamando «El mundo es demasiado malo» se pega un tiro en la cabeza. Llega otro policía. Al ponerle al corriente de lo que ha sucedido también él se pega un tiro en la cabeza.

Un policía es socialmente un perro guardián, pero puede ser un hombre mejor que un taxista, tal vez sindicado. Malatesta, perseguido por las policías de medio mundo durante casi toda su vida, no sólo lo sabía sino que lo decía y lo escribía. En un mitin público se volvió hacia los carabineros de servicio para decirles unas palabras humanas. Paolo Valera se lo reprochó. Malatesta respondió al ataque, en *Volontà* de Ancona, y escribió entre otras cosas: «En todo hombre hay siempre algo humano que en circunstancias favorables puede ser evocado útilmente para vencer los instintos y la educación brutales. Todo hombre, por degradado que esté, incluso un feroz asesino o un vil instrumento de la policía, tiene siempre alguien al que ama, algo que le conmueve. Todo hombre tiene su cuerda sensible: el problema es descubrirla y hacerla vibrar».

En un artículo en *Umanità Nova* (14 de marzo de 1922), sin dejar de afirmar que la obra general de los carabineros no es menos dañina que la de los delincuentes, Malatesta escribía: «Los carabineros y los guardias reales son, las más de las veces, unos pobres desgraciados víctimas de las circunstancias, más dignos de piedad que de odio y de desprecio, y es probable que personalmente sean mejores los peores de los fascistas».

Algunos compañeros que no conocieron personalmente a Malatesta, o que incluso habiéndole tratado no captaron su personalidad moral, creen que hacía ciertas distinciones por oportunidad política. Esto es un desconocimiento del humanismo malatestiano. Hombre que odiaba el orden estatal burgués, revolucionario no sólo de pensamiento sino también de acción, Malatesta no habría dudado en hacer saltar, de haberlo considerado

necesario y haber podido hacerlo, todos los cuarteles de carabineros y todas las comisarías de Italia. Pero sabía que entre los carabineros y entre los guardias reales había pobres diablos empujados por la necesidad, carentes de educación política, pero no peores de ánimo que la media de los hombres. En el tribunal de Milán, después de la lectura de la sentencia que le absolvía, Malatesta se retiraba entre los carabineros, cuando uno de ellos se le acercó conmovido y diciéndole: «¿Me permite que le abrace?», le echó los brazos al cuello. ¿Qué hombre rechazaría semejante gesto viendo tan sólo el uniforme y la función y no el corazón turbado y abierto, aunque sólo fuera por un momento, a un ideal de libertad y de justicia?

Malatesta fue siempre profundamente humano, incluso para con los policías que le vigilaban. Una noche fría y lluviosa, en Ancona, sabía que un agente estaba en la puerta, empapándose y con los dientes castañeteando para cumplir con su deber. Acostarse complacido de saber que el sabueso lo estaba pasando mal habría sido natural, pero no para Malatesta, que salió a la puerta e invitó al agente para que entrara, se calentara un poco y bebiera un poco de café.

Pasaron los años, muchos años. Una mañana, en la plaza de la Signoria, en Florencia, Malatesta recibió un «buenos días, señor Enrico» por parte de un viejo guardia municipal. Dotado de una memoria férrea tanto para las fisonomías como para los nombres, Malatesta quedó estupefacto al no reconocer a aquel tipo. Le preguntó quién era y el otro le respondió: «Han pasado tantos años. Se acuerda de aquella noche en que yo estaba ante su puerta...». Era aquel agente que conservaba en su corazón el recuerdo de aquella amabilidad como se conserva entre las páginas de un libro la flor cogida un día soleado por la alegría de vivir. Malatesta, al contar aquel encuentro, tenía una sonrisa de dulce complacencia, esa misma sonrisa con la que Gori rechazaba la insistente oferta de llevarle la maleta, cargada de planchas de proyección, por parte de los policías que, en el curso de sus *tournées* de conferencias, le esperaban en la estación.

El policía sinceramente amable es el lobo de Gubbio que ofrece la pata. Es el bello milagro de la Idea que niega la utilidad

y la dignidad de la función social del policía y del carabinero, pero que habla al hombre que hay en ellos. Una tarde dulce, aún dolido por las palizas que me dieron los gendarmes luxemburgueses, le explicaba a un joven gendarme qué quieren los anarquistas. Me escuchó con interés y, después de haber reflexionado, suspiró: «Es una buena idea. ¡Pero harán falta al menos cincuenta años para conseguirla!». Es preciso tener los ojos azules de un niño y una sonrisa dulcísima como la que él tenía para ver elevarse la blanca ciudad bajo un sol que resplandecerá tan rápido. ¡Cincuenta años! Y le parecían muchos, mientras que a ciertos anarquistas los milenios les parecen un cálculo optimista. Yo le estuve agradecido de haber compensado la brutalidad de aquellos colegas suyos que se habían ensañado conmigo, esposado, y que con aquella fragante paz de los campos y bajo aquella violácea ternura del cielo, pudiese creer más que nunca en el hombre y, al creer en el hombre, creer también en la Anarquía, cuya posibilidad histórica deriva de encontrarnos entre hombres que, sin tener nuestras teorías en su cabeza, están próximos a nosotros con el corazón y son desde hoy ciudadanos posibles de la ciudad del mañana.

Exiliada en Londres, a Louise Michel le gustaba ver la benévola obra de persuasión de un *policeman* que intentaba hacer volver a su casa a un borracho, como le gustaba sentirse en familia en los ambientes aristocráticos ingleses, en los que tenía «la impresión de la honradez humana persistente no obstante los malditos estorbos», como le gustaba, en el museo Tussaud, detenerse ante la efigie en cera de la reina Victoria por la serena bondad que emanaba de ella. Cuando Kropotkin, en sus maravillosas memorias, habla de la familia imperial, lo hace como un hombre que ha conocido la influencia de la educación principesca y la vida en la corte y sabe que aquella influencia es tan determinante como la de la choza o la hostería. Afable y pródigo hacia los mendigos londinenses, Kropotkin es indulgente con los príncipes porque su inteligente bondad comprende a unos y otros, piadosa con el paria y justa con el poderoso, víctimas en el espíritu. ¿Quién habría sospechado al republicano y al ateo en el archiduque

Rodolfo de Ausburgo? ¿Podía Liccheni imaginar que la emperatriz Elisabeth profetizaba la caída de todos los tronos y no era más que una madame Bovary que amaba a Heine, ayudaba a escondidas a Wagner y estaba sofocada en la corte por el peso de la etiqueta que le impedía incluso abrir ella sola una ventana, pasear en el parque de Lainz, acariciar a los niños de los pueblerinos y campesinos, dar una vuelta por las calles de Viena, ir de compras como solía hacer en Múnich, moza y libre? Paria Luccheni, esclava la emperatriz, como iba a ser esclavo su hijo Rodolfo hasta que con el suicidio se liberara del peso de una vida protocolaria demasiado angosta para su amplio espíritu. Incluso los emperadores y el rey, que desde la cuna al trono y de éste a la tumba están rodeados de adulaciones y de genuflexiones, por lo tanto, conducidos a considerarse deidades, presentan, —salvo los locos, criminales y haraganes—, un lado apreciable y simpático. Francisco José, convulsivo, presuntuoso, violento, terco, árido y duro tenía muy desarrollado el sentido del deber, que para él consistía en ejercer en serio como emperador. Enfermo de pulmonía fue a la estación a esperar la llegada de un archiduque ruso porque era época en la que existía cierta tensión en las relaciones entre Viena y Petrogrado, y temía que su ausencia fuese mal interpretada. Viejo y enfermo, siguió hasta su muerte, a pesar del insomnio y las fiebres altísimas, levantándose a las cinco de la mañana para sentarse en su mesa de trabajo y permanecer ahí todo el día a pesar de los consejos y los ruegos de sus familiares. La tarde de su último día, su ayudante de campo, al ver que no lograba ya levantar la mano derecha y acercarla a la pluma, le obligó a acostarse. El vejestorio protestaba: «Tengo mucho que hacer, todavía he de trabajar». Y expiró en la noche.

En una sociedad bien organizada, en vez de ser un kaiser ahorcador habría sido un empleado modelo. En una sociedad como la que queremos nosotros, Maximiliano de Austria en vez de ir a conquistar México habría sido explorador, porque tenía la estofa del viajero poeta y no la del sojuzgador de los pueblos.

Nunca conseguiré ver a la humanidad en el casillero romántico-demagógico de la propaganda vulgarmente subversiva que

tiene en Italia una de sus más típicas expresiones en las caricaturas de Scalarini. Todos los oficiales escalarinescos eran unos petimetres con monóculo, con bigotes y hocico de hiena. Todos los burgueses escalarinescos eran porcinos con uñas tigrescas y sobrecargados de oros y diamantes. El demagogo de la caricatura ha cambiado de dueño, como casi todos los demagogos de la oratoria mitinera. Los Podrecca y los Notari de la pornografía anticlerical acabaron ejerciendo de meapilas; los que plantaban la bandera en el estercolero y la escupían acabaron como imperialistas; los que se comían vivos a los carabineros (de palabra, se entiende), acabaron como prefectos de policía. Y, sin embargo, aún hay en el púlpito subversivo algunos fanfarrones que intelectual y moralmente no valen más que los tránsfugas.

A mis diecisiete años, el general Morra di Lavriano, el del estado de sitio en Sicilia, me parecía una bestia feroz. Al hablar o escribir sobre él no habría vacilado en parangonarle a Gallifet, que fue en realidad un criminal. Ahora no podría hacerlo, porque me vendría a la mente un recuerdo: el de una lápida que él hizo poner en un pozo que fue la tumba de una pareja suicida. Se trataba de campesinos aún mozos, que se suicidaron por un amor contrariado. El general hizo tapiar el pozo, quiso que se plantaran sauces y un rosal y dictó la inscripción, que era una pequeña obra maestra de síntesis y de poesía. El general de los tribunales-cartuchera me sorprendía, como me habían sorprendido algunos famosos inquisidores capaces de besar al leproso, tiernos con los huérfanos, los prisioneros o el pueblo. ¡Cuánto puede sobre el hombre la superstición religiosa o política! ¡Y qué fácil es confundir la ferocidad y la fe absoluta y decidida, el hábito de la violencia y las circunstancias del momento con el corazón!

Si soy optimista es porque no creo en la bestia humana. Creo que en todas las almas, incluso en la más tenebrosa, hay un poco de calor escondido. Y creo también que en todos los círculos sociales hay algunas cualidades específicas, por lo que el progreso humano será el resultado de la fusión de las clases al igual que el universalismo será el resultado de la fusión de los pueblos y de las razas.

Geoffroy Saint-Hilaire decía: «¡Qué curioso! Cuando el señor Cuvier y yo paseábamos por la galería de los monos, él veía mil monos, pero yo sólo veía uno».

Cuando se ve *el* militar, *el* cura, *el* burgués, etc., no se ve al hombre, que es infinitamente variopinto en todas las categorías sociales, tan variopinto que constituye categorías que son humanas y no de clase o de círculo.

El anarquismo ha sido elaborado teóricamente por pensadores de origen social diferente. Bakunin, Kropotkin, Cafiero, Cherkesov, Tarrida, Del Marmol, fueron proscritos de la aristocracia, Malatesta, Fabbri, Galleani, Landauer, Mühsam fueron proscritos de la burguesía; otros teóricos, desde Proudhon a Rocker, surgieron del proletariado.

A pesar de esta variedad de orígenes sociales, el anarquismo se ha afianzado clara y constantemente en todos los países como corriente socialista y como movimiento proletario. Pero el humanismo se ha afianzado en el anarquismo como la preocupación individualista de garantizar el desarrollo de la personalidad y como inclusión, en el sueño de la emancipación social, de todas las clases, de todos los círculos, es decir, de toda la humanidad. Todos los hombres tienen necesidad de ser redimidos de los otros y de sí mismos. El proletariado ha sido, es y será más que nunca el autor histórico de esta emancipación universal. Pero lo será aún más si no se deja extraviar por la demagogia que le adora pero desconfía de él, que le llama Dios para tratarlo como una oveja, que le coloca en la cabeza coronas de cartón-piedra y le halaga pérfidamente para conservar o conquistar un dominio sobre él.

Dictadura del proletariado: fórmula tan equívoca como el *pueblo soberano*. La voz del proletariado no es *vox Dei* ni ladrido de perro, sino voz de hombres, multicorde y discordante como toda voz de la colectividad humana.

El genio popular no es ni un demiurgo ni un caos, sino un gran río que se desborda y aquí destruye y allá fertiliza, y tiende a regresar demasiado pronto a su antiguo cauce.

La revolución no es una oligarquía de estatuas solemnes en una plaza fangosa, sino la épica belleza de heroísmos colectivos,

mareas bajas de vileza colectiva, rebabas feroces de delitos de la multitud, construcciones de un orden nuevo en las que las elites tienen la escuadra y el compás y las multitudes aportan los materiales, los brazos y la experiencia artesana.

Ninguna dictadura ni del cerebro sobre los callos, ni de los callos sobre el cerebro, porque cada hombre tiene un cerebro y el pensamiento no está en los callos. El que golpea con el pico contra el privilegio es el hombre de la revolución. El que participa en la solución de los problemas de la producción y del intercambio con seguridad y destreza, con madurada experiencia y con honrado estado de ánimo, es el hombre de la revolución. El que expresa con claridad su pensamiento sin buscar aplausos y sin temer la cólera es el hombre de la revolución.

El enemigo del pueblo es el politicastro, el charlatán que exalta al proletariado para convertirse en su mosca cojonera, que exalta los callos ajenos para evitar los propios, que denuncia como contrarrevolucionario a todo aquel que no esté dispuesto a seguir la corriente popular en sus errores y en los desarrollos tácticos del jacobinismo.

Dictadura del proletariado es concepto y fórmula de imperialismo clasista, equívoca y absurda. El proletariado debe desaparecer, no gobernar. El proletariado es proletariado porque desde la cuna a la tumba está bajo el peso de la pertenencia a la clase más pobre, menos instruida, menos susceptible de emancipación individual, menos influyente en la vida política, más expuesta a la vejez y a la muerte precoz, etc. Redimido de estas injusticias sociales, el proletariado cesa de ser una clase en sí, porque todas las demás clases han sido despojadas de sus privilegios. ¿Qué queda al desaparecer las clases? Persisten las categorías humanas: inteligentes y estúpidos, cultos y semicultos, sanos y enfermos, honrados y deshonestos, buenos y malos, etcétera.

El problema social dejará de ser un problema de clase para convertirse en un problema humano. Entonces la libertad estará en marcha y la justicia se habrá concretado ya en sus principales categorías. La revolución social, clasista en su génesis, es humanista en sus procesos evolutivos. El que no entiende esta verdad es un idiota. El que la niega es un aspirante a dictador.

EL ESTADO Y LAS CLASES*

En 1921, Lenin definía el Estado soviético ruso como «un Estado obrero con una deformación burocrática, en un país formado por una mayoría de campesinos».

Esa definición hoy debe modificarse en la siguiente forma: «El Estado soviético es un Estado burocrático en el que se está desarrollando una burguesía media burocrática y una pequeña burguesía trabajadora, mientras sobrevive la clase media agraria».

Boris Suvarin, en su libro *Stalin* (París, 1935) traza el siguiente cuadro del aspecto social de la URSS:

> La sociedad llamada soviética, reposa, de un modo que le es propio, sobre la explotación del hombre por el hombre, del productor por parte del burócrata, técnico del poder político. La apropiación individual de la plusvalía será reemplazada por una apropiación colectiva a cargo del Estado, estafa hecha por el con-

* Publicado en *Guerra di classe*, Barcelona, núm. 2, 17 de octubre de 1936. Traducción tomada de la selección de Carlos M. Rama, op. cit.

> sumo parasitario del *funcionarismo*... La documentación oficial no deja duda alguna: sobre el trabajo de la clase sometida, obligada a un *sweating system* inexorable, la burocracia retira una parte indebida que corresponde más o menos al antiguo beneficio capitalista. Se ha formado, pues, alrededor del partido, una nueva categoría social interesada en el mantenimiento del orden constituido y en la perpetuación del Estado, cuya extinción, junto a la desaparición de las clases sociales, predicaba Lenin. Si el bolchevismo no tiene la propiedad jurídica de los instrumentos de producción y de los medios de cambio, se detiene la maquina estatal que le permite la expoliación mediante varios procedimientos. La posibilidad de imponer los precios de venta, mucho más altos que los precios de costo, encierra por sí solo el verdadero secreto de la explotación técnico-burocrática, caracterizada, por otra parte, por la opresión administrativa y militar.

El *bonapartismo* no es otra cosa que el reflejo político de la tendencia de esta nueva burguesía, a conservar y a acrecentar su propia situación económica-social. En la llamada del bolchevique-leninista Tamboy, dirigida al proletariado mundial en 1935, puede leerse lo siguiente:

> La tarea de la burocracia del partido consiste solamente en aislar y torturar a los opositores mientras que éstos no se hayan destruido públicamente, es decir, hasta tanto no se hayan convertido en desgraciados apolíticos. Los burócratas, en efecto, no desean que seas un auténtico comunista. No tienen necesidad de esto. Para ellos es nocivo y mortalmente peligroso. No quieren comunistas independientes, quieren miserables siervos, egoístas y ciudadanos de ultima categoría...
>
> ¿Sería entonces posible que, bajo un verdadero poder proletario, la lucha o una simple protesta contra la burocracia, contra los ladrones y los bandidos que se apoderan impunemente de los bienes soviéticos, y que son los causantes de la pérdida, por el frío y el hambre, de centenas de miles de hombres, sea considerada como un delito contrarrevolucionario?

La formidable tragedia de la lucha entre la oposición «revolucionaria» y la «ortodoxia conservadora», es un fenómeno completamente natural en el cuadro del socialismo de Estado. La oposición leninista tiene razón en señalar al proletariado mundial,

las deformaciones, las desviaciones y la degeneración del stalinismo; pero si el diagnóstico de la oposición casi siempre es preciso, la etiología, en cambio, frecuentemente es insuficiente.

El stalinismo no es otra cosa que el resultado de la puesta en practica del leninismo en el problema político de la revolución social. Lanzarse contra los efectos sin remontarse a la causa, al pecado original del bolchevismo (dictadura burocrática en función de la dictadura del partido), significa simplificar arbitrariamente la cadena causal que de la dictadura de Lenin pasa a la dictadura de Stalin, sin mayor solución de continuidad.

La libertad interior de un partido que niega el libre juego de la mayoría (de la pluralidad) entre los partidos de vanguardia en el seno del sistema soviético sería hoy un espectáculo milagroso. La hegemonía obrera, el absolutismo bolchevique, el socialismo de Estado, el fetichismo industrialista: todos estos gérmenes corruptores sólo podían dar frutos envenenados tales como el absolutismo de una fracción y la hegemonía de una capa social. Trotski, en la actitud de San Jorge en lucha contra el dragón stalinista, no impide olvidar al Trotski de Kronstadt. La responsabilidad del actual *stalinismo* remonta a la formulación y a la práctica de la dictadura del partido bolchevique así como a la ilusión de la extinción del Estado como fruto de la desaparición de las clases a cargo del socialismo de Estado.

Cuando Trotski escribía, el 6 de septiembre de 1935: «El absurdo histórico de la burocracia autócrata en una sociedad sin clases no pudo sostenerse y no se sostendrá indefinidamente», decía una cosa absurda en lo que se refiere al «absurdo histórico». En la historia no hay absurdos. Una burocracia autocrática es una clase y por consiguiente no es absurdo que ella exista en una sociedad en la cual persisten las clases: la burocrática y la proletaria. Si la URSS fuese una «sociedad sin clases», sería también una sociedad sin autocracia burocrática y esa autocracia es la resultante de la subsistencia del Estado.

Es por su calidad de partido dominante de la máquina estatal que el partido bolchevique se ha convertido en un centro de atracción para los elementos pequeño-burgueses arribistas y para los obreros perezosos y oportunistas. La plaga burocrática

no se inició, en los hechos, con el stalinismo, pues es simultánea a la dictadura bolchevique.

Basta leer las noticias de 1918 y 1919, publicadas en la prensa bolchevique. El *Wecemia Izvestia* del 23 de agosto de 1918, hablando de la desorganización del servicio postal, constata que a pesar de la disminución en un 60 por ciento de la correspondencia, el número de empleados, comparado al período anterior a la revolución, había aumentado un ciento por ciento.

Pravda del 11 de febrero de 1919 señala la continua creación de nuevas oficinas, de nuevas instituciones burocráticas, para las cuales se han nombrado y estipendiado los empleados antes que las nuevas organizaciones comenzaran a funcionar. «Si todos estos nuevos empleados —dice *Pravda* del 22 de febrero de 1919— invaden y ocupan palacios enteros, por su número efectivo les serían suficientes algunas pocas estancias.»

El trabajo se hace lento y obstruccionista, incluso en las oficinas con funciones industriales. «Un encargado del Comisariado de Lipetzk —cuenta *Izvestia* del 29 de noviembre de 1918— para comprar nueve "pud" de clavos al precio de 417 rublos ha debido expedir veinte escritos, obtener cinco órdenes y 13 firmas, para lograr las cuales ha debido hacer antecámaras de dos días, pues los funcionarios que debían firmar eran inencontrables.» *Pravda* (núm. 781) denunciaba «la invasión en nuestro partido de elementos pequeño-burgueses» que hacían expropiaciones «para uso personal.» En el número del 2 de marzo de 1919 el mismo periódico constataba:

> Es necesario reconocer que en los últimos años algunos compañeros que no eran miembros del PC en los primeros tiempos, han comenzado a recurrir a métodos de trabajo que son inadmisibles en nuestro partido. Admitir como sistema el uso de no considerarse atado a la opinión de las organizaciones locales, por cuanto tienen órdenes de actuar personalmente en base a un mandato bastante limitado, y ordenar a diestra y siniestra, por ejemplo. De allí se origina una tensión latente entre el centro y la periferia, imponiendo con su dictadura individual varias vejaciones.

Hablando de la provincia de Pensa, el comisario del Interior, decía:

> Los representantes locales del gobierno central se conducen, no como los representantes del proletariado, sino como verdaderos sátrapas. Una serie de hechos y de pruebas atestiguan que los únicos representantes del gobierno se presentan armados ante la gente más pobre, llevándola presa y con ella todo lo necesario, amenazando de muerte en el caso de protestas, castigan a golpes. Los objetos robados son revendidos y con estos dineros se organizan borracheras y orgías. (*Wecernia Izvestia*, 12 de febrero de 1919).

Otro bolchevique, Mescerikov, escribía:

> Cada uno de nosotros ve cada día infinitos casos de violencia, vejaciones, corrupciones, ocio, etc. Todos sabemos que en nuestras instituciones soviéticas han entrado en masa pícaros y holgazanes. Todos lamentamos su presencia en las filas del partido, pero no podemos hacer nada para limpiarnos de esta impureza.
>
> ... si una institución expulsa un pícaro, se encuentra, pronto otra que lo toma y le da un puesto de responsabilidad. En vez de ser castigado, termina por ser promovido. (*Pravda*, 5 de febrero de 1919).

En un discurso pronunciado en el octavo congreso del partido comunista ruso (11-12 de marzo de 1919) Lenin confesaba:

> Vemos por todas partes arribistas, aventureros, que se han introducido entre nosotros. Ellos se llaman comunistas, pero en realidad buscan engañarnos sobre sus verdaderas ideas. Eso sí, están pegados a nosotros, porque nosotros somos el poder y porque los elementos burocráticos mas honestos rehusan colaborar con nosotros a causa de sus ideas atrasadas, mientras ellos no tienen ni ideas ni honestidad: son exclusivamente de reclame.

El gobierno bolchevique se ha demostrado impotente frente a la burocracia, pletórica, parasitaria, prepotente y deshonesta.

De cinco millones de burócratas se ha saltado a diez millones. En 1925 eran cuatrocientos mil funcionarios en las cooperativas (*Pravda*, 20 de abril de 1926).

En 1927 la federación rusa de obreros de la alimentación tenía 4.287 empleados para sus 451.720 socios y el sindicato de metalúrgicos de Moscú alcanzaba a 700 funcionarios para 130.000 carnets sindicales (*Trud*, 12 de junio de 1928).

Esta plétora burocrática no responde a una intensa y eficaz actividad administrativa. «La dirección del aparato soviético, de la base al más alto grado, tiene un carácter papelero. El comité provincial manda habitualmente una o dos circulares al día sobre todas las cuestiones imaginables y estima haber así agotado sus obligaciones.»

> El numero de las circulares que dan las directivas recibidas en las células, oscila en ciertos lugares de 30 a 100 por mes. (*Pravda*, 7 de junio de 1925).

Un alto funcionario, Dzerginsky, escribía:

> Se solicitan de las empresas las mas diferentes informaciones, informes, datos estadísticos, formando en conjunto un torrente de cartas que obliga a mantener un excesivo personal y asfixia el trabajo más vital: se crea un mar de cartas en el que se enredan centenares de personas; la situación de la contabilidad y de la estadística es simplemente catastrófica: las empresas soportan con disgusto el fardo de proveer informaciones bajo docenas y centenas de formas diferentes. Se mide ahora la contabilidad al peso» (*Pravda*, 23 de junio de 1926).

Una oficina forestal reclama un cálculo de las perdices, de las liebres, osos, lobos, etc., vivientes en el sector del funcionario consultado, y esto en el plazo de una semana (*Krasnaia Gazeta*, 14 de mayo de 1926). La dirección provincial de la agricultura de Viatka prescribe al comité ejecutivo del cantón contar los gusanos de la tierra encontrados en el campo (*Pravda*, 1 de marzo de 1928).

El informe del Comisariado de Comercio contiene 27.000 solicitudes; un informe agrícola ucraniano contiene 20.000 (*Izvestia*, 11 de diciembre de 1927). Un comité ejecutivo local envía al soviet del pueblo un cuestionario con 348 preguntas, y esto durante la siega del grano (*Pravda*, 18 de abril de 1928).

El instituto de agronomía experimental publica una hoja de encuesta de seis metros de largo y totalmente llena de interrogaciones sobre tractores (*Diednota*, 1 de abril de 1929).

En el XV Congreso del Partido, Stalin citó el caso, entre otros muchos, de un mutilado que ha debido esperar siete años un aparato de prótesis. Un obrero que debe hacer una reclamación contra la administración de una empresa debe pasar por 24 formalidades burocráticas (*Trud*, 14 de enero de 1928). Una oficina procesa 210 contratos por operario admitido, y esto a pesar de que el personal es muy inestable (*Trud*, 5 de agosto de 1928). Un reloj importado en URSS pasa en la aduana a través de 142 formalidades (*Izvestia*, 9 de diciembre de 1928). Un inventor, llegado a Moscú para experimentar un descubrimiento, debe hacer un trámite para obtener una habitación. Después de un año y medio aún no la ha obtenido, pero ha reunido un conjunto de hojas burocráticas relativos a dicho tramite: 400 documentos (*Vetchernaia Moska*, junio de 1929).

Los funcionarios del partido están sobrecargados de tareas. Kamenev, antes de ser despedido, era miembro del Comité Central y del Bureau Político del Partido, presidente del Consejo del Trabajo y de la Defensa, presidente del Soviet de Moscú, vicepresidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, miembro de la presidencia colectiva del Consejo Económico Superior, miembro del Comité Central Ejecutivo de la Unión y del Comité Ejecutivo del Soviet de la República, director del Instituto Lenin, codirector de *Bolchevik*, revista oficial del Partido, y ciertamente la lista de sus tareas o cargos no está completa. Hasta los pequeños dirigentes están sobrecargados de tareas y de todo tipo de cargos. Un joven comunista declaraba ocupar él solo dieciseis cargos (*Pravda*, 2 de marzo de 1925).

Con una burocracia tan pletórica, con un mecanismo administrativo tan complicado, con un control tan mínimo y natural, se explica que el latrocinio sea una de las características de la vida burocrática de Rusia. Un alto funcionario sindical, Dogadov, refería al Consejo Central de los sindicatos en 1925, que casi la mitad (47 por 100) del presupuesto de la confederación sindical rusa (700 millones de rublos) lo devoraban los funcionarios

(*Pravda*, 9 de diciembre de 1926). En un año 5.323.000 rublos eran dilapidados en las cooperativas (*Torgovo-Promychlenaia Gazeta*, 23 de mayo de 1926). Toda la prensa bolchevique de los años siguientes está llena de noticias de las dilapidaciones burocráticas en las cooperativas. Tomsky, ahora presidente de la confederación de los sindicatos rusos decía en el VIII Congreso de la central sindical:

> Dónde se roba... Por todas partes: en los comités de fábricas, en las cajas de mutuo socorro, en los círculos, en las secciones regionales departamentales y distritales; por todas partes, en una palabra. Existe incluso una rúbrica con el título: «Desconocido», si es robado en alguna parte, pero no sabemos dónde. ¿Y quién roba? Para mayor vergüenza de nuestra entidad, debo decir que los presidentes son capitalistas. ¿Cómo se reparten los robos desde el punto de vista político? De manera desigual entre comunistas, y también entre personas de las cuales es «desconocida» su orientación política. Por lo que concierne a la juventud, la situación es angustiosa. El activo sindical no comprende, en ningún nivel, más del 9 por 100 de los jóvenes, pero en cuanto a ladrones llega al 12,2 por 100.

En noviembre de 1935 *Il Risveglio*, de Ginebra, publica la carta de un empleado de hotel en el cual entre otras cosas se lee:

> En 1925, en marzo, durante la feria internacional de Lyon, me encontraba en el Nouvel Hotel donde el propietario, fascista al ciento por ciento, había recibido con los honores correspondientes a la misión soviética. Ocuparon las mejores habitaciones, que el propietario hacía pagar a 120 francos al día por persona, precios que en aquella época eran exorbitantes, pero que los bolcheviques pagaban sin discutir. Y bien, he podido constatar que ellos tenían los mismísimos vicios de la nobleza rusa. A la cena, en la mesa, se embriagaban de coñac y en nombre de la dictadura del proletariado se hacían servir los mejores vinos de Burdeos.

El «decoro» conduce a las costumbres lujosas y viciosas, y esas costumbres conducen a la corrupción.

Pravda del 16 de octubre de 1935 denunciaba dos casos de corrupción burocrática dignas de ser señaladas: «La *Industria*

forestal, órgano del Comisariado del Pueblo para la Industria Forestal, había recibido dinero, en forma ilícita, del *trust* Ukrqiness, del Departamento de Combustibles, del Comisariado de Vías y Comunicaciones y de otras organizaciones económicas. La *Industria ligera*, órgano del Comisariado del mismo nombre, había recibido dinero, siempre ilícitamente, de la administración de la industria local de Kiev, del departamento algodonero del Comisariado de Agricultura, del *trust* del algodón y del *trust* del cuero y de la piel».

Los diarios rusos están llenos de noticias relativas a la corrupción de la burocracia, y de informaciones sobre «la depuración del partido». Efectivamente la depuración consiste en la eliminación de los elementos que «no están en la línea». He aquí algunos casos típicos, extraídos de *Bolchevistskaia Petchat* (números 13 y 14 de 1935). Ha sido revocado el redactor en jefe de *Kommunist* de Seratov, secretario de la sección local del partido comunista, no porque —según el periódico— seguía una «línea política equivocada», sino porque el jefe de personal Davidovov había dado pruebas de su «criminal negligencia», enrolando correctores y redactores de origen no proletario o sospechoso: Goverdovski; «cuyos padres habían sido expulsados de Moscú», la ciudadana Znamenskaia, «hija de un oficial blanco muerto en el curso de la guerra civil»; la ciudadana Gonciarenev, expulsada de Moscú como contrarrevolucionaria; el literato Lardi, «expulsado del partido por descomposición completa (sic), ex-noble, con una tía en Polonia»; el fotógrafo Kruscinski, expulsado del partido por haber estado en Letonia sin autorización y teniendo parientes en ese país; la ciudadana Rounguis, pariente de una mujer condenada por participar en una asociación de bandidos.

Los funcionarios un poco independientes y los cuales son más honestos y capaces, son eliminados sistemáticamente, mientras permanecen en sus puestos los oportunistas, casi todos venales e incapaces.

Incluso los cargos del partido se han convertido en sinecuras estables. La circulación de los elementos dirigentes es actualmente abolida. Mientras los estatutos del partido comunista ruso establecieron que cada año se cambiaban los dirigentes

del partido, de los sindicatos y de los soviets, cierto Kakhiiani fue durante ocho años seguidos secretario del comité central del partido comunista georgiano.

Todo este estado de cosas favorece la consolidación de la burocracia y de la tecnocracia como clase.

En su libro *Vers l'autre flamme (Hacia la otra llama)* aparecido en París en 1929, Panait Istrati exponía con cifras esta situación, describiendo las diversas proporciones en las cuales las distintas clases del pueblo ruso habían ahorrado y depositado sus ahorros en las cajas durante el año 1926: el 12 por 100 eran ahorros de obreros; el 3,6 por 100 campesinos, mientras los funcionarios y otras categorías no especificadas habían depositado el 56,7 por 100.

La nueva categoría de los jefes obreros y de los obreros especializados «stajanovistas» viene a sostener la nueva burguesía técnico-burocrática. Los obreros no especializados constituyen el verdadero proletariado industrial. En 1935 el salario medio de aquella categoría, si se consideran los precios de la alimentación en ese mismo año, era un salario de hambre, porque estaba entre 100 y 150 rublos mensuales. En Moscú, por ejemplo, un kilo de pan blanco costaba de 5 a 6 rublos, la carne costaba de 10 a 15 rublos el kilogramo, y un kilogramo de manteca de 28 a 30 rublos. Un billete de tranvía de 10 a 25 copecas (es decir, un cuarto de rublo), y un billete de metro 50 copecas (es decir, medio rublo).

Izvestia del 9 de mayo de 1935 anunciaba que un jefe de taller de los altos hornos de Krivoirog (Ucrania) había recibido por salario (mes de abril) 3.300 rublos. *L'Humanité*, cotidiano bolchevique de París, en su numero del 16 de diciembre de 1935 hablaba de un obrero que percibía 4.361 rublos en veinticuatro días y de un operario que había recibido 233 por un solo día de trabajo.

El 15 de diciembre de 1935 *L'Humanité* anunciaba que las cajas de ahorros de la URSS tenían una reserva de 4.256.000 rublos superior a la de 1 de diciembre de 1934. En 1936 (del 1 de enero al 11 de mayo) el total del ahorro ha aumentado 403 millones de rublos contra 261 millones por el período

correspondiente a 1935. Los señores Lewis y Abramson que han estado en Rusia por cuenta del BIT (Bureau Internationale du Travail) de Ginebra, han recientemente publicado un informe que confirma la acentuación de la diferenciación en los salarios industriales.

> En la industria metalúrgica —informan— la escala de salarios mas frecuentemente aplicada comprende ocho clases (o categorías). La tarifa del obrero menos calificado está representada por el coeficiente 1 y el de la clase siguiente por el coeficiente 1,15 y progresivamente 1,32, 1,52, 1,83, 2,17, 2,61 y finalmente 3,13.

Trabajo a destajo, escala de salarios, sistema de premios: todo esto está creando una pequeña-burguesía que sostiene la burguesía media técnico-burocrática y retarda la «tercera revolución», preconizada por la opinión revolucionaria, consolidando la dictadura de un clan.

Este fenómeno de reconstitución de las clases «mediante el Estado» ha sido previsto por nosotros, y denunciado claramente. La oposición leninista no consigue profundizar el examen etiológico del fenómeno y es porque no alcanza a revisar la posición leninista frente al problema del Estado y de la revolución.

CARTA ABIERTA A LA COMPAÑERA FEDERICA MONTSENY*

Querida compañera:

Tenía la intención de dirigirme a todos vosotros, compañeros ministros, pero ahora con la pluma en mano, espontáneamente, he resuelto dirigirme a ti sola y no quiero contrariar un impulso súbito, pues es una buena regla seguir en tal género de asuntos a los instintos.

Que no coincida siempre contigo no te maraville, ni te irrite, y además tú te has mostrado cordialmente olvidadiza de críticas que no siempre fueron de tu gusto, y que hubiera sido tan natural como humano considerar injustas y excesivas. Es una cualidad, y no pequeña a mis ojos y testimonia la naturaleza anarquista de tu espíritu. Esa certitud y temperamento compensa con eficacia, se entiende para mi amistad, las discrepancias ideológicas con algunos aspectos de tus artículos

---

* Publicado en *Guerra di classe*, Barcelona, núm. 12, 14 de abril de 1937. Traducción tomada de la selección de Carlos M. Rama, op. cit.

de estilo personalísimo y tus discursos de una elocuencia admirable.

No he conseguido aceptar, por ejemplo, tu identificación entre el anarquismo bakuninista y el republicanismo federalista de Francisco Pi y Margall, y no te perdono haber escrito que «en Rusia no fue Lenin el verdadero constructor de la Rusia, sino más bien Stalin el espíritu realizador», etcétera. He aplaudido la respuesta de Volin publicada en *Terre Libre* sobre tu inexacta afirmación sobre el movimiento anarquista ruso.

Pero no es de todo esto de lo que quiero hoy hablarte. Sobre aquellas y otras muchas cosas nuestras, espero un día u otro tener ocasión de discutirlas personalmente contigo. Si me dirijo a ti en público es por asuntos infinitamente más graves, para reclamarte enormes responsabilidades de las cuales podrías no ser consciente dada tu modestia.

En discurso del 3 de enero tú decías: «Los anarquistas han entrado en el gobierno para impedir que la revolución se desviase y para continuarla más allá de la guerra, y también para oponerse a toda eventual tentativa dictatorial, sea cual sea».

Y bien, compañera, en abril, después de tres meses de experiencia colaboracionista, estamos en una situación en la cual suceden graves hechos y se anuncian otros peores.

Allí donde —como en Vasconia, Levante y Castilla— el movimiento nuestro es impotente en *fuerzas de base*, es decir que no tiene creados sindicatos vastos y una preponderante adhesión de las masas, la contrarrevolución oprime y amenaza aplastarlo todo. El gobierno está en Valencia, y de allí es de donde partieron guardias de asalto destinados a desarmar los núcleos revolucionarios de defensa. Se recuerda a Casas Viejas, pensando en Vilanesa. Son de la guardia civil y de la guardia de asalto los que conservan las armas, y es aquí en la retaguardia donde deben *controlar* los «incontrolables» que osan desarmar de algunos fusiles y revólveres a los núcleos revolucionarios. Entre tanto el frente interno no es eliminado. Esto se produce en una guerra civil en la cual todas las sorpresas son posibles, y en una región en la cual el frente está bien próximo, es muy irregular en su trazado y no es *matemáticamente seguro*. Esto, en tanto que aparece clara la dis-

tribución *política* de las armas, que tiende a armar sino en la medida de lo «estrictamente necesario». Estrictamente necesario, esperamos que se arme al frente de Aragón, escolta armada de las colectivizaciones agrarias y contrafuerte de Consejo de Aragón y de Cataluña, la Ucrania ibérica.

Tú estás en un gobierno que ha ofrecido a Francia e Inglaterra ventajas en Marruecos, mientras desde julio de 1936 sería necesario proclamar oficialmente la autonomía política marroquí. Lo que piensas, como anarquista, de este asunto innoble y además estúpido, yo lo imagino, pero entiendo que ha llegado la hora de hacer saber que tú, y contigo los otros anarquistas, no concordáis con la naturaleza y el tenor de tales propuestas.

El 24 de octubre de 1936 yo escribía en *Guerra di classe*:

> La base de operaciones del ejército fascista es Marruecos. Corresponde intensificar la propaganda a favor de la autonomía marroquí sobre todo el sector de influencia panislámica.
>
> Es necesario imponer al gobierno de Madrid declaraciones inequívocas de su voluntad de abandonar Marruecos, así como proteger la autonomía marroquí. Francia ve con preocupación la posibilidad de repercusiones insurreccionales en el África septentrional y en Siria, e Inglaterra ve reforzada la agitación autonómica egipcia y de los árabes de Palestina. Corresponde aprovechar tales preocupaciones con una política que amenace desencadenar la revuelta del mundo islámico.
>
> Para tal política es necesario invertir dinero y urge enviar emisarios agitadores y organizadores a todos los centros de la emigración árabe y en todas las zonas de la frontera del Marruecos francés. En los frentes de Aragón, del Centro, Asturias y Andalucía bastarán algunos marroquíes con funciones de propagandistas disponiendo de radio, impresos, etcétera

Es evidente que no se puede garantizar los intereses de los ingleses y franceses en el Marruecos y al mismo tiempo hacer obra insurreccional. Valencia continúa la política de Madrid. Es necesario que esto cambie. Es necesario, para cambiar, decir clara y fuertemente todo nuestro pensamiento, porque en Valencia actúan influencias tendentes a pactar con Franco.

Jean Zyromsky escribe en *Le Populaire* del 3 de marzo:

> Estas maniobras son visibles y tienden a la conclusión de una paz que, en realidad, significaría no solamente detener la revolución española sino incluso anular las conquistas sociales ya realizadas.
>
> *Ni Largo Caballero ni Franco*, tal sería la fórmula que expresaría sumariamente una concepción que existe, y yo no estoy seguro de que ella no tenga el beneplácito de ciertos medios políticos, diplomáticos e incluso gubernamentales en Inglaterra, y también en Francia.

Estas influencias, estas maniobras, explican varios puntos oscuros, como por ejemplo: la inactividad de la marina de guerra leal. La concentración de las fuerzas provenientes del Marruecos, la piratería del «Canarias» y del «Baleares»; la toma de Málaga, no son sino las consecuencias. ¡Y la guerra no ha terminado! Si Indalecio Prieto es incapaz e indolente, ¿por qué tolerarlo? Si Prieto está ligado a una política que paraliza la marina, ¿por qué no denunciar esa política?

Vosotros, ministros anarquistas, pronunciáis discursos elocuentes y escribís brillantes artículos, pero no es con discursos y artículos como se vence en la guerra y se defiende la revolución. En aquélla se vence y ésta se defiende permitiendo el pasaje de la defensiva a la ofensiva. La estrategia de posiciones no puede eternizarse. El problema no se resuelve lanzando consignas como: movilización general, armas al frente, comando único, ejército popular, etc. El problema se resuelve realizando inmediatamente lo que puede realizarse. Según *La Dèpeche* de Toulouse del 17 de enero: «La gran preocupación del Ministerio del Interior es restablecer la autoridad del Estado sobre la de los grupos y sobre los incontrolables de todas las tendencias».

Es evidente que, aunque se comprometieran durante meses a buscar el aniquilamiento de los «incontrolables», no se puede resolver el problema de eliminar la quinta columna. La eliminación del frente interno tiene por previa condición una actividad de investigación y de represión que no puede ser cumplida sino por revolucionarios experimentados. Una política interna de colaboracionismo entre las clases y de adulación hacia las clases medias conduce inevitablemente a la tolerancia hacia los elementos políticamente equívocos. La quinta columna está constituida no sólo por elementos pertenecien-

tes a formaciones fascistas, sino además por todos los descontentos que aspiran a una república moderada. Son estos últimos elementos los que se aprovechan de la tolerancia de los cazadores de «incontrolables».

La eliminación del frente interno tiene por condición previa una actividad amplia y radical de los comités de defensa constituidos por la CNT y la UGT.

Nosotros asistimos a la penetración en los cuadros dirigentes del ejército popular de elementos equívocos, no garantizados por ninguna organización política o sindical. Los comités y los delegados políticos de las milicias ejercían un control saludable. Hoy está debilitado por el predominio de sistemas centralizados de nombramientos y promociones que se convierten en estrictamente militares.

Es necesario reforzar la autoridad de estos comités y de estos delegados. Asistimos al hecho nuevo, y que puede tener consecuencias desastrosas, de que batallones enteros están comandados por oficiales que no disfrutan de la estima y del afecto de los milicianos. Este hecho es grave porque la mayoría de los combatiente españoles vale en la batalla en proporción a la confianza que tienen a su propio comandante. Es necesario por lo tanto restablecer la elegibilidad directa y el derecho de destitución desde la base.

Podría continuar sobre ese tema. Gravísimo error ha sido aceptar fórmulas autoritarias, no porque fueran tales, sino porque nos llevan a errores enormes y a fines políticos que nada tienen que ver con las necesidades de la guerra.

He tenido ocasión de hablar con altos oficiales italianos, franceses y belgas, y he constatado que ellos tienen, de la necesidad *real* de la disciplina, una concepción mucho más moderna y racional de la que ciertos neogenerales pretenden *realista*.

Creo que es hora de constituir el ejército confederal, como el Partido Comunista ha constituido su cuerpo propio: el Quinto Regimiento de las milicias populares. Creo que es hora de resolver el problema del *comando único*, realizando una efectiva *unidad de comando* que permita pasar a la ofensiva en el frente aragonés. Creo que ha llegado la hora de crear una seria industria de guerra. Y creo que es hora de terminar con ciertas curiosidades, tan

flagrantes como las del reposo dominical y la de ciertos «derechos obreros» saboteadores de la defensa de la revolución. Es necesario, ante todo, mantener elevado el espíritu de los combatientes. Luigi Bertoni, haciéndose intérprete de los sentimientos expresados por varios compañeros italianos combatientes en el frente de Huesca, escribía no hace mucho:

> La guerra de España despojada de toda fe nueva, de toda idea de transformación social, de toda grandeza revolucionaria, de todo sentido universal, no es más que una vulgar guerra de independencia nacional, que es necesario afrontar para evitar el exterminio que la plutocracia mundial se propone. Queda la terrible cuestión de vida o muerte, pero no es más una guerra de afirmación de un nuevo régimen o de una nueva humanidad. Se diría que todo no está todavía perdido, pero en realidad está todo amenazado y comprometido y los nuestros tienen un lenguaje de renunciadores, el mismo que tenía el socialismo italiano ante el avance del fascismo: *¡Cuidado con las provocaciones!, ¡Calma y serenidad!, ¡Orden y disciplina!* Todas las cosas que prácticamente se resumen en: dejar hacer. Y como en Italia el fascismo terminó por triunfar, en España el antisocialismo, con vestiduras republicanas, no podrá menos que vencer a menos que acontecimientos que escapan a nuestras previsiones se produzcan. Es inútil agregar que nosotros constatamos, sin entrar a condenar a los nuestros, cuya conducta no sabemos decir cómo podría tener una alternativa diferente y eficaz mientras que la presión italo-alemana crece en el frente y la bolchevización en la retaguardia.

Yo no tengo la modestia de Luigi Bertoni. Tengo la presunción de afirmar que los anarquistas españoles podrían tener una línea política diferente de la que prevalece, y pretendo aconsejar algunas líneas generales de conducta, atento a las experiencias de las grandes revoluciones recientes y a lo que leo en la misma prensa libertaria española.

Creo que tú debes plantearte el problema de saber dónde defiendes mejor la Revolución, si aportas una mayor contribución a la lucha contra el fascismo participando en el gobierno, o si no serías infinitamente más útil llevando la llama de tu magnífica palabra entre los combatientes y en la retaguardia.

Ha llegado la hora de clarificar incluso la significación unitaria que puede tener vuestra participación en el gobierno. Es nece-

sario hablar con las masas, y llamarlas a juzgar si tenía razón Marcel Cachin, cuando declara (*L'Humanité*, 23 de marzo): «Los responsables anarquistas multiplican sus esfuerzos unitarios y sus llamadas son escuchadas en forma creciente», o si tienen razón *Pravda* e *Izvestia* cuando calumnian a los anarquistas españoles tratándolos de saboteadores de la unidad. Llamar también a las masas para juzgar la complicidad moral y política del silencio de la prensa anarquista española sobre los delitos dictatoriales de Stalin, de las persecuciones contra los anarquistas rusos, y en los monstruosos procesos contra la oposición leninista y trotskista, silencio recompensado y con mérito, por las difamaciones de *Izvestia* contra *Solidaridad Obrera* de Barcelona.

Llamar a las masas a juzgar si ciertas maniobras de sabotaje al aprovisionamiento no entran en el plan anunciado el 17 de diciembre de 1936 en *Pravda*:

> En cuanto a Cataluña se ha comenzado la limpieza de elementos trotskistas y anarcosindicalistas, obra que será llevada con la misma energía con la que ha sido llevada en la URSS.

Es hora de darse cuenta de si los anarquistas estamos en el gobierno para hacer de vestales a un fuego, casi extinguido, o bien si estamos para servir de gorro frigio a politicastros que flirtean con el enemigo, o con las fuerzas de la restauración de la «república de todas las clases». El problema se plantea con la evidencia de una crisis que sobrepasa a los actores representativos que hoy ocupan el escenario.

El dilema: guerra o revolución, no tiene ya sentido. El único dilema es éste: *o la victoria sobre Franco gracias a la guerra revolucionaria, o la derrota.*

El problema para ti y para los otros compañeros es el de escoger entre el Versalles de Thiers o el París de la Comuna, antes de que Thiers y Bismarok hagan la *unión sagrada.*

A ti te toca responder, porque tú eres «la luz escondida».

Fraternalmente.

Camillo Berneri

EN DEFENSA DEL POUM*

La prensa de la III Internacional, siguiendo las instrucciones del gobierno de la URSS, desencadenó y continúa desencadenando una violenta campaña contra el POUM, o sea contra el Partido Obrero Unificado Marxista de España.

La tendenciosidad y la violencia de tal campaña es inaudita.

El periodista bolchevique Michel Koltsov acusa, en bloque, de despreciables a los militantes del POUM y se complace en repetir que «los destacamentos del POUM de las brigadas internacionales fueron disueltos, y su comandante expulsado del frente de Madrid» (*L'Humanité*, París, 24-I-1937). El periódico italiano comunista «entrista» *Il Grido del Popolo* de París (14-III-1937) dice en una de sus correspondencias de Barcelona:

> ¿Y los trotskistas del POUM? En medio del entusiasmo, en este nuevo grandioso esfuerzo que el pueblo está cumpliendo,

---

* Publicado en *L'adunata dei refrattari*, Nueva York, 1 de mayo de 1937. Traducción tomada de la selección de Carlos M. Rama, op. cit.

estos agentes del fascismo organizaron durante varios días consecutivos el recorrido por la ciudad de un camión con una enorme inscripción: ¡Organizamos la lucha contra el fascismo en el frente y la lucha contra el reformismo en la retaguardia!

Estos contrarrevolucionarios llegan a tal vileza que se guardan bien de pelear en el frente contra el fascismo, pero en cambio, en la retaguardia están prontos para combatir el reformismo, combatiendo por lo tanto los esfuerzos del Frente Popular para poner en pie de guerra a la nación. ¡Pero el pueblo de España, haciendo justicia a estos bandidos, camina derecho a la victoria!

En España la prensa y los representantes del PSUC usan un lenguaje parecido. *Mundo Obrero,* órgano del Partido Comunista de España, afirmó en su numero del 29-I-1937:

Debemos luchar sin tregua contra los elementos trotskistas. Son los mejores colaboradores de Franco en nuestro país... El POUM es un puesto avanzado del enemigo en nuestro propio campo...

En todo movimiento revolucionario los más peligrosos son aquellos que se disimulan bajo el manto de la amistad, para luego asesinar por la espalda. En toda guerra los más peligrosos no son los enemigos que ocupan las trincheras del frente, sino los espías y los saboteadores. Y el POUM se encuentra entre éstos.

En su número del 27 de enero de 1937, *Ahora,* órgano de la Juventud Socialista Unificada, decía: «Liquidemos de una vez para siempre esta fracción de la quinta columna. El pueblo soviético, con su implacable justicia contra el grupo de los saboteadores y asesinos trotskistas, nos señala el camino».

Juan Comorera, influyente representante del PSUC y de la UGT en el gobierno de Cataluña, dijo en su discurso del 24 de enero de 1937: «Los que critican al Consejo de la Generalitat son agentes provocadores que actúan en los bajos fondos sociales». Y todavía agregó: «Muerte, no al fascismo que ya ha sido liquidado en el campo de batalla, sino a los agentes provocadores». En aquel mismo mitin, Uribe, diputado comunista, proclamó: «Para ganar la guerra es necesario extirpar el cáncer del trotskismo», y Carrillo, secretario general de la Juventud Socialista Unificada, afirmó: «La política de los trotskistas, al

decir que luchan por la revolución social, es la política de los invasores, es la política de los fascistas». Hasta la prensa de la UGT ha publicado disparates de este tipo: «Las estaciones de radio de Torino y de Boizano están perfectamente sincronizadas con *La Batalla*, y con las estaciones de radio del POUM». (*Claridad*, 26 de enero de 1937).

Las difamaciones publicadas contra el POUM son tan gigantescas que merecerían ser reunidas como documentos de la mala fe del Komintern y de sus sacerdotes centristas. Basta recordar, para citar un solo ejemplo entre tantos, que el periódico del partido comunista noruego *Ny Tid* (en sus números del 28 de enero y del 16 de febrero de 1937) llegó a insinuar que Maurín, fusilado por los fascistas, seguía vivo y saludable paseándose tranquilamente por las calles de Burgos. Que la campaña contra el POUM sea inspirada desde Moscú es una de las múltiples pruebas que tenemos a través de periodistas, oficiosos como Koltsov, que dirigió los ataques apoyado por la intervención consular del mismo tipo que aquélla del cónsul ruso en Barcelona, que denunció expresamente en una nota impresa a *La Batalla* de haberse «vendido al fascismo internacional».

Moscú, que ha impedido a la España antifascista albergar a Trotski, que ha opuesto su veto a la representación del POUM en la Junta de Defensa de Madrid y en el Consejo de la Generalitat de Cataluña. Moscú, que quiere un *gobierno fuerte* del cual somos excluidos («los que injurian a la URSS»). Las difamaciones y las amenazas fueron seguidas de los hechos más lamentables: en Madrid fue invadida y arrasada la sede de la juventud del POUM; los diarios del POUM fueron suspendidos y multados, y tanto en *Treball* como en *Mundo Obrero* han comenzado a solicitar la supresión del POUM. Obviamente, los únicos en beneficiarse de este estado de cosas son los fascistas. *La Batalla* fue suspendida durante cuatro días por el consejo de la Generalitat de Cataluña, y de inmediato Radio Burgos informa que las divergencias en el seno del Frente Popular son cada vez más graves y que el director de *La Batalla* ha sido arrestado por la publicación de violentos artículos contra el gobierno de Valencia. Y *Le Temps* del 18 de

marzo de 1937 dio a conocer los telegramas de Burgos y de Barcelona referentes a la suspensión del cotidiano poumista, encabezándolos con el título *Se agravan las divergencias políticas.*

¿Qué actitud tienen los anarquistas frente a esta lucha entre el PSUC y el POUM?

El semanario procomunista parisiense *Vendredi* del 26 de marzo de 1937 reconoció, a través de la pluma de Marc Bernard, que los anarquistas «sirven de elemento moderador entre los dos partidos que se afrontan con la mayor aspereza: el PSUC y el POUM... Llaman la atención acerca de que la totalidad de los esfuerzos deben encauzarse en la lucha contra el enemigo común y dirigen súplicas a uno y a otro partido para que sus discusiones tengan un tono cortés».

Y en realidad es así. Un manifiesto de las Juventudes Libertarias de Barcelona expresa:

> No estamos dispuestos a solidarizarnos con aquellos que por simples apetitos políticos pretenden hundir a algunos compañeros en un vergonzoso descrédito lanzando gigantescas ondas de calumnia y de infamia contra ellos, en conocimiento de la mentira. como sucede contra la Juventud Comunista Ibérica.
>
> Gritamos hoy con toda la fuerza de nuestros pulmones: ¡Basta!, ¡Basta! Es injusto que por malsanos apetitos se quiera eliminar una organización que combatió y continúa luchando junto con los demás. por el triunfo de la Revolución española.

En respuesta al ya citado discurso *pogromista* de Comorera, *Solidaridad Obrera,* órgano regional de la CNT, decía el 6 de febrero de 1937:

> Si el compañero Comorera no lo tomase a mal, le daríamos un consejo fraternal: que sea prudente, que controle su lengua, que demuestre poseer el sentido de responsabilidad que tanto recomienda a los demás, que abandone pueriles aspiraciones y trabaje noblemente en pro de la causa común sin provocar, con sus inoportunas intervenciones, tormentas de indignación. Que piense que la vieja política es intolerable, así como son desaconsejables sus procedimientos; que tenga presente que vivimos en

Cataluña, que estamos en el curso de la guerra, y que luchamos por la revolución.

Los que dicen que quienes *critican el consejo de la Generalitat son agentes provocadores que agitan los bajos fondos sociales* quiebran incluso la disciplina que es nuestro deber imponer.

El alcalde de Gerona, Expedito Durán, miembro de la CNT, en su discurso pronunciado durante la sesión municipal del 12 de febrero de 1937, dijo: «Es una insensatez que nadie cree —incluso quien la escribió— decir que el POUM sirve al fascismo. El POUM ha demostrado suficientemente ser un partido netamente antifascista y auténticamente revolucionario.»

Tanto la CNT como la prensa anarquista en general hicieron análogas declaraciones.

Un partido que ha tenido varios representantes (Maurín, Etchebehere, José Oliver, Germinal Vidal, Pedro Villarosa, Louis Blanes, etc.) caídos en la lucha, y que en proporción ocupa con sus cuadros y sus pérdidas el segundo lugar en la lucha contra el fascismo, no puede presentarse —salvo ocultando la verdad y violando la justicia— como una amalgama de bellacos y de «agentes de Franco-Hitler-Mussolini», como continúa presentándolo la prensa del Komintern, desde *Pradva* a *L'Humanité*, y de *Treball* a *Mundo Obrero*.

Un partido que incluso predomina en algunas localidades, especialmente en Cataluña, que tiene millares de hombres en varios frentes, no es una fuerza despreciable. Hablar de suprimir aquí aquel partido, como predican algunos del PSUC, es más que un delito contra la libertad, un acto de sabotaje contra la lucha antifascista.

¿Qué es el POUM?

Surgió en Cataluña en el mes de setiembre de 1935, como consecuencia de la fusión del Bloque Obrero y Campesino (BOC) con la Izquierda y los elementos revolucionarios que militaban en el cuadro de la CNT. Esta organización sindical de tendencia anárquica se adhirió en el año 1919, bajo la influencia de Pestaña, a la Internacional Comunista, pero en el Congreso de Zaragoza, en 1922, retomó su propia autonomía.

Un grupo de militantes de la CNT permaneció fiel, incluso criticando la táctica, a la Internacional Comunista, y se esforzó, con Maurín a la cabeza, en dar una orientación marxista al movimiento revolucionario catalán. El Partido Comunista de España, fundado en 1920 por Borodin, emisario de la Internacional, se limitó a amalgamar algunos núcleos de simpatizantes socialdemócratas con el bolchevismo. La Internacional Comunista impuso una política que provocó numerosas escisiones en el seno del partido . Un primer grupo se separó junto con Arquer, Miravitlles, Coll, Montserrat, Rodes y otros, y en 1930 la Federación Comunista Catalana en su totalidad, en desacuerdo con la directiva moscovita, fue excluida del partido.

De la fusión de aquella federación con el grupo de la oposición que se había separado anteriormente del partido surgió en marzo de 1931 el BOC, que se consolidó en Cataluña, pero tuvo también algunos contrafuertes en Asturias, Madrid, Levante y en el sur. El BOC por oposición al peligro fascista, preconizó la «Alianza Obrera». En septiembre de 1935, como consecuencia de la fusión del BOC y de la Izquierda Comunista surgió el POUM.

El 19 de julio de 1936 el POUM estuvo junto a la FAI y a la CNT durante la heroica resistencia al *putsch* militar-fascista y organizó en columnas ocho mil hombres que se situaron en varios frentes.

El POUM no puede definirse como un partido trotskista, puesto que no tiene vínculos directos ni predominantes con Trotski, que lo niega, ni con sus secuaces, que lo atacan. Existe una pequeña fracción que a *grosso modo* puede ser considerada trotskista, pero la mayoría de los trotskistas españoles estaban fuera del POUM.

Se dice que el POUM está contra la URSS. En realidad, sin embargo, exalta la revolución rusa de octubre de 1917, declara que acudiría en defensa del proletariado ruso si éste fuese agredido por un Estado burgués, y no cesa de elogiar la ayuda aportada por el pueblo ruso a la España antifascista; pero no quema incienso a Stalin ni se solidariza con el paneslavismo bolchevique y además niega al gobierno de la URSS el derecho de

imponer su propia política al pueblo español, a cambio de la ayuda que le presta.

También se dice, finalmente, que el POUM es contrario al Frente Popular. En realidad, este partido se opone a la tendencia que pretende disociar la guerra civil de la revolución social.

El programa de la Juventud Comunista Ibérica (POUM), que cuenta con una fuerza de diez mil adherentes, en febrero de 1937 es el siguiente:

> Abrogación de la Constitución burguesa del 14 de abril de 1931 y disolución del Parlamento: asambleas de delegados de los comités de gestión, de los campesinos y de las milicias para elegir el gobierno obrero revolucionario; derechos políticos para todos los jóvenes de dieciocho años, sin distinción de sexos; disolución de los organismos de justicia burguesa, y creación de una justicia obrera; lo mismo en lo referente a la policía: depuración de la burocracia.
>
> La JCI afirma que para ganar la guerra es necesario: la disolución de los cuadros del ejército burgués; la movilización general de la juventud; la dirección militar única; la depuración de la escuela de guerra y la preparación militar de la juventud; el desarrollo de una potente industria de guerra y la organización del trabajo voluntario y obligatorio para la guerra; el empleo de los fascistas detenidos en el trabajo de fortificaciones.
>
> La JCI no renuncia a la revolución proletaria, que en su concepto forma una unidad con la guerra civil, y que debe crear una nueva economía proletaria, caracterizada por la socialización de la gran industria, de la banca y de la tierra, del monopolio del comercio exterior y de la municipalización de los servicios públicos.

No todo este programa, que mencionamos en sus puntos más destacados, coincide con nuestras actuales reivindicaciones, o con nuestras aspiraciones, pero ninguno de nosotros puede tacharlo de contrarrevolucionario.

Si el POUM fuese una fuerza política predominante en España, seguramente nuestra crítica tendría materia sobre la cual incidir. Pero hoy el POUM constituye una considerable fuerza en la lucha antifascista, así como en las filas de la resistencia a la asfixia de la revolución, y por lo tanto nuestra divergencia teórica con respecto a ese partido es poca cosa frente

a las actuales y posibles convergencias en el terreno de la acción.

Muchos motivos de la crítica, muchas fórmulas de agitación del POUM, corresponden a la realidad, y son un potencial del desarrollo de la revolución social española.

Contra la opinión hegemónica y la oblicua maniobra del PSUC, debemos afirmar, enérgica e infatigablemente, la utilidad de la libre pluralidad política en el seno de los organismos sindicales y la absoluta necesidad de la unidad de acción antifascista. Es imprescindible evitar los tonos frailunos y la práctica franciscana. Es necesario decir bien alto que cualquiera que insulte y calumnie al POUM, y solicite su supresión, es un saboteador de la lucha antifascista que no va a ser tolerado.

Esta toma de posición nuestra, además de adecuarse a la necesidad de la gravedad de la hora, y de responder al espíritu del anarquismo constituye la mejor profilaxis contra la dictadura contrarrevolucionaria que cada vez más se perfila en el programa de restauración democrática del PSUC y en la disyuntiva entre revolución y guerra de algunos revolucionarios miopes y desorientados.

DISCURSO EN LA MUERTE DE ANTONIO GRAMSCI*

¡Trabajadores! ¡Compañeros!

Antonio Gramsci ha muerto, después de once años de cárcel, vigilado por la mirada de los agentes de la policía, en una clínica, y negado a su familia hasta en el espasmo de la agonía. Mussolini es un tirano de buen olfato para individualizar al enemigo más temible, y entre éstos lo que más teme es la inteligencia y la firmeza de carácter.

Mussolini golpea a la cabeza de la oposición lanzando la *Cheka* del Viminale contra Matteotti, hace linchar al escuadrista Amendola, hace la vida imposible a Gobetti, encarcela a Ricardo Bauer, Ernesto Rossi y a otros intelectuales de primer orden.

Mussolini quiso la muerte de Gramsci. No le bastó con saberlo confinado y tuberculoso. Lo hizo sepultar vivo en la

---

* Texto leído en la Radio CNT-FAI de Barcelona el 3 de mayo de 1937. Fue publicado en *L'Adunata dei Refratari*, Nueva York, 12 de junio de 1937. Traducción tomada de la selección de Carlos M. Rama, op. cit.

cárcel, donde lo retuvo aún sabiéndolo afectado por hemoptisis, prolongados desfallecimientos y fiebre altísima.

El profesor Arcangeli, que visitó a Gramsci en 1933, declaró en un informe escrito que «el detenido Gramsci no podrá sobrevivir mucho tiempo en condiciones semejantes. Se impone su transferencia a un hospital o a una clínica, a menos que sea posible acordarle la libertad provisional».

Mussolini, pensando que un adversario derribado es preferible a un adversario muerto en acción, habría querido acordar la libertad condicional, pero bajo una demanda de gracia. Pero Gramsci no era un Bombacci cualquiera, y rechazó la gracia, que de acuerdo a como él la definió, hubiese significado «una forma de suicidio».

El martirio, que ya duraba siete años, continuó. Y siguió aún muchos años más. Las condiciones del recluso se hicieron tan graves que se temió su muerte inminente. Un movimiento internacional reclamó su liberación. Cuando se ordenó la transferencia de Gramsci a la clínica, la concesión se hacía a un moribundo.

Gramsci era un intelectual en la total acepción de la palabra, tan frecuentemente usada en forma abusiva para indicar a cualquier persona que haya realizado algunos estudios. Lo demostró en la cárcel donde continuó estudiando, conservando hasta el final sus excepcionales facultades críticas y dialécticas. Y lo había demostrado antes como *jefe* del Partido Comunista Italiano, rechazando todo artificio retórico, detestando los compromisos, sabiendo aislarse.

En su ensayo *La rivoluzione liberale,* Piero Gobetti escribía sobre él:

> La preparación espiritual y la fisonomía del carácter de Antonio Gramsci, por el contrario, aparece profundamente distinta de esta tradición, ya en el año en que completaba sus estudios literarios en la Universidad de Turín y se había afiliado al partido socialista, probablemente por razones humanitarias maduradas en el pesimismo de su soledad de sardo emigrado.
>
> Parece haber llegado desde el campo para olvidar su tradición, para sustituir la herencia enferma del anacronismo sardo, por un

esfuerzo cerrado e inexorable hacia la modernidad del ciudadano. En su persona física muestra el signo de esta renuncia a la vida del campo, y la superposición casi violenta de un programa construido y reavivado por la fuerza de la desesperación, de la necesidad espiritual de quien ha renegado y rechazado la inocencia nativa.

Antonio Gramsci tiene la cabeza de un revolucionario; su imagen parece construida por la voluntad, tallada con rudeza y fatalmente por una necesidad íntima, que debe ser aceptada sin discusión: el cerebro venciendo al cuerpo. La cabeza dominante sobre los miembros enfermos parece hecha según las relaciones lógicas necesarias de un proyecto social, y guarda del esfuerzo una ruda e impenetrable seriedad; sólo los ojos, inquietos e ingenuos, pero contenidos y con secreta amargura, interrumpen, algunas veces, con la bondad del pesimista, el firme vigor de su racionalidad. La voz es tan tajante como la crítica disolvente, y la ironía toma el consuelo del humorismo. En su sinceridad abierta el peso de una cólera inaccesible; de la condena de su soledad, desdeñosa de confidencias, surge la aceptación dolorosa de las responsabilidades mas fuertes de la vida, dura como el destino de la historia; su rebeldía es a veces el resentimiento, y otras veces la cólera más profunda del insular que sólo puede manifestarse con la acción, que no pudo liberarse de la esclavitud secular más que llevando en el comando y en la energía del apóstol algo de tiránico. El instinto y los afectos se esconden igualmente en la reconocida necesidad de un ritmo de vida austera en la forma y en sus relaciones lógicas; donde no pudo haber serena unidad y armonía, se suplirá con el rigor dominando sentimientos y expansiones. El amor por la claridad categórica y dogmática propios del ideólogo y del soñador le impidieron la simpatía y la comunicación, si bien bajo el fervor de la búsqueda y la experiencia de la encuesta directa, bajo la preocupación ética del programa, hay un rigor árido y una tragedia cósmica que no consiente un respiro de indulgencia. El estudiante conseguía la liberación de la retórica propia de la raza negando el instinto por la literatura y el gusto innato en la búsqueda ascética del lingüista; el utopista dicta su imperativo categórico a los instrumentos de la industria moderna, regula con la lógica que no puede fallar el giro de las ruedas en la fabrica, como un administrador hace sus cálculos sin turbarse, como el general cuenta las unidades orgánicas dispuestas para la batalla: sobre la victoria no se calculan y no se hacen previsiones porque la victoria será el signo de Dios, será el resultado matemático del trastrocamiento de la praxis. El signo épico es dado por el frío cálculo y la seguridad silenciosa:

es esencialmente la clase burguesa la que conjura por la victoria del proletariado.

Para aquellos que, como los más jóvenes, poco o nada saben de la obra política de Gramsci, recordemos que comenzó a tomar parte activa en la vida del partido socialista en el curso de la guerra, como colaborador de la prensa socialista de Turín, en la que estuvo entre los primeros que siguió con dedicación la evaluación, y el desarrollo teórico y práctico de la revolución rusa.

En 1919 fundó la revista *L'Ordine Nuovo*, que fue una de las mejores y en algunos aspectos la mejor revista de la vanguardia. Gramsci, que tenía la preparación de un lingüista, fue uno de los pocos socialistas de la cultura filosófica moderna y contemporánea.

Del pensamiento político del Gramsci de la época de *L'Ordine Nuovo*, Umberto Calosso, en agosto de 1933, escribía en uno de los cuadernos de *Giustizia e Libertà* lo siguiente:

> *L'Ordine Nuovo* revelaba, hasta en su título, una orientación original, un programa de seriedad constructiva, lejos de la retórica revolucionaria, casi de un órgano oficial *avant la lettre* de un Estado socialista en algún modo ya fundado.
>
> No concebía la revolución como un ataque frontal, sino como una explosión de gérmenes internos. Estos gérmenes, ricos de futuro, Gramsci los veía en las comisiones internas de las fábricas.
>
> Al desarrollo de las comisiones internas, creadas como intermediarias entre los sindicatos obreros y la dirección patronal en órganos de autogobierno del proletariado, Gramsci dedicó todo su entusiasmo tanto en los periódicos como personalmente. Allí estaba, según él, el anticipo actual del gobierno del mañana, la encarnación concreta del nuevo orden, el precioso «sancta sanctorum» delante del cual Gramsci extrema su vigilancia con la feroz intransigencia de una gallina clueca sobre sus huevos o del pastor sardo en defensa de su mujer. Todo lo que podía parecer una amenaza al desarrollo de la organización de las fábricas, Gramsci lo sentía a través de un cuidado lleno de celo, que podría parecer sectario a quien no comprometía el motivo profundamente objetivo.
>
> Las organizaciones sindicales sobre todo le eran sospechosas, porque demasiado vecinas a los intereses inmediatos de los obreros, demasiado empeñadas en la defensa lineal de las categorías o generalidades de las masas, demasiado burocrática y experimental de frente a la nueva célula apenas en vías de nacer.

Los «mandarines», los bonzos, todo el cortejo del inmovilismo chino fue movilizado contra los funcionarios sindicales; y la cámara del trabajo, instituto topográfico y orgánico del proletariado, opuesto a los sindicatos, como en la anatomía humana el órgano viviente se opone al tejido convencional.

Aunque el partido oficial, el Barnum, era mirado día a día, con más abierta hostilidad, hasta que estalló la escisión. Y como contrapartida ante esta específica intransigencia, *L'Ordine Nuovo* adoptaba la más amplia comprensión y la más desprejuiciada libertad frente a las corrientes culturales que se agitaban en el país, y su actitud hacia el liberalismo gobettiano, hacia la búsqueda religiosa y filosófica, hacia el experimentalismo literario, carecía de toda superficialidad partidaria y política, tanto que el diario, en su pobreza, se colocó muy alto en el concepto del público culto y se impuso a la atención de los observadores de la vida romana. Sorel no habló tan rápidamente sobre «Resto del Carlino» de Missiroli, e incluso más tarde Croce, distante de la idea del diario, no tenía miedo de caminar a través de los obligados pasajes y blindajes, para presentarse de visita al reducto de la calle Arcivescovado.

En este orden de ideas *L'Ordine Nuovo* fue el diario más libre que tuvo Italia después de *Voce* y *Unità*, una hoja donde se podía discutir ampliamente sobre todo, sin ninguna mezquindad cultural, tan común a los hombres políticos italianos que hacen entrar su catecismo de derecha o de izquierda hasta en la abotonadura de sus pantalones.

Tanto Gobetti como Calosso ayudaron a iluminar los rasgos más destacados y fundamentales de la personalidad de Gramsci.

El hombre que suscito el interés de Sorel, de Croce, y de otros pensadores, ha muerto lentamente. Durante once años fue mantenido al margen de la circulación cultural y se le impidió inclusive toda actividad en la cultura lingüística.

Nosotros, desde la radio de la CNT-FAI de Barcelona, saludamos al valiente intelectual, al digno y tenaz militante que fue nuestro adversario Antonio Gramsci, convencidos de que él aportó su piedra a la edificación del orden nuevo, orden que no será el de Varsovia, o el carcelario y satrapesco actualmente vigente en Italia, sino una moderna organización político-social en la que lo social y lo individual se armonizarán fecundamente en una economía colectivista y en un amplio y coordinado federalismo político.

BIBLIOGRAFÍA

I. Obras de Camillo Berneri:

Mussolini, gran actor, Colección Mañana, Valencia [1934].
Mussolini a la conquista de las Baleares, Ediciones Tierra y Libertad, Barcelona [1937].
L'ebreo antisemita, Edizioni Vita, París [1935].
Pensieri e battaglie, edición del Comitato Camillo Berneri, París [1938].
Scritti scelti di Camillo Berneri. Petrogrado 1917, Barcelona 1937, edición a cargo de Pier Carlo Masini y Alberto Sorti, Sugar, Milán [1964].
Carlo Cataneo federalista, Edizioni RL, Pistoia [1970].
L'emancipazione della donna (considerazioni di un anarchico), Edizioni RL, Pistoia [1970].
Interpretazione di contemporanei, Edizioni RL, Pistoia [1972].
Guerra de clases en España, 1936-1937, edición de Carlos M. Rama, Tusquets, Barcelona [1977].
Epistolario inedito, edición de Aurelio Chessa y Pier Carlo Masini, Archivio Famiglia Berneri, Pistoia, [1980], 2 volúmenes.

Mussolini «normalizzatore» e Il delirio razzista, Archivio Famiglia Berneri, Pistoia [1986].

Gli eroi guerreschi come grandi criminali, Archivio Famiglia Berneri, Pistoia [1987].

Il federalismo libertario, edición de Patrizio Mauti, Edizioni La Fiaccola, Luglio [1992].

Umanesimo e anarchismo, edición de Gofredo Fofi, Edizioni e/o, Roma [1996].

II. Obras sobre Camillo Berneri:

EMILIANI, V.; "Camillo Berneri: l'anarchico piú espulso d'Europa", en *Gli anarchici*. Bompiani, Milán [1973].

RAMA, C. M.; (Ed.), *Camillo Berneri: Guerra de clases en España* (1936-1937). Tusquets, Barcelona [1977].

MADRID SANTOS, Fco.; *Camillo Berneri, un anarquista italiano (1897-1937)*. Universidad de Barcelona, [1979] (2 volúmenes). Traducción italiana: Edizioni dell'Archivio Famiglia Berneri, Pistoia [1985].

AA.VV., *Atti del Convegno di studi su Camillo Berneri* (Milán, 9-X-1977). Coop. Tipografica editrice. Milán [1979].

AA.VV. *Memoria antológica, saggi critici e appunti biografici in ricordo di Carmillo Berneri nel cinquantesimo della morte*. Archivio Famiglia Berneri, Pistoia [1986].

AA.VV. Un anarchico tra Gramsci e Gobetti (Giornata di studi su Camillo Berneri: Roma, 19-X-1996), En *Rivista storica dell'anarchismo,* enero-junio de 1997.

CAMILLO BERNERI



Camillo Berneri (Lodi, 1987-Barcelona, 1937) ha sido uno de los más interesantes y originales pensadores anarquistas del siglo XX. Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Florencia, se formó allí con Gaetano Salvemini. Fue uno de los precursores del antimilitarismo durante la I Guerra Mundial. Enseñó filosofía en diferentes institutos italianos entre 1923 y 1926. En la Italia mussoliniana fue un antifascista de la primera hora. Atravesó Europa, de Florencia a San Petersburgo y de San Petersburgo a Barcelona, poniendo su pluma y su palabra al servicio de la voluntad revolucionaria popular. Colaboró en varias de las más conocidas revistas libertarias de la época: *Volontà*, *Umanità nuova*, *Aduanata dei refrattari*, *Lotta umana*. Dialogó con algunos de los más notables exponentes del pensamiento crítico de su época: con el liberal Gobetti, con el socialista Roselli, con el comunista Gramsci, con la anarquista Federica Monseny. En ese diálogo siempre destacó por la lucidez y la libertad con que expuso su punto de vista. Murió en Barcelona, asesinado por el estalinismo, el 5 de mayo de 1937.

Humanismo y anarquismo es una antología de escritos de Berneri redactados entre 1915 y 1937. Esta edición rompe un largo silencio y trata de recuperar la memoria de un humanista generoso que dio su vida por la revolución en España. La publicación de *Humanismo y anarquismo* aspira, además, a dar a conocer a los lectores de hoy lo mejor y más vivo de un pensamiento anarquista que rompe moldes y encajonamientos. Por su crítica temprana de la desvirtuación de la revolución en Rusia, por su defensa argumentada del federalismo y por sus iluminaciones sobre la guerra civil española, *Humanismo y anarquismo* es una obra que puede ser considerada como testimonio ejemplar de compromiso moral y político, como exponente de un anarquismo crítico, renovador y antidogmático, como pensamiento abierto al diálogo con otras tradiciones de liberación en una época en que hombres y mujeres daban lo mejor de sí por cambiar el mundo.

COLECCIÓN | CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO CRÍTICO




9 788483 190227